

Leer a la orilla del cielo

ANTOLOGÍA DE CUENTOS VENEZOLANOS PARA NIÑOS

Complilación Laura Antillano

Fundación Editorial
el perro y la rana

Leer a la orilla del cielo

ANTOLOGÍA DE CUENTOS VENEZOLANOS PARA NIÑOS

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

EDICIÓN AL CUIDADO DE
Richard León
Eva Molina
Zenaida Peña
Mónica Piscitelli
Carlos Zambrano

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001478
ISBN 978-980-14-3854-0

Leer a la orilla del cielo

ANTOLOGÍA DE CUENTOS VENEZOLANOS PARA NIÑOS



Compilación Laura Antillano

Presentación

Una antología de cuentos de autores venezolanos, dirigida a los niños, nos coloca en situación de elegir entre una gran cantidad de textos que se han venido escribiendo desde la constitución misma de Venezuela como nación, y que obedecen a distintos modos de mirar y sentir el entorno y dirigirse a los niños, según la época y las corrientes sociales.

Hemos pensado en esta selección tomando en cuenta los tópicos que por naturaleza son del agrado de las niñas y niños lectores, como dibujos de circunstancias, sentimientos y emociones propios de su percepción de la realidad, las barreras del tiempo y los diversos usos del lenguaje que les corresponden y enriquecen el conjunto, para recordarnos la universalidad del concepto del niño y la niña, como seres dispuestos a asombrarse frente a todo y a mantener la esperanza y la curiosidad.

Si bien consideramos que la literatura se define por su tratamiento a través del lenguaje, en el caso específico de la narrativa tendría que ver con el “hábil manejo de las secuencias de tiempo y espacio, que permita la comprensión de la historia (…) y la adecuada creación de

personajes, pues es necesario que, aun cuando éstos sean animales, seres humanos o fantásticos, transmitan fuerza y vitalidad, que estén bien definidos con características propias, se relacionen entre sí y evolucionen a través del desarrollo de la obra (…) es de esperarse una acertada creación del ambiente o del mundo donde se desenvuelven estos personajes, pues así sea real o fantástico, debe poseer una coherencia o lógica interna, que lo haga verosímil y convincente para el lector" (Maggi, María Elena, 1989, p.9).

Iniciamos nuestro comentario a partir de la organización de estos cuentos por tópicos y tratamiento. Comencemos por lo fantasioso en esta antología.

Veremos que la presencia de los Tropitrolls de Marissa Arroyal se compagina con la animación de la fauna promovida en nuestras tradiciones por *Tío Tigre y Tío Conejo* (en el cuento de Ada Pérez Guevara), puesta en práctica también en *Manzanita* y su multiplicidad de frutas parlantes en el cuento de don Julio Garmendia; se descubre también en las gallinas: la una voladora en el cuento de Antonio Trujillo, la otra fantasma, en el de Mercedes Franco, las frutas de Rosario Anzola en *Coctel de frutas*, la Madre Naturaleza del cuento *El Tapiz* de Fanny Uzcátegui, en el de la diosa Uribí, madre de las palabras, del relato de María del Pilar Quintero; *La sirenita* de Armando José Sequera, o el grillo banquero del cuento de Velia Bosch, *Colorín Colorado;* de modo lírico el pájaro Cantaclaro, también creado por la naturaleza para combinar la perfección del canto con humildad y bondad en el relato de Carmen Delia Bencomo; Jimmy el muñeco, abierto al diálogo en el cuento de Teresa de la Parra: La señorita grano de polvo, o el hombre que hace y vende

almohadas de distintos materiales que llevan a vivir distintos sueños, y terminan por darle fin a la guerra al lograr poner a soñar a todos sus soldados, en el cuento de Antonio Castro Avellaneda. Todas estas narraciones nos hacen disfrutar de personajes mágicos que construyen mitos hablando de sus hazañas, y colocando el pie sobre la superficie terrestre sólo para recordarnos la conciencia de lo real a los lectores.

La segunda cantera se refiere a otro modo de vivir la imaginación; la que nos llega por los sueños y las ilusiones sin necesidad de dimensionarse en personajes animados o fantásticos.

De esa circunstancia nacen cuentos como: *Mi madre en un pueblito de recuerdos*, en donde el poeta Aquiles Nazoa enaltece la figura materna y la imagina subida al "elefante del libro Mantilla". O la noticia del encuentro, por primera vez entre el caballo y el niño, como arquetipos, en el bello relato de Orlando Araujo. También incluiríamos allí el afán de la niña por besar a un sapo buscando a un príncipe, en el cuento de Mireya Tabuas o aquél en el cual la niña Corazón de Arepa se convierte literalmente en un corazón de arepa y descubre a Pedazo de Pan para casarse. Por último, la ensoñación que transforma la realidad en *El Barco Pirata* de Jesús Urdaneta, donde los niños construyen su barco a través del juego y viven la aventura a cabalidad.

En un tercer grupo están los cuentos nacidos del entorno, donde la ternura y la aventura surgen de una crónica compaginada con lo real, como *Magnolia* de Silvia Dioverti, en el que descubrimos la vida de una perrita bombera, o *De cómo Panchito Mandefuá cenó con el niño Jesús*, de José Rafael Pocaterra, que relata la Navidad de un niño de

la calle, como cualquiera de los que hemos visto en el abandono y el olvido; el cuento *Había una vez una mamá* de María Luisa Lázaro, en el que la madre malhumorada y regañona descubre a través de su sueño que fue ella misma una niña, agobiada por una madre parecida a la que ahora personifica. O la historia de Estelita y su mamá, en el cuento de Fedosy Santaella, en la cual la realidad del divorcio trastoca el orden armónico del mundo; la historia de Fernando y su aprendizaje ante el mar como un gran juguete, en el cuento de Luiz Carlos Neves, donde se destaca el sentimiento de la amistad y la colaboración; igual que en el cuento de Cósimo Mandrillo, el recuerdo del abuelo es un ejemplo a seguir y los detalles de la mirada desde la visión del emigrante, como el abuelo Capitán descrito por Javier Sarabia en su relato. Y por último, también en este grupo de relatos de paisaje real, *El aquelarre de la señora Muelas y la señora Morcilla*, cuento de Laura Antillano, en el cual una niña descubre el derecho a la diferencia.

Pensamos, como lo señala la escritora Mercedes Franco (2006), que: "Los libros que los niños más aprecian y que tienen un éxito intemporal, son libros escritos sin intencionalidad, sin estar 'dirigidos' a ningún tipo de público". Tenemos aquí cuentos de la fantasía y del mundo real, cuentos del ámbito rural y cuentos urbanos, cuentos devenidos de la leyenda y el mito, y cuentos de corte humano y situacional.

Los autores que hemos seleccionado han escrito en el siglo XX y el XXI. Son por tanto, contemporáneos. Los estilos y enfoques son, sin embargo, muy variados. En algunos de ellos es primordial el lirismo, en otros lo es el humor; en la mayoría el cuento puede tener

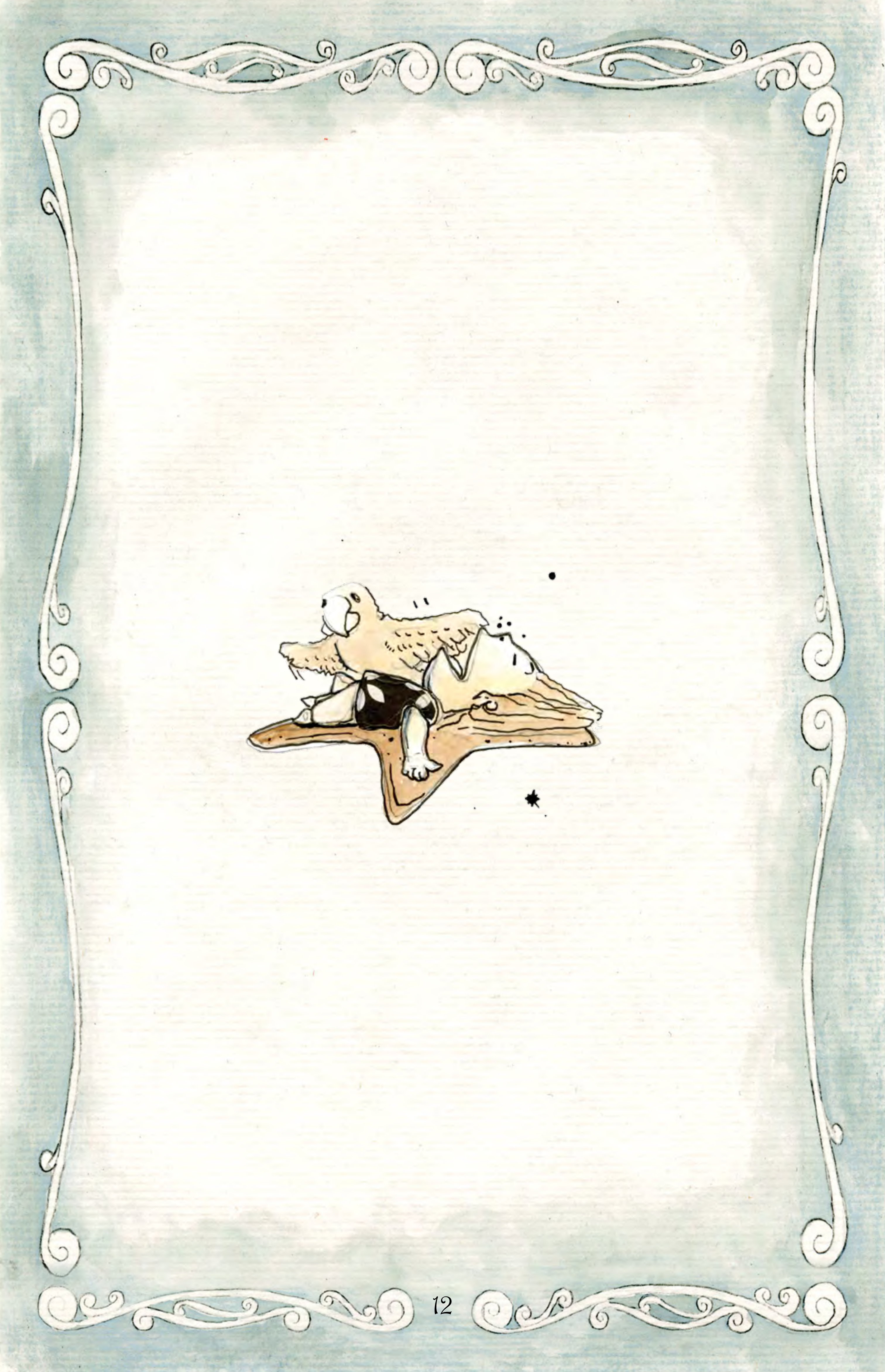
una lectura para el adulto y otra para el niño, lo que señala la riqueza posible del texto.

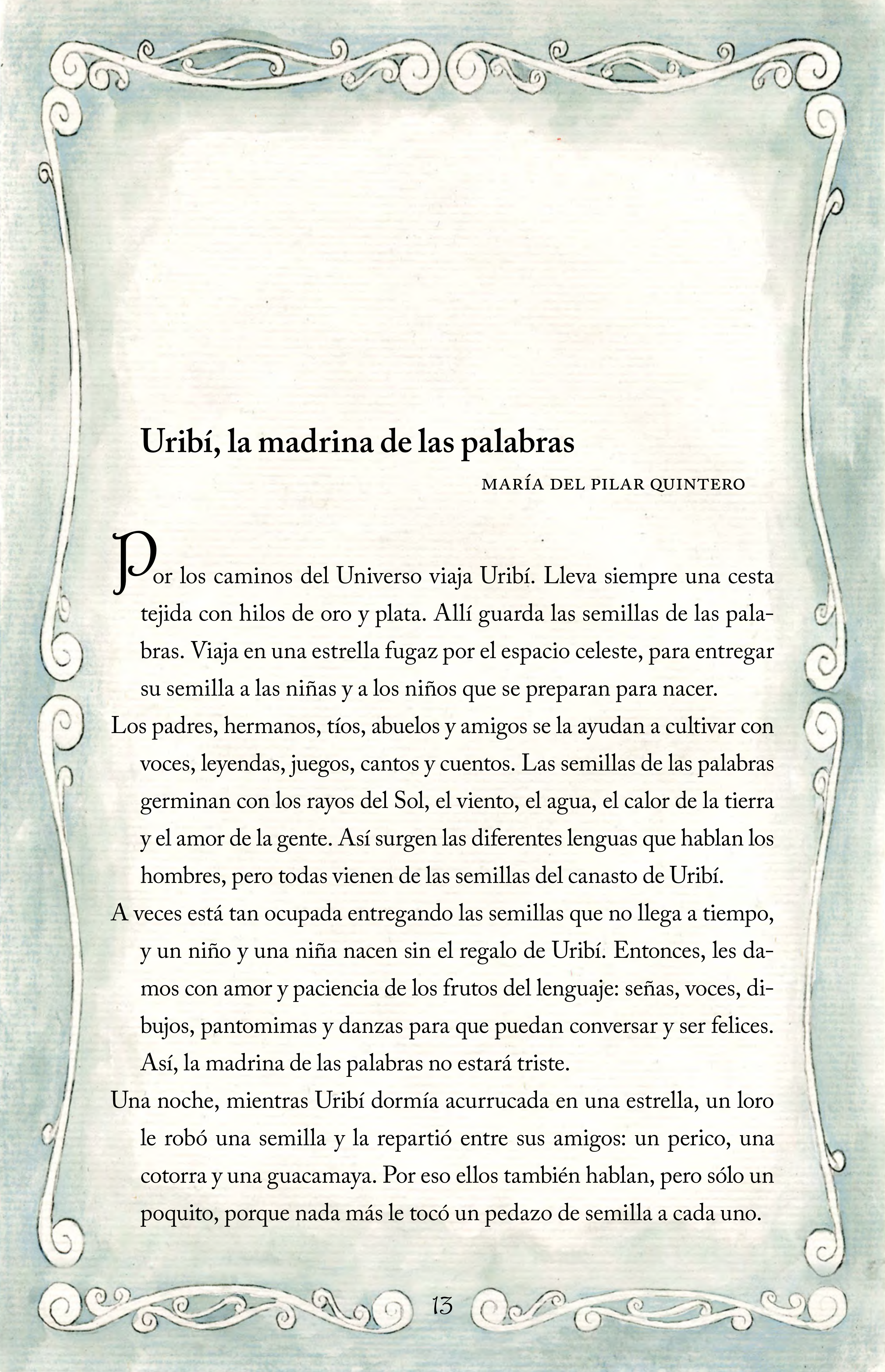
Ésta es, insistimos en ello, una selección entre muchos autores. Si ampliamos el espectro muchos más podrían ser incluidos en una visión totalizadora de lo que consideramos hoy el cuento para niños en Venezuela; leamos este mosaico como una muestra representativa.

Los niños, con su espíritu de libertad y su inquieta sensibilidad darán las pautas finales. Comencemos con la lectura a disfrutar de esta aventura que nos llevará de las fronteras de lo posible y/a las de lo imposible con frescura inusitada.

Laura Antillano

Marzo 2008





Uribí, la madrina de las palabras

MARÍA DEL PILAR QUINTERO

Por los caminos del Universo viaja Uribí. Lleva siempre una cesta tejida con hilos de oro y plata. Allí guarda las semillas de las palabras. Viaja en una estrella fugaz por el espacio celeste, para entregar su semilla a las niñas y a los niños que se preparan para nacer.

Los padres, hermanos, tíos, abuelos y amigos se la ayudan a cultivar con voces, leyendas, juegos, cantos y cuentos. Las semillas de las palabras germinan con los rayos del Sol, el viento, el agua, el calor de la tierra y el amor de la gente. Así surgen las diferentes lenguas que hablan los hombres, pero todas vienen de las semillas del canasto de Uribí.

A veces está tan ocupada entregando las semillas que no llega a tiempo, y un niño y una niña nacen sin el regalo de Uribí. Entonces, les damos con amor y paciencia de los frutos del lenguaje: señas, voces, dibujos, pantomimas y danzas para que puedan conversar y ser felices. Así, la madrina de las palabras no estará triste.

Una noche, mientras Uribí dormía acurrucada en una estrella, un loro le robó una semilla y la repartió entre sus amigos: un perico, una cotorra y una guacamaya. Por eso ellos también hablan, pero sólo un poquito, porque nada más le tocó un pedazo de semilla a cada uno.



De cómo Panchito Mandefuá cenó con el Niño Jesús

José Rafael Pocaterra

A ti que esta noche irás a sentarte a la mesa de los tuyos, rodeado de tus hijos, sanos y gordos, al lado de tu mujer que se siente feliz de tenerte en casa para la cena de Navidad; a ti que tendrás a las doce de esta noche un puesto en el banquete familiar, y un pedazo de pastel y una hallaca, y una copa de excelente vino, y una taza de café y un hermoso "Hoyo de Monterrey", regalo especial de tu excelente vicio; a ti que eres relativamente feliz durante esta velada, bien instalado en el almacén y en la vida, te dedico este Cuento de Navidad; este cuento feo e insignificante, de Panchito Mandefuá, granuja billetero, nacido de cualquiera con cualquiera en plena alcabala; chiquillo astroso a quien el niño Dios invitó a cenar.

Como una flor de callejón, por gracia de Dios no fue palúdico, ni zambo, ni triste; abrirse a correr un buen día calle abajo, calle arriba, con una desvergüenza fuerte de nueve años, un fajo de billetes aceitosos y un paltó de casimir indefinible que le daba por las corvas y que era su magnífico macferland de bolsillos profundos, con bolsillito pequeño para los cigarrillos, que era su orgullo, y que le abrigaba

en las noches del enero frío y en los días de lluvia hasta cerca de la madrugada, cuando los puestos de los tostaderos son como faros bienhechores en el mar de la niebla, de frío y de hambre que rodea por todas partes, en la soledad de las calles, al pobre hamponcillo caraqueño. Hasta cerca de medianoche, después de hacer por la mañana la correría de San Jacinto y del Pasaje y el lance de doce a una en las puertas de los hoteles, frente a los teatros o por el boulevard del Capitolio, gritaba chillón, desvergonzado, optimista:

—Aquí lo cargoo… ¡El tres mil seiscientos setenta y cuatro; el que no falla nunca ni fallando, archipetaquiremandefuá…!

El día bueno, de tres billetes y décimos, Panchito se daba una hartada de frutas; pero cuando sonaban las doce y sólo después de soportar empellones, palabras soeces y agrios rechazos de hombres fornidos que toman ron, contaba en la mugre del bolsillo catorce o dieciséis centavos por pedacitos vendidos, Panchito metíase a socialista, le ponía letra escandalosa a la "maquinita" y aprovechaba el ruido de una carreta o el estruendo de un auto para gritar obscenidades graciosísimas contra los transeúntes o el carruaje del general Matos o de otro cualquiera de esos potentados que invaden la calle con un automóvil enorme entre un alarido de cornetas y una hediondez de gasolina…; y terminaba desahogándose con un tremendo "mandefuá" donde el muy granuja encerraba como él decía, las caraotas en aeroplano.

Quiso vender periódicos, pero no resultaba; los encargados le quitaron la venta: le ponía el "mandefuá" a las más graves noticias de la guerra, a las necrologías, a los pesares públicos:

—Mira, hijito —le dijeron— mejor es que no saques el periódico, tú eres muy "mandefuá".

Tuvo, pues, Panchito su hermoso apellido Mandefuá, obra de él mismo, cosa esta última que desdichadamente no todos son capaces de obtener, y él llevaba aquel Mandefuá con tanto orgullo como Felipe, Duque de Orleans, usaba el apelativo de igualdad en los días un poco turbios de la Convención, cuando el exceso de apellidos podía traer consecuencias desagradables.

Pero Panchito era menos ambicioso que el Duque y bastábale su "medio real podrido" como gritaba desdeñosamente, tirando a los demás de la blusa o pellizcándoles los fondillos en las gazaperas del Metropolitano.

—Una grada para muchacho, ¡bien "mandefuá"!

De sus placeres más refinados era el irse a la una del día, rasero con la estrecha sombra de las fachadas, a situarse perfectamente bajo la oreja de un transeúnte gordo, acompasado, pacífico; uno de esos directores de ministerio que llevan muchos paqueticos, un aguacate, y que bajan a almorzar en el sopor bovino del aperitivo: ¡El mil setecientos cuarenta y siete "mandefuá"!

—¡Granuja atrevido!

Y Panchito, escapando por la próxima bocalle, impertérrito:

—¡Ese es el premiado, no se caliente, mayoral!

El título de mayoral lo empleaba ora en estilo epigramático, ora en estilo elevado, ora como honrosa designación para los doctores y generales del interior a quienes les metía su numeroso archipetaquiremandefuá.

Y con su vocablo favorito, que era panegírico, ironía, apelativo todo a un tiempo, una lucha de frito y un centavo de cigarros de a puño comprado en los kioskos del mercado, Panchito iba a terminar la velada

en el metro con "Los Misterios de Nueva York", chillando como un condenado cuando la banda apresaba a gamesson o advirtiéndole a un descuidado personaje que por detrás le estaba apuntando un apache con una pistola o que el leal perro del comandante Patouche tenía el documento escondido en el collar. Indudablemente era una autoridad en materia de cinematógrafo y tenía orgullo de expresarlo entre sus compañeros, los otros granujas:

—Mire, vale, para que a mí me guste una película, tiene que ser muy crema.

Panchito iba una tarde calle arriba pregonando un número "premiado" como si lo estuviese viendo en la bolita… Detúvose en una rueda de chicos después de haber tirado de la pata a un oso de dril que estaba en una tienda del pasaje y contemplando una vidriera donde se exhibían aeroplanos, barcos, una caja de soldados, algunos diávolos, un automóvil y un velocípedo de "ir parado"… Y, de paso, rayó con el dedo y se lo chupó, un cristal de La India a través del cual se exhibían pirámides de bombones, pastelitos y unos higos abrillantados como unas estrellas.

En medio del corro malvado, vio una muchachita sucia que lloraba mientras contemplaba regada por la acera una bandeja de dulces; y como moscas, cinco o seis granujas se habían lanzado a la provocación de los ponqués y de los fragmentos de quesillo llenos de polvo. La niña lloraba desesperada, temiendo el castigo.

Panchito estaba de humor: cinco números enteros y seis décimas ¡ochenta y seis centavos!

En la sola tarde, después de haber comido y "chuchado"… poderoso, iría al circo donde daban un estreno, comería hallacas y podría fumarse

hasta una cajetilla. Todavía le quedaban dos bolívares con que irse por ahí, del Matadero abajo para él sabía que… ¡Una chiquilla! y seguían los granujas mojando en el suelo y chupándose los dedos…

Llegó un agente. Todos corrieron, menos ellos dos.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Que yo llevaba para la casa donde sirvo esta bandeja, que hay cena allá esta noche y me tropecé y se me cayó y me van a echar látigo…

Todo esto rompiendo a sollozar.

Algunos transeúntes detenidos encogiéronse de hombros y continuaron.

—Sigan, pues —les ordenó el gendarme.

Panchito siguió detrás de la llorosa.

—Oye, ¿cómo te llamas tú?

La niña se detuvo a su vez secando el llanto.

—¿Yo? Margarita.

—¿Y ese dulce era de tu mamá?

—Yo no tengo mamá.

—¿Y papá?

—Tampoco.

—¿Con quién vives tú?

—Vivía con una tía que me "concertó" en la casa en la que estoy.

—¿Te pagan?

—¿Me pagan qué?

Panchito sonrió con ironía, con superioridad:

—Guá, tu trabajo: al que trabaja se le paga, ¿no lo sabías?

—Margarita entonces protestó vivamente:

—Me dan la comida, la ropa y una de las niñas me enseña, pero es muy brava.

—¿Qué te enseña?

—A leer… Yo sé leer, ¿tú no sabes?

Y Panchito. Embustero y grave:

—¡Puah! Como un clavo… Y sé vender billetes y gano para ir al cine y comer frutas y fumar de caja.

Dicho y hecho, encendió un cigarrillo… Luego, sosegado:

—¿Y ahora qué dices allá?

—Diga lo que diga, me pegan… —repuso con tristeza, bajando la cabecita enmarañada.

Un rayo de luz en la no menos enmarañada cabeza del chico:

—¿Y cuánto fue lo que botaste?

—Seis y cuartillo, aquí está la lista —y le alargó un papelito sucio.

—¡Espérate, espérate! —Le quitó la bandeja y echó a correr.

Un cuarto de hora después volvió:

—Mira: eso era lo que se te cayó, ¿nojerdá?

—Feliz, sus ojillos brillaron y una sonrisa le iluminó la carita sucia.

—Sí… eso…

Fue a tomarla, pero él la detuvo:

—¡No! Yo tengo más fuerza, yo te la llevo.

—Es que es lejos, expuso, tímida.

—¡No importa!

Por el camino él le contó, también, que no tenía familia, que las mejores películas eran en las que trabajaba Gamesson y que podía comerse un gofio…

—Yo tengo plata, ¿sabes? —y sacudió el bolsillo de su chaquetón tintineante de centavos.

Y los dos granujas echaron a andar.

Los hociquillos llenos de boronas seguían charlando de todo.

Apenas sí se dieron cuenta de que llegaban.

—Aquí es, dame.

Y le entregó la bandeja.

Quedáronse viendo ambos a los ojos:

—¿Cómo te pago yo? —le preguntó con tristeza, tímida.

Panchito se puso colorado y balbuceó:

—Si me das un beso.

—¡No, no! ¡Es malo!

—¿Por qué?

—Guá, porque sí…

Pero no era Panchito Mandefuá a quien se convencía con razones como ésta; y la sujetó por los hombros y le pegó un par de besos llenos de gofio y de travesura.

—Grito… que grito.

Estaba como una amapola y por poco tira otra vez la dichosa dulcera.

—Ya está, pues, ya está.

De repente se abrió el anteportón. Un rostro de garduña, de solterona fea y vieja apareció:

—¡Muy bonito, el par de vagabundos estos! —gritó. El chico echó a correr. Le pareció escuchar a la vieja mientras metía dentro a la chica de un empellón.

—Pero, Dios mío, ¡qué criaturas tan corrompidas éstas desde que no tienen edad! ¡Qué horror!

Era un botarate. No le quedaban sino veintiséis centavos.

Día de Noche Buena… Quién lo mandaba a estar protegiendo a nadie…

Y sentía en su desconsuelo de chiquillo una especie de loca alegría interior… No olvidaba en medio de su desastre financiero, los dos ojos, mansos y tristes de Margarita. ¡Quée diablos! El día de gastar se gasta "archipetaquiremandefuá"…

A las once salió del circo. Iba pensando en el menú: hallacas de "a medio", un guarapo, café con leche, tostadas de chicharrón y dos "pavos rellenos" de postre. ¡Su cena famosa!

Cuando cruzaba hacia San Pablo, un cornetazo brusco, un soplo poderoso, y de Panchito Mandefuá apenas quedó contra la acera de la calzada, entre los rieles del eléctrico, un harapo sangriento, un cuerpecito destrozado, cubierto con un paltó de hombre, arrollado, desgarrado, lleno de tierra y de sangre…

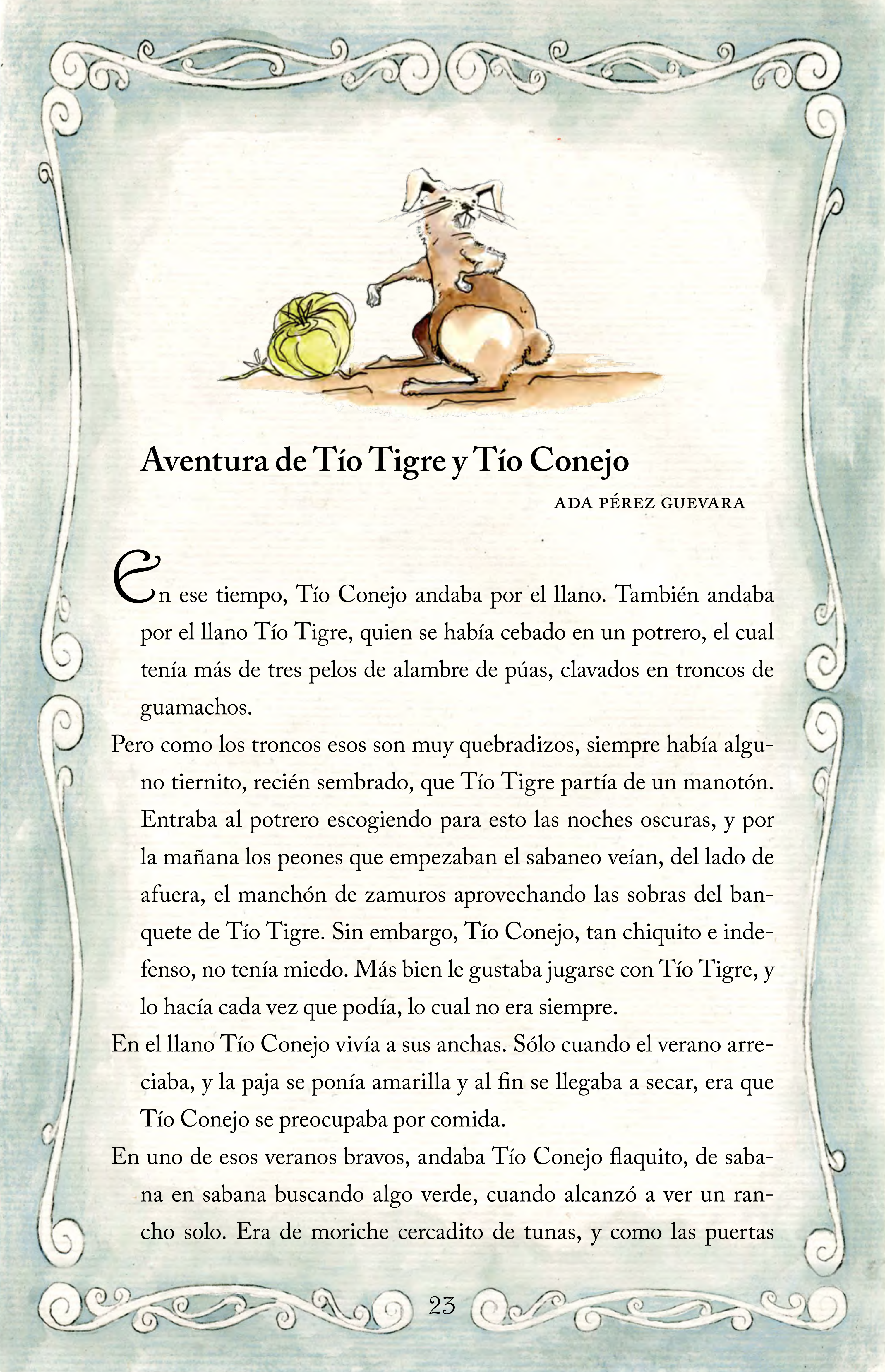
—¿Qué es? ¿Qué sucede allí?

—¡Nada hombre! Que un auto mató a un muchacho "de la calle"…

—¿Quién?… ¿Cómo se llama?…

—¡No se sabe! Un muchacho billetero, un granuja de esos que están bailándole a uno delante de los parafangos…—informó, indignado, el dueño del auto que guiaba un "trueno".

Y así fue a cenar en el cielo, invitado por el Niño Jesús esa Noche Buena, Panchito Mandefuá.



Aventura de Tío Tigre y Tío Conejo

ADA PÉREZ GUEVARA

En ese tiempo, Tío Conejo andaba por el llano. También andaba por el llano Tío Tigre, quien se había cebado en un potrero, el cual tenía más de tres pelos de alambre de púas, clavados en troncos de guamachos.

Pero como los troncos esos son muy quebradizos, siempre había alguno tiernito, recién sembrado, que Tío Tigre partía de un manotón. Entraba al potrero escogiendo para esto las noches oscuras, y por la mañana los peones que empezaban el sabaneo veían, del lado de afuera, el manchón de zamuros aprovechando las sobras del banquete de Tío Tigre. Sin embargo, Tío Conejo, tan chiquito e indefenso, no tenía miedo. Más bien le gustaba jugarse con Tío Tigre, y lo hacía cada vez que podía, lo cual no era siempre.

En el llano Tío Conejo vivía a sus anchas. Sólo cuando el verano arreciaba, y la paja se ponía amarilla y al fin se llegaba a secar, era que Tío Conejo se preocupaba por comida.

En uno de esos veranos bravos, andaba Tío Conejo flaquito, de sabana en sabana buscando algo verde, cuando alcanzó a ver un rancho solo. Era de moriche cercadito de tunas, y como las puertas

no tenían goznes por ser también de moriche, desde lejos se veía la soledad en que estaba. Curioseando, Tío Conejo se acercó al patio, y ¡oh sorpresa! Vio detrás de la casa, en una olla de peltre azul que hacía de tiesto, la más hermosa y verde mata de lechuga que en su vida había soñado. Estaba, es cierto, metida casualmente con olla y todo, en un charco de fango. Además, por las huellas del camino, y por lo barridito que estaba el rancho, Tío Conejo comprendió que los que allí vivían acababan de irse. ¿Y si volvían a buscar la hermosa mata de lechuga?

De sólo pensarlo, Tío Conejo se horrorizó. Debía comérsela en seguida, para aprovecharla. Años hacía que no encontraba manjar de esa calidad y en circunstancias tan oportunas. Por consiguiente, inmediatamente comenzó a comer, a comer, a comer sin descanso, con los ojillos brillantes entrecerrados, y el corazón latiendo fuerte, de alegría. Comió, comió y volvió a comer lechuga, hasta que sólo quedó un tronquito de la mata a ras de tierra, sólo entonces sintió Tío Conejo un pequeño remordimiento. Se había comido toda la lechuga, sin acordarse de llevarle un poquito siquiera a Tía Coneja y a los conejitos. No pensó Tío Conejo que la lechuga quizás no le pertenecía porque estaba habituado, en la vida campesina, a que cada quien comía lo que encontraba, sencillamente, y así lo hacían, desde la hormiguita llamada de muerto, que es la más chiquita, hasta Tío Tigre. No pudo seguir pensando Tío Conejo porque sintió un ruido raro y se fue saltando y a escape, por entre los pajonales secos. Había mucho sol, sintió una especie de modorra, y se acomodó cerca de una loma, entre unas matas de anchas hojas algo marchitas entonces, que tenían blancas flores simples en forma de

cornetín. Casi al momento, se quedó dormido. La lechuga le tranquilizó tanto los nervios que empezó a roncar.

El ruido raro que había hecho huir a Tío Conejo no era cosa de broma. Un rato después llega Tío Tigre, a la base de la pequeña loma y estira el cuello para dominar mejor la llanura que lo rodea. ¡Pobre Tío Tigre! Como el sol estaba caliente, se apreciaba mejor su flacura. Era puro hueso. Habían sacado todo el ganado a otros sitios, en la última vaquería, porque el verano se anunciaba muy bravo. Desde entonces Tío Tigre casi no comía y si no hubiera sido por un brillo raro que tenía en los ojos, y una inquietud que lo hacía andar todo el día se hubiera creído que era un gato gigante en busca de amparo, tal era su aspecto; nada orgulloso. Empezó Tío Tigre a ver alrededor, y casi creyó que estaba alucinado por el hambre y el sol.

A pocos pasos, estaba Tío Conejo, con los ojos cerrados y el vientre redondo como una bola, roncando en paz. A sus anchas lo contempló Tío Tigre, primero con algo de desconfianza, creyendo que Tío Conejo simulaba el sueño; luego con mucho apetito, y al fin con ideas de comérselo allí mismo, dormido. Empezó Tío Tigre a bajar la loma, y estiraba su zarpa de uñas fuertes para agarrar a Tío Conejo cuando éste abrió un ojo, y vio dos cosas raras: una flor de ñongué, que le tropezaba casi las orejas, y la sombra de Tío Tigre sobre él. No tuvo tiempo de correr; ya Tío Tigre lo tenía apretado en sus garras, y lo veía de cerca con ojos febriles y feroces.

—¡Al fin! ¡Al fin te voy a comer, y hoy que tengo tanta hambre! —rugió Tío Tigre.

Tío Conejo se demudó; Tío Tigre lo apretaba demasiado fuerte y tenía los ojos extraviados, raros.

—Ay, Tío Tigre ¡No puedo abrir los ojos! Estoy envenenado, sí, envenenado… tengo sueño, un sueño terrible porque, con el hambre que sentía, me puse a comer ñongué… Ñongué, usted sabe, adormidera, como le dicen los doctores. No puedo ya moverme, Tío Tigre. Hágame un bien, dígale a Tía Coneja que no se aflija por mi muerte, y que se vaya cuanto antes de aquí.

—¿Envenenado? Envenenado y todo, te comeré, Tío Conejo. A mí no me matan esas hojitas. El hambre sí.

—Tío Tigre, usted no sabe…. Esto es un veneno mortal… déjeme morir en paz… que si por casualidad me salvo, en agradecimiento le enseñaré el bebedero de los venados más gordos de por aquí… yo sé dónde es… esta misma noche los venados bajan.

Tío Tigre, rápido para el zarpazo, era lento para pensar. Al fin decidió:

—Bueno, te voy a conservar, vigilado, hasta ahora. Si te salvas, dame tu palabra de que esta noche a las doce, nos encontraremos aquí mismo.

—Mi palabra, Tío Tigre. Mi palabra.

Se fue Tío Tigre al fin, pero acomodó antes a Tío Conejo con una delicadeza rara en él, al alero del rancho, lejos de los mortales ñongué.

Irse Tío Tigre y dispararse Tío Conejo camino abajo, fue todo uno. Corrió hasta llegar al bebedero de los venados. Estudió el sitio, señaló una entrada del lado opuesto de la loma, y con ayuda de otros muchos animalitos amigos, hizo un buen hoyo, ancho y hondo, donde podría caber bien cualquier tigre. El animal que más lo ayudó fue la comadre vaca, que aunque vieja y de cachos torcidos, prestó su cola para tirar de un grueso tronco medio podrido que dejó un hoyo fácil de ahondar.

Ya al anochecer, Tío Conejo armó una troja liviana con ramazones y pajas, que disimulaba perfectamente el hoyo. Era una trampa maravillosa, a la entrada del camino de la loma. Cerca de las doce de la noche empezaron a bajar los venados. Ya había salido la Luna, enorme y amarilla, alumbrando el llano con su luz de embrujo; que se reflejaba en las ancas de los venados, de carameras livianas indicadoras de su juventud. Tío Conejo, desde la sombra del rancho, esperaba. Tío Tigre llegó, con ágiles saltos, y siseo en la loma. Tío Conejo se presentó puntual:

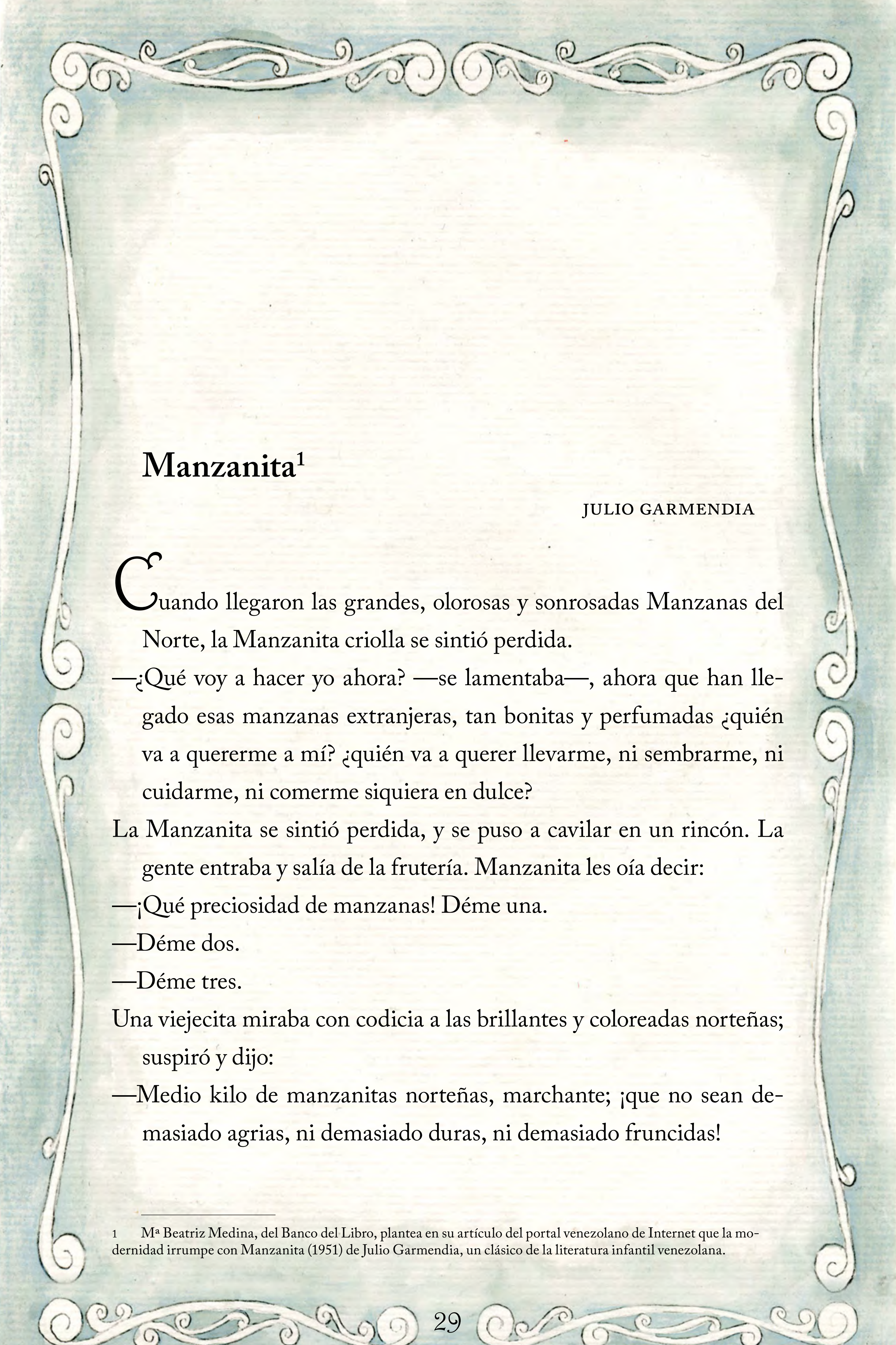
—Por aquí, Tío Tigre. Fíjese: ¿Ve los venados? Están gordos y son tiernitos. Ya van bajando. Mire cómo huelen, cómo ven, recelosos. Vayamos en silencio, Tío Tigre. Hasta una trampa armé por si adivinan que usted viene. Vamos Tío Tigre. Tenemos que entrar por el camino de la loma; si no, pueden vernos.

Tío Tigre, encantado, empezó a adelantar pausadamente. Al lado iba Tío Conejo, sin hablar palabra. Como Tío Tigre tenía los pasos muy grandes, Tío Conejo se fue quedando atrás. Ya terminaba el camino de la loma cuando Tío Tigre veía, mucho más cerca, las ancas brillantes de los venados, inclinados en el bebedero. Adelantó todo el cuerpo, se afincó en las ancas traseras, y ¡paf! Cruge la troja de la trampa y Tío Tigre cae, de platanazo, en el hoyo, y la hojarasca le tapa la cabeza, el lomo.

Ruge furioso mientras los venados se escapan y Tío Conejo, sin perder tiempo, va a llamar a Tía Coneja y a los conejitos para irse a temperar lejos, por unos días.

Dejaron de oír los rugidos de Tío Tigre, ya a la sombra de la madrugada, cuando la Luna se había escondido, mientras caminaban llano afuera.





Manzanita[1]

JULIO GARMENDIA

Cuando llegaron las grandes, olorosas y sonrosadas Manzanas del Norte, la Manzanita criolla se sintió perdida.

—¿Qué voy a hacer yo ahora? —se lamentaba—, ahora que han llegado esas manzanas extranjeras, tan bonitas y perfumadas ¿quién va a quererme a mí? ¿quién va a querer llevarme, ni sembrarme, ni cuidarme, ni comerme siquiera en dulce?

La Manzanita se sintió perdida, y se puso a cavilar en un rincón. La gente entraba y salía de la frutería. Manzanita les oía decir:

—¡Qué preciosidad de manzanas! Déme una.

—Déme dos.

—Déme tres.

Una viejecita miraba con codicia a las brillantes y coloreadas norteñas; suspiró y dijo:

—Medio kilo de manzanitas norteñas, marchante; ¡que no sean demasiado agrias, ni demasiado duras, ni demasiado fruncidas!

---

1 Mª Beatriz Medina, del Banco del Libro, plantea en su artículo del portal venezolano de Internet que la modernidad irrumpe con Manzanita (1951) de Julio Garmendia, un clásico de la literatura infantil venezolana.

La Manzanita se sintió avergonzada y empezó a ponerse coloradita por un lado, cosa que rara vez le sucedía.

Y las manzanas del norte iban saliendo de sus cajas, donde estaban rodeadas de fina paja, recostadas sobre aserrín, coquetonamente envueltas en el más suave papel de seda. Habían sido traídas en avión desde muy lejos, y todavía parecían un poco aturdidas del viaje, lo que las hacía aún más apetitosas y encantadoras.

—A mí me traen en sacos, en burro, y después me echan en un rincón del suelo pelado… —cavilaba Manzanita, con lágrimas en los ojos, rumiando su amargura.

Estaba cada vez más preocupada. Aunque a nadie había dicho palabra de sus tribulaciones, las otras frutas, sus vecinas, veían claramente lo que le pasaba; pero tampoco decían nada, por discreción. Hablaban del calor que hacía; de la lluvia y el sol; de los pájaros, de los insectos y la tierra; o bien cambiaban reflexiones acerca de las gentes que entraban o salían de la frutería, en tanto que la pobre Manzanita se mordía los labios y se tragaba sus lágrimas en silencio.

Ya las norteñas se acababan, se agotaban; ya el frutero traía nuevas cajas repletas, con mil remilgos y cuidados, como si fueran tesoros que se echaba sobre los hombros.

La Manzanita no pudo aguantar más.

—Señor Coco… —llamó en voz baja, dirigiéndose a uno de sus más próximos vecinos, un señor Coco de la costa, que estaba allí envuelto en su verde corteza.

—Usted que es tan duro, señor Coco —repitió Manzanita con voz entrecortada y llorosa—; que a nadie le teme; que se cae desde lo

alto de los brazos de su mamá, y en vez de ponerse a llorar son las piedras las que lloran si usted les cae encima…

Esto ofendió un tanto al señor Coco, el cual creyó necesario hacer una aclaratoria, poniendo las cosas en su puesto.

—Es cierto que soy duro —explicó—, pero eso no quiere decir que no tenga corazón. Es mi exterior, que es así. Por dentro soy blando, tierno y suave, como una capita de algodón.

—Es lo que yo digo, señor don Coco —se apresuró a conceder la Manzanita—. Yo sé que su agua es saladita como las lágrimas, y que eso viene de su gran corazón que usted tiene.

—Así es —asintió el buen coco satisfecho—. ¿Y qué quería usted decirme, amiga Manzanita? ¡Estoy para servirla!

—Ya usted se habrá fijado —dijo la Manzanita, conteniendo a duras penas sus sollozos— en lo que está pasando aquí en la frutería. Ésas del norte, ¡esas intrusas!, ocupan la atención de todo el mundo, y todos las encuentran muy de su gusto, señor Coco, ¡señor Coooooooco!… —y la pobre Manzanita rompió a llorar a lágrima viva.

El Coco no hallaba qué hacer ni qué decirle a Manzanita.

Viendo esto otra vecina, se acercó pausadamente para tratar de consolarla.

—¡Ay, señora Lechosa[2]! —gimió Manzanita echándole los brazos al cuello— ¡Qué desgracia la mía!

—¡Cálmate, Manzanita, cálmate! —le decía maternalmente la Lechosa (que era una señora Lechosa bastante madura y corpulenta).

2 Papaya (fruto). En Cuba, fruta bomba.

Volviéndose hacia otro de los vecinos, con los ojos húmedos —tan blanda así era— preguntó la Lechosa:

—¿Qué me dice usted de eso, señor Aguacate? ¿No comparte el dolor de Manzanita? ¡Usted, que parece una lágrima a punto de caer!

—¡Ay, cómo no, señora Lechosa! —se apresuró a decir el Aguacate rodando ladeado hasta los pies de Manzanita.

—Mi piel puede ser dura y seca, pero por dentro me derrito como mantequilla.

En esto se desprendió un Cambur[3] de uno de los racimos que colgaban del techo, y fue a caerle encima a la Guanábana. Pero la Guanábana no se irritó ni protestó, ni siquiera pareció darse cuenta de lo sucedido; está tan buena ella, que hasta las mismas espinas que la protegen por fuera, son tiernas a tal punto que un bebé puede aplastarlas con la yema de su dedito. Pero la Naranja también había acudido a consolar a Manzanita, y se puso amarilla de rabia; amarilla como un limón.

—Esos Cambures… —dijo desdeñosamente—. Siempre cayéndole a una encima.

—¿Qué se habría creído la Naranja? —refunfuñó el Cambur—. Nada más que porque es redonda y amarilla, ya se cree el Sol.

La Naranja se puso aún más encendida como fuego.

—Nosotros somos tan amarillos como ustedes —le gritó un contrahecho Topocho pintón.

—Yo también soy amarillita —murmuró la Pomarrosa dentro de su cesta.

3 Planta de la familia de las Musáceas, parecida al plátano, pero con la hoja más ovalada y el fruto más redondeado, e igualmente comestible.

—Sí, amarilla —rieron los Nísperos—, pero hueles demasiado, te echaste encima todo el perfume.

—No le hagas caso, Pomarrosa —le dijo al oído la Parcha—[4]. Eso parecen, papas; están envidiosos de tu color y porque no huelen tanto como tú.

La Parcha Granadina, la señora Badea, había llorado también y tenía la redonda cara más lisa y lustrosa que de costumbre.

—Oiga, señora Parcha —le dijeron los Mamones—, ¿por qué no le pide prestada su pelusilla al Durazno, y se la unta en la cara para que no sea vea tan lustrosa?

—Pues a mí —dijo de repente, cuando menos se esperaba, un grueso señor Mamey—, a mí no me importa lo que le pase a Manzanita. Al fin y al cabo esas son cosas de ella, un pleito de familia entre Manzanas. No hay que ocuparse más de esa llorona. ¡Mocosa!

Esas palabras del Mamey causaron un momentáneo desconcierto. Miráronse las frutas unas a otras, con aire perplejo. Fue el eminente señor Coco quien, reponiéndose primero de la sorpresa, tomó al fin la palabra:

—No, amigo Mamey —dijo sosegadamente el Coco—; yo creo que sí tenemos que ayudarla. Oiga usted, amigo —añadió bajando significativamente la voz y echando una rápida ojeada alrededor—, no sabemos lo que puede suceder mañana; ¿qué sé yo?, ¿qué sabe

4 Se conoce en algunas partes de América a diversas plantas de la familia de las Pasifloráceas. || ~ granadilla. f. Planta de la familia de las Pasifloráceas, propia de América tropical, con tallos sarmentosos y trepadores, de 18 a 20 m de longitud, cuadrangulares y ramosos, hojas gruesas, acorazonadas, puntiagudas, lisas y enteras, flores muy grandes, olorosas, encarnadas por dentro, con los filamentos externos manchados de blanco, púrpura y violeta, y fruto ovoide, amarillento, liso, del tamaño de un melón y con pulpa sabrosa y agridulce. || ~ granadina. f. *Ven.* parcha granadilla.

usted? Un día de estos pueden comenzar a llegar también Cocos del Norte, Lechosas del Norte, Aguacates del Norte, Guanábanas del Norte, Mamones[5], Mangos, Tunas, Guayabas, Nísperos, Parchas, ¡Mameyes del Norte! Sí, señor, óigalo bien, señor Mamey: ¡Mameyes del Norte! ¿Y qué será entonces de nosotros? ¿De usted y de mí? ¿Y de nosotros todos?… ¡Nos quedaremos chiquiticos, frunciditos, encogiditos y apartaditos, como le pasa hoy a Manzanita.

El rechoncho Mamey no palideció por esto; para sus adentros se puso aún más amarillo, aunque siguió siendo marrón por fuera. Las ideas expuestas por el Coco, a las claras denotaban su elevación nada común. En los cocales, en efecto, se mueve él a grande altura sobre el nivel del suelo; por esto se supone —o supone él— que ya desde muy lejos ve venir los acontecimientos, los peligros, y es por eso el más llamado a hablar en nombre de las frutas tropicales.

Pero esta elevada posición del coco, sin embargo, también suscita envidias y resentimientos… El ventrudo Tomate, por ejemplo, se puso rojo como un… ¡Tomate!

—Yo no les tengo miedo a los tomates del norte —dijo, inflamado y brillante—. ¿Qué me dicen con eso? Ellos no pueden ser más colorados que yo. Además, yo no puedo ponerme contra las manzanas del norte, porque nosotros, los de la familia Tomate, tenemos un cierto parentesco con ellas. Mi abuelita me contaba que en algunos países nos llaman a nosotros manzanas de oro; de modo, pues, que…

5 Árbol de la América intertropical, de la familia de las Sapindáceas, corpulento, de copa tupida, con hojas alternas, compuestas, hojuelas pequeñas, lisas y casi redondas, flores en racimo, y fruto en drupa, cuya pulpa es acídula y comestible, como también la almendra del hueso.

—También yo —dijo uno de los Cambures, cortándole la palabra al Tomate—, también yo tengo cierto grado de parentesco con esas extranjeras, por el lado materno, como bien puede verse por mi segundo apellido, pues, como saben, soy el Cambur Manzano.

Unos muchachos que venían de la escuela entraron ruidosamente en la frutería y empezaron a comprar manzanas —¡Manzanas del Norte, por supuesto!—; las acariciaban, las sopesaban, las olían, hasta les daban algún beso o mordisco allí mismo, ante los ojos de Manzanita, como si dijéramos en sus propias barbas. La Manzanita, que se había quedado distraída y pensativa oyendo lo que decían las frutas, como si todo se hubiera arreglado con sólo palabras, volvió a gimotear perdidamente, acordándose otra vez de sus pesares. Entonces se le acercó la Piña y se puso a acariciarla y a mimarla. Pero cada vez que doña Piña le hacía un mimo en la mejilla, Manzanita se escurría un poco hacia atrás diciendo:

—¡Ay, señora Piña! ¡Ay, Ay!

Pero la Piña no pensaba que esto pudiera ser a causa de las escamas y las sierritas punzantes que la adornan por todos lados, sino que era a causa de la pena que seguía afligiendo a Manzanita, y que a cada instante se le hacía más viva y aguda; y continuaba acariciándola y mimándola. Mientras más ayes lanzaba la pobre Manzanita, más y mejor la acariciaba y estrechaba entre sus brazos la buena señora Piña, haciéndola gritar más todavía.

Hasta que unas dulces Parchitas se apiadaron de ella y empezaron a decir, para distraer la atención de la piña:

—Señora Piña… señora Piña… Oiga lo que dicen los Mangos.

—Pues, ¿qué dicen? —interrogó la Piña, volviéndose…

—Que usted es agria…

Esto reavivó inesperadamente el dolor de Manzanita.

—¡Agria la Piña! ¡Ay! —exclamó fuera de sí—. Pues ¿qué no dirían de mí? Y más ahora que han venido ésas, y que todos andan con la boca abierta de lo buenas y sazonadas que son.

—No, nosotros no hemos dicho nada de usted, misia Piña —explicaban los Mangos—. Nosotros somos frutas que venimos de gran árbol, y no nos ocupamos de frutas que viven pegadas al suelo.

—¡De gran árbol! —rió la Piña con sarcasmo—. Pero no estamos hablando de eso, sino de gusto y sabor. ¿Y quién más dulce que yo cuando quiero serlo? Y no olviden ustedes ¡Pegajosos! —añadió levantando la voz— que están tratando con una dama de mucho copete. ¿O es que no lo saben?

El Mango soltó la risa.

—Porque lleva un moño de hojas duras en la cabeza —dijo— ya se cree una dama de gran copete.

—Yo tengo algo que es más, mucho más que copete —se oyó—. ¡Tengo corona!

Se volvieron, mirando a la Granada[6] que llevaba una corona, una verdadera y auténtica corona real, esto era innegable.

—¡Sí! —repitió orgullosamente la Granada—. Llevo una corona de seis picos; por consiguiente, soy la reina de las frutas…

---

6 (Del lat. *[malum] granātum*). f. Fruto del granado, de forma globosa, con diámetro de unos diez centímetros, y coronado por un tubo corto y con dientecitos, resto de los sépalos del cáliz; corteza de color amarillento rojizo, delgada y correosa, que cubre multitud de granos encarnados, jugosos, dulces unas veces, agridulces otras, separados en varios grupos por tabiques membranosos, y cada uno con una pepita blanquecina algo amarga. Es comestible apreciado, refrescante, y se emplea en medicina contra las enfermedades de la garganta.

—¿Tú? —gruñó enseguida el Membrillo[7], como de costumbre tieso y reseco—. ¡Tú que apenas estás madura y no encuentras quién te lleve, te entreabres ya sola y empiezas a pelarle los dientes a todo el que pasa, a ver si te cogen! ¡Dientona!

La Granada enrojeció mucho al oír tales palabrotas.

La señora Patilla[8] venía acercándose hacía rato, arrastrándose como un morrocoy. Ahora llegaba, e intervino para decir, aunque algo tardíamente:

—Las frutas pegadas al suelo, como han dicho antes esos caballeritos mangos, y yo en particular, que por mi tamaño y otras cosas, puedo considerarme también reina de las frutas…

—¡Ay, Patilla! —susurró la Piña.

—¡La Patilla se cree reina! ¡La Patilla se cree reina! —rieron dentro de un canasto unas niñitas muy traviesas, y que tenían fama de loquillas, las Guayabas.

Ni siquiera reparó en ellas la bonachona y plácida Patilla; pero la Tuna, erizada de pelillos y aguijoncitos, parecía pronta a defenderse y zaherir, a pesar de que nadie estaba metiéndose con ella.

La frutería estaba cerrada hacía rato, y todavía hablaban las frutas (como si exhalaran su aroma, cada una el suyo).

La Manzanita no durmió en toda la noche. Hasta la madrugada no pudo cerrar los ojos. De modo que, al amanecer del día siguiente, cuando

---

7 (Del lat. *melimēlum*, manzana dulce. m. Arbusto de la familia de las Rosáceas, de tres a cuatro me-tros de altura, muy ramoso, con hojas pecioladas, enteras, aovadas o casi redondas, verdes por el haz y lanuginosas por el envés, flores róseas, solitarias, casi sentadas y de cáliz persistente, y fruto en pomo, de diez a doce centímetros de diámetro, amarillo, muy aromático, de carne áspera y granujienta, que contiene varias pepitas mucilaginosas. Es originario de Asia Menor; el fruto se come asado o en conserva, y las semillas sirven para hacer bandolina.

8 *S*andía.

volvieron a abrir la frutería, dormía aún, y soñaba… estaba muerta. La Manzanita criolla se había muerto de pena y de vergüenza de verse tan chiquita, tan verdecita, tan fruncidita, tan acidita y tan durita.

—¡Pobre Manzanita! Y a pesar de todo tenía buen corazón: jugoso, tierno, perfumado, ella también, y la prueba es que para hacer dulce era muy buena. —Esto era lo que ahora decían todos alrededor de ella, y la lloraban y la compadecían, la llevaban sobre sus hombros y le ponían flores encima. La llevaban a enterrar.

Pero la que más lloraba en el entierro de Manzanita, la que más triste iba, era la misma Manzanita, que se tenía mucha compasión y se daba una gran lástima. El cortejo pasaba por la falda del cerro, y estaban presentes las frutas más importantes y representativas; todas las grandes frutas. Sólo la señora Patilla, entre éstas, no había podido llegar hasta allí; varias veces lo intentó, pero allí se quedó al fin, inmóvil, sudorosa, echando la colorada lengua hacia fuera. El lento cortejo subía por la ladera; los pájaros piaban tristemente, siguiéndolo de rama en rama; murmuraban las hojas, alguna se desprendía y venía a posarse en tierra. La neblina cubría la faz del Sol.

Cuando la echaron al hoyo, cerca de un arroyuelo, hubo un formidable estremecimiento. "Seguramente disparan el cañón por mí o se hunde el cerro" —pensó Manzanita envanecida—. Llevó luego la palabra el joven Durazno[9], amigo de infancia y compañero de juego de Manzanita, y todos comenzaron enseguida a echarle tierra encima…

9 (Del lat. *duracnus*). m. duraznero (variedad de melocotonero). Fruto de este árbol.

Manzanita se enderezaba, pataleaba, se empinaba en la punta de los pies, se sacudía la tierra como una gallinita en un basurero. Pero la tierra seguía cayendo a paletadas, y al fin Manzanita quedó tapada.

Cuando ya estaba enterrada, y todos se habían ido cuesta abajo, hacia la frutería otra vez, llegó por entre la tierra oscura y recién removida un gusano, y le dijo al oído a Manzanita:

—¿De qué moriste Manzanita, tú tan dura?

—De dolor, señor Gusano. Viendo llegar a esas ricas manzanas del norte, y que nadie más sentía gusto por mí —contestó ella—. Ni a los niños, ni a los pajaritos, ni a nadie les gustaba ya, ¿para qué iba a seguir viviendo?

—Mira, Manzanita —le dijo otra vez al oído el gusano—, te voy a dar un consejo: mejor es que no te mueras todavía. Oye lo que te voy a decir: esas lindas manzanas fácilmente perecen aquí, yo lo sé y te lo digo porque soy tu viejo amigo y porque somos los dos de aquí del cerro.

La manzanita vio una lumbre de esperanza en aquello que le decía el gusano.

—¿Y crees tú que se van a morir de verdad esas bichas? —preguntó con los ojos brillantes.

—De seguro que sí, Manzanita. Es el calor lo que las daña —explicó el gusano, con aire entendido y científico.

Entonces Manzanita comenzó a escarbar con fuerza la tierra que le habían echado encima, salió y se vino rodando cerro abajo hasta la frutería otra vez.

Acaban de alzar ruidosamente la reja de hierro que servía de puerta a la frutería (fue éste el estampido que oyó en sueños Manzanita).

Y todas las frutas lanzaron exclamaciones y gritos de sorpresa al ver entrar tan fresca y ágil a Manzanita.

—Pero ¿cómo es eso, manzanita? —le preguntaban todas a las vez—. ¿No te dejamos esta mañana muerta y enterrada?

—¡Ah, sí! ¡Dispensen! —dijo Manzanita, olorosa todavía a tierra—. Pero es que he venido a ver una cosa, una sola cosa no más, y después me voy otra vez; si no es nada me vuelvo a ir a enterrarme yo misma. Ustedes no tienen que volver a llevarme; ni acompañarme, ni volver a subir el cerro, ni echarme otra vez la tierra encima. ¡Muchas gracias! Yo misma me la echo… ¡Un momento!

Y manzanita se hizo más pequeña de lo que era en realidad, al ver que ya el frutero abría las cajas. Estaba más fruncida que nunca, de miedo y de esperanza a la vez, viendo aparecer los rollos de paja y de papel de seda en que venían envueltas las norteñas… y empezaron a salir manzanas manchadas, o con puntos hundidos y abollados, o ya próximas a descomponerse…

Y el frutero estaba consternado; se ponía las manos en la cabeza y hablaba para sí mismo, jurando y maldiciendo, y Manzanita iba al mismo tiempo recobrando ánimos. Al fin ya no pudo contenerse más y corrió por toda la frutería llevando la noticia. Tropezó con la Lechosa, se montó en la Patilla, dispersó los Mamones, empujó al Tomate, se hincó en la Piña, resbaló entre los Mangos, le dio un golpe al Mamey y un apretón de manos a los Plátanos; diciendo entusiasmada:

—¡Están dañadas! ¡En un solo día de gran calor se dañan todas!

Y manzanita reía; reía y bailaba en un solo pie.

Entre tanto, el afligido frutero iba echando en una cesta sus manzanas inservibles e iba metiendo en la nevera las que todavía estaban

sanas, no fueran a perderse también, con el gran calor que hacía. Subida sobre el montón de cocos, Manzanita se puso a mirar a través del cristal de la nevera. Tenía lo ojos todavía hinchados y enrojecidos por el llanto. Miraba a las rosadas y opulentas manzanas instaladas ahora dentro del frío esplendor de la nevera; entre uvas y peras, como reinas y princesas en el interior de su palacio.

—¡Aquí no pueden estar sino en nevera, y seguro que en su tierra no son nadie! —les dijo mirándolas de soslayo.

Pero ya Manzanita estaba consolada, y en el fondo de su corazón ya les estaba perdonando su belleza y su atractivo. Su ira se aplacó inesperadamente y, en lo secreto y profundo de sí misma, un súbito vuelco se produjo…

—Después de todo —dijo al cabo de un momento, bajándose del montón de cocos y echando otra mirada a la cesta de las manzanas desechadas— son frutas como yo, hijas de la tierra y del sol, buscadas por los niños y los pájaros… ¡Perecederas frutas como yo!

La naricilla estaba todavía lustrosa; la voz ronca y quebrada por los sollozos. Pero lanzó un largo suspiro de pena apaciguada… y como por encanto desaparecieron las huellas de amargura y el rencor; y se hizo presente aquella pizca de dulzura y de frutal delicia que la Naturaleza misma también puso en la sensible pulpa de que se hizo a Manzanita, el día en que la hizo…

Y la alegría, la maravillosa alegría de Manzanita, estalló. De pronto, incontenible y desbordante, al sentirse, nuevamente entrelazada y en paz, como entre hermanas, con todas las demás frutas del trópico y del mundo…

Y la maravillosa alegría cundió por todos lados; se comunicó a todas las frutas, sus fantásticos colores refulgían bajo el rayo de sol que las tocaba; se juntaban o se separaban sus formas, con capricho; confundíanse sus aromas en la tibieza del aire tropical.

Materialmente fulguraban las Naranjas, como soles echados en montón; bailaban los Cambures, jubilantes; el Aguacate daba traspiés, su cuello largo y retorcido impedíale moverse acompasadamente; la Patilla sonaba a hueco y se deslenguaba; Nísperos y Chirimoyas y Frutas de Pan saltaban fuera de las cestas y los sacos; los mismísimos señores Cocos se echaron a rodar por aquí y por allá, con sordo ruido, exhibiendo al sol sus largos y duros pelos; y los Mamones, así como las Guayabas y las pequeñas Ciruelas fragantes y coloradas —¡cuándo no!— aprovecharon también la confusión para ponerse a corretear por el suelo, como ratones, persiguiéndose y jugando, deslizándose entre las Piñas, escondiéndose entre las Lechosas, las Parchas o las Guanábanas.

El frutero se afanaba, recogiendo aquí, atajando allá, sin saber qué pensar ni qué hacer ante aquel desbarajuste inusitado… A través del cristal de la nevera, Manzanita se sonreía con las norteñas. El rechoncho Mamey le dio un beso en la frente. El maduro Tomate le echó el brazo. ¡Y hasta las avispas y abejas que merodeaban por allí en busca de sus dulzores bailaron frenéticamente unas con otras!



Historia de la señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol

TERESA DE LA PARRA

Era una mañana a fines del mes de abril. El buen tiempo en delirio, contrastaba irónicamente con un pobre trabajo de escribanillo que tenía yo entre manos aquel día. De pronto como levantara la cabeza vi a Jimmy, mi muñeco de fieltro que se balanceaba sentado frente a mí, apoyando la espalda en la columna de la lámpara. La pantalla parecía servirle de parasol. No me veía, y su mirada, una mirada que yo no le conocía, estaba fija con extraña atención en un rayo de sol que atravesaba la pieza.

—¿Qué tienes, querido Jimmy? —le pregunté—. ¿En qué piensas?

—En el pasado —me respondió simplemente sin mirarme— y volvió a sumirse en su contemplación.

Y como temiese haberme herido por la brusquedad de la respuesta:

—No tengo motivos para esconderte nada —replicó—. Pero por otro lado, nada puedes hacer ¡ay! por mí —y suspiró en forma que me destrozó el corazón.

Tomó cierto tiempo. Dio media vuelta a las dos arandelas de fieltro blanco que rodean sus pupilas negras y que son el alma de su expresión. Pasó ésta al punto de la atención íntima, al ensueño melancólico. Y me habló así:

—Sí, pienso en el pasado. Pienso siempre en el pasado. Pero hoy especialmente, esta primavera tibia e insinuante reanima mi recuerdo. En cuanto al rayo de sol quien clava a tus pies, fíjate bien: la alfombra que transfigura este rayo de sol se parece tanto a aquel otro en el cual encontré por primera vez a… ¡Ah! ¡Siento que necesitarás suplir con tu complacencia la pobreza de mis palabras!

—Imagínate la criatura más rubia, más argentinada, más locamente etérea que haya nunca danzado por sobre las miserias de la vida. Apareció y mi ensueño se armonizó al instante con su presencia milagrosa. ¡Qué encanto! Bajaba por el rayo de sol, hollando con su presencia deslumbrante aquel camino de claridad que acababa de recordármela. Suspiros imperceptibles a nuestro burdo tacto animaban a su alrededor un pueblo de seres semejantes a ella, pero sin su gracia soberana ni su atractivo fulminante. Retozaba ella con todos un instante, se enlazaba en sus corros, se escapaba hábil por un intersticio, evitaba de un brinco el torpe abrazo del monstruo–mosquito ebrio y pesado como una fiera… mientras que un balanceo insensible y dulce la iba atrayendo hacia mí; Dios mío ¡qué linda era!

—Como rostro no tenía ninguno propiamente hablando. Te diré que en realidad no poseía una forma precisa. Pero tomaba del sol con vertiginosa rapidez todos los rostros que yo hubiese podido soñar y que eran precisamente los mismos con que soñaba cuando pensaba en el amor. Su sonrisa en vez de limitarse a los pliegues de la boca se

extendía por sobre todos sus movimientos. Así, aparecía, tan pronto rubia como el reflejo de un cobre, tan pronto pálida y gris como la luz del crepúsculo, ya oscura y misteriosa como la noche. Era a la vez suave como el terciopelo, loca como la arena en el viento, pérfida como el ápice de espuma al borde de una ola que se rompe. Era mil y mil cosas, tan rápidas que mis palabras no lograban seguir sus metamorfosis.

—Quedé larguísimo rato mirándola invadido por una especie de estupor sagrado… De pronto se me escapó un grito… La bailarina etérea iba a tocar el suelo. Todo mi ser protestó ante la ignominia de semejante encuentro, y me precipité.

—Mi movimiento brusco produjo extrema perturbación en el mundo del rayo de sol y muchos de los geniecillos se lanzaron, creo que por temor, hacia las alturas. Pero mis ojos no perdían de vista a mi amada. Inmóvil, conteniendo la respiración, la espiaba con la mano extendida. ¡Ah divina alegría! La mayor y la última ya de mi vida. En esa mano extendida había ella caído. Renuncio a detallarte mi estado de espíritu. El corazón me latía en forma tan acelerada que en mi mano temblorosa, mi dueña bailaba todavía. Era un vals lento y cadencioso de una coquetería infinita.

—Señorita Grano de Polvo… —le dije.

—¿Y cómo sabes mi nombre?

—Por intuición —le contesté—, el… en fin… el amor.

—El amor —exclamó ella— ¡Ah! y volvió a bailar pero de un modo impertinente. Me pareció que se reía.

—No te rías —le reproché—, te quiero de veras. Es muy serio.

—Pero yo no tengo nada de seria —replicó—. Soy la señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol. Sé demasiado que mi alcurnia no es de las más brillantes. Nací en una grieta del piso y nunca he vuelto a mi madre. Cuando me dicen que es una modesta suela de zapato, tengo que creerlo, pero nada me importa puesto que soy ahora la bailarina del Sol. No puedes quererme. Si me quieres, querrás también llevarme contigo y entonces ¿qué sería de mí? Prueba, quita tu mano un instante y ponla fuera del rayo.

Le obedecí. Cuál no fue mi decepción cuando en mi mano, reintegrada a la penumbra, contemplé una cosita lamentable e informe, de un gris dudoso, toda ella inerte y achatada. ¡Tenía ganas de llorar!

—¡Ya ves! —dijo ella—. Está ya hecha la experiencia. Sólo vivo para mi arte. Vuelve a ponerme pronto en el rayo de sol.

Obedecí. Agradecida bailó de nuevo un instante en mi mano.

—¿De qué cosa es tu mano?

—Es de fieltro, contesté ingenuamente.

—¡Es carrasposa! —exclamó—. Cuánto más prefiero mi camino aéreo —y trató de volar.

Yo no sé qué me invadió. Furioso, por el insulto, pero además por el temor de perder a mi conquista, jugué mi vida entera en una decisión audaz. Será opaca, pero será mía, «pensé». La cogí y la encerré dentro de mi cartera que coloqué sobre mi corazón.

Aquí está desde hace un año. Pero la alegría ha huido de mí. Esta hada que escondo, no me atrevo ya a mirarla, tan distinta, lo sé, de aquella visión que despertó mi amor. Y sin embargo, prefiero retenerla así que perderla de un todo al devolverle su libertad.

—¿De modo que la tienes todavía en tu cartera? —le pregunté picado de curiosidad.

—Sí. ¿Quieres verla?

Sin esperar mi respuesta y porque no podía aguantar más su propio deseo, abrió la cartera y sacó lo que se llamaba: «la momia de la señorita Grano de Polvo». Hice como si la viera pero sólo por amabilidad, pues en el fondo, no veía absolutamente nada. Hubo entre Jimmy y yo un momento de silencio penoso.

—Si quieres un consejo —le dije al fin— te doy éste: dale la libertad a tu amiga. Aprovecha ese rayo de sol. Aunque no dure más que dos horas serán dos horas de éxtasis. Eso vale más que continuar el martirio en que vives.

—¿Lo crees de veras? —interrogó él mirándome con ansiedad—. Dos horas. ¡Ah, qué tentaciones siento! Sí, acabemos: ¡sea!

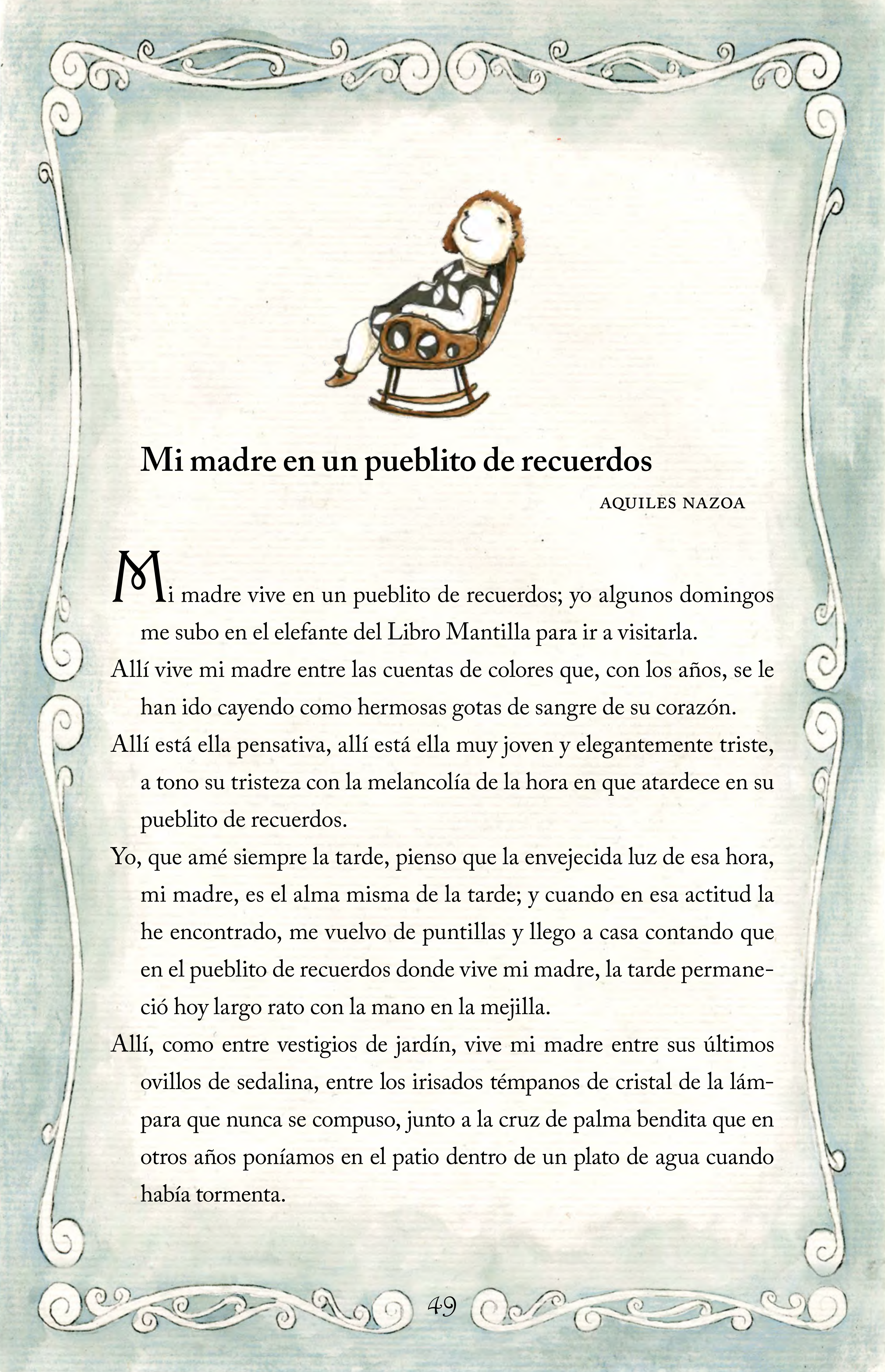
Así diciendo, sacó de su cartera a la señorita Grano de Polvo y la volvió a colocar en el rayo. Fue una resurrección maravillosa. Saliendo de su misterioso letargo la bailarinita se lanzó loca, imponderable y como espiritual, idéntica a la descripción entusiasta que me había hecho Jimmy. Comprendí al punto su pasión. Había que verlo a él inmóvil, boquiabierto ebrio de belleza. La voluptuosidad amarga del sacrificio se unía a la alegría purísima de la contemplación. Y a decir verdad, su rostro me parecía más bello que la danza del hada, puesto que estaba iluminado de una nobleza moral extraña a la falaz bailarina.

De pronto, juntos, exhalamos un grito. Un insecto enorme y estúpido, insecto grande como la cabeza de un alfiler, al bostezar acababa de tragarse a la señorita Grano de Polvo.



¿Qué más decir ahora?

El pobre Jimmy con los ojos fijos consideraba la extensión de su deleite. Nos quedamos largo rato silenciosos incapaces de hallar nada que pudiese expresar, yo mi remordimiento y él su desesperación. No tuvo ni para mí, ni para la fatalidad siquiera una palabra de reproche, pero vi muy bien cómo, bajo el pretexto de levantar la arandela de fieltro que gradúa la expresión de sus pupilas, se enjugó furtivamente una lágrima.



Mi madre en un pueblito de recuerdos

AQUILES NAZOA

Mi madre vive en un pueblito de recuerdos; yo algunos domingos me subo en el elefante del Libro Mantilla para ir a visitarla.

Allí vive mi madre entre las cuentas de colores que, con los años, se le han ido cayendo como hermosas gotas de sangre de su corazón.

Allí está ella pensativa, allí está ella muy joven y elegantemente triste, a tono su tristeza con la melancolía de la hora en que atardece en su pueblito de recuerdos.

Yo, que amé siempre la tarde, pienso que la envejecida luz de esa hora, mi madre, es el alma misma de la tarde; y cuando en esa actitud la he encontrado, me vuelvo de puntillas y llego a casa contando que en el pueblito de recuerdos donde vive mi madre, la tarde permaneció hoy largo rato con la mano en la mejilla.

Allí, como entre vestigios de jardín, vive mi madre entre sus últimos ovillos de sedalina, entre los irisados témpanos de cristal de la lámpara que nunca se compuso, junto a la cruz de palma bendita que en otros años poníamos en el patio dentro de un plato de agua cuando había tormenta.

Hay allí algo de primavera archivada, serán las flores secas que también hay, o bien aquella mota que, aunque ya sin polvera, conserva su ampulosidad de bailarina que ha engordado: en todo caso será de tanto vivir entre esas cosas por lo que la mirada de mi madre es lejanamente dulce y vagamente apagada; como sería si uno pudiera ver el nostálgico aroma de las galleticas Palmer`s.

A veces mi madre y yo nos vamos pueblo adentro, oyendo bajo nuestras pisadas el crujir de oro de las hojas secas; nos vamos a lo largo de ese territorio de oro, a veces ella y yo nos vamos, mirando yo caer las hojas secas que a lo largo de años de vivir en su pueblito de recuerdos, se le han ido desprendiendo de su anticuado vestido de flores a mi madre.

Vamos en un tranvía bajo la lluvia; pasajeros los dos de un puente que ella le dijo a papá que parecía un barco, mi madre quiere que nos detengamos donde está el vendedor de granizado para que yo me coma las estrellas. Ahora me sube a su hombro para que yo contemple por primera vez un río. Pero el fulgor de sus cabellos me resultó fascinante, pues como era ya la noche y era marzo, y apareció la luna bajísima e inmensa, yo por la primera vez vi el mar, lo vi dormido cerca de mi madre en los líquidos cabellos.

Ahora llegamos al momento en que yo no he nacido. Ahora mi madre está tendida sobre el mundo, y el amor la agasaja de perfumes como a la tierra un río de duraznos; dócil, pluvial, arbórea, taza de leche enamorada, está ahora tendida allí mi madre, cuna de flores el dulce cuenco de su vientre, para tornear —suavísima alfarera— la sustancia de siglos que cantando la nombra en la palabra de mi padre.



Madre, pequeña fábrica de amor, mansa esposa del Tiempo, milagro de tu carne fue darles forma humana a las tinieblas y recoger la noche en tus entrañas para levantarla como una espiga hacia la aurora.

Yo lo sé, yo lo sé, porque mis ojos, yo lo sé, no han conocido estrellas más suntuosas, ni mañanas más claras, ni flores más augustas ni, en fin, nubes como las que aprendí desde tu cuerpo a mirar a través de tu mirada.



Cantaclaro el hijo del viento

CARMEN DELIA BENCOMO

Cansado el viento de tantas murmuraciones sobre su vida errante y el desconocimiento de muchas personas, acerca de su ayuda a la tierra, decidió una mañana hacer un pájaro.

—¡Cantará como el agua! —dijo— y llamó a la brisa, la fuente y la luna, sus amigas, para pedirles un poco de frescura, música y luz.

Varios días y varias noches inventaron plumas, unieron colores, probaron campanas y por fin el pájaro quedó listo. Le dieron por nombre Cantaclaro. El viento, la luna, la brisa y la fuente desearon que todos lo conocieran, y llamaron a la nube y ésta, al escucharlo, lloró de alegría. Una fina lluvia bañó la tierra y, como hacía un día claro, el Sol recogió su llanto y lo convirtieron en arcoiris.

Después vino la mariposa recién salida de la crisálida y cuando lo escuchó se fue a contarlo de flor en flor.

Y llegaron los niños de la escuela, quienes para acompañar sus canciones se pusieron a danzar.

Entonces la brisa, la fuente y la luna lo enviaron a la fiesta del bosque, donde ofrecían un premio al mejor cantante y a la más linda canción.

—¡Canta sin miedo! ¡Sé fuerte y valiente para sostener tu canto! —le dijo el viento.

—¡Canta siempre con voz dulce y alegre! Repite los sonidos con claridad y belleza —le dijo la brisa.

—¡Canta con la frescura del agua! —le dijo la fuente.

—¡A tus cantos agrega un poco de mi luz! —le dijo la luna.

Cantaclaro llegó al bosque donde estaban reunidos todos los pájaros y cuando le tocó su turno, lo hizo sin olvidar los consejos de su padre y sus protectoras.

Una fuente lo invitó a silbar. Detenidamente lo miró con sus ojos de agua limpia y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? ¡Silbas muy hermoso! —Y Cantaclaro calló tímido y emocionado.

—¡Tienes la magia de la luna y la frescura de la brisa! —le volvió a decir la fuente. Cantaclaro sonrió, batió sus alas y cantó con más alegría. La fuente lo llevó a presencia de la rosa.

—Rosa, este pájaro canta como el viento, la brisa, el agua.

Lo llevaremos al árbol de la vida —dijo la rosa— y lo acompañó hasta el corazón del bosque.

—¡Mira! ¡Te traemos el hijo del viento! —dijeron sus amigas— Debe ser fuerte como su padre y sus canciones frescas y suaves como la brisa, la luna y el agua —dijo el árbol de la vida, y Cantaclaro, estimulado con aquellas palabras, cantó y cantó…

—¡A mí también me gusta! —dijo el árbol de la vida.

Las hojas de los árboles, las aguas del río y las fuentes; los otros pájaros y el pueblo entero conocieron del triunfo de Cantaclaro, y él, muy contento, regresó a su casa donde lo esperaban sus padres y amigos.



—¡Hijo, vienes vencedor! —le dijeron— ¡cuánto habrás sufrido! ¡A qué duras pruebas te someterían! ¡Cuántas palabras de elogio dirían en tu presencia! Mas, no debes envanecerte. Sigue con tu humildad, siendo cada vez mejor, para que todos comprendan la utilidad del viento y la gran ayuda que prestas a los demás.



Cómo se hicieron amigos el niño y el caballo

ORLANDO ARAUJO

Hace muchos años, pero muchos años, el hombre no sabía hacer casas, no sabía cultivar la tierra, no sabía escribir. Sabía decir caballo pero no sabía escribir caballo porque el hombre no había inventado las letras del caballo, entonces le escribió con su mano las crines en las rocas.

Como no habían aprendido a fabricar casas los hombres vivían en cuevas. No había escritura pero había palabra, hablaban. Veían el agua y le decían agua, y quienes escuchaban pensaban de una vez en toda el agua, el hombre le ponía un nombre, y así fue diciendo ríos a las aguas que corrían bramando por los canjilones de la tierra, lagos a las aguas que se quedaban quietas, mares y océanos a las aguas de final visible, sudorosas de espuma cabalgantes y casas grandes de los ríos.

Hablando y contando de caballos, Chuber, quiero decirte que el hombre de las cuevas, el que pintaba caballos, sabía que la lluvia venía del cielo y que el cielo era la casa grande de las estrellas y que las estrellas eran el techo de la casa de la noche y la noche era la cueva de la Luna y la Luna era la mujer del Sol y era el Sol el padre de

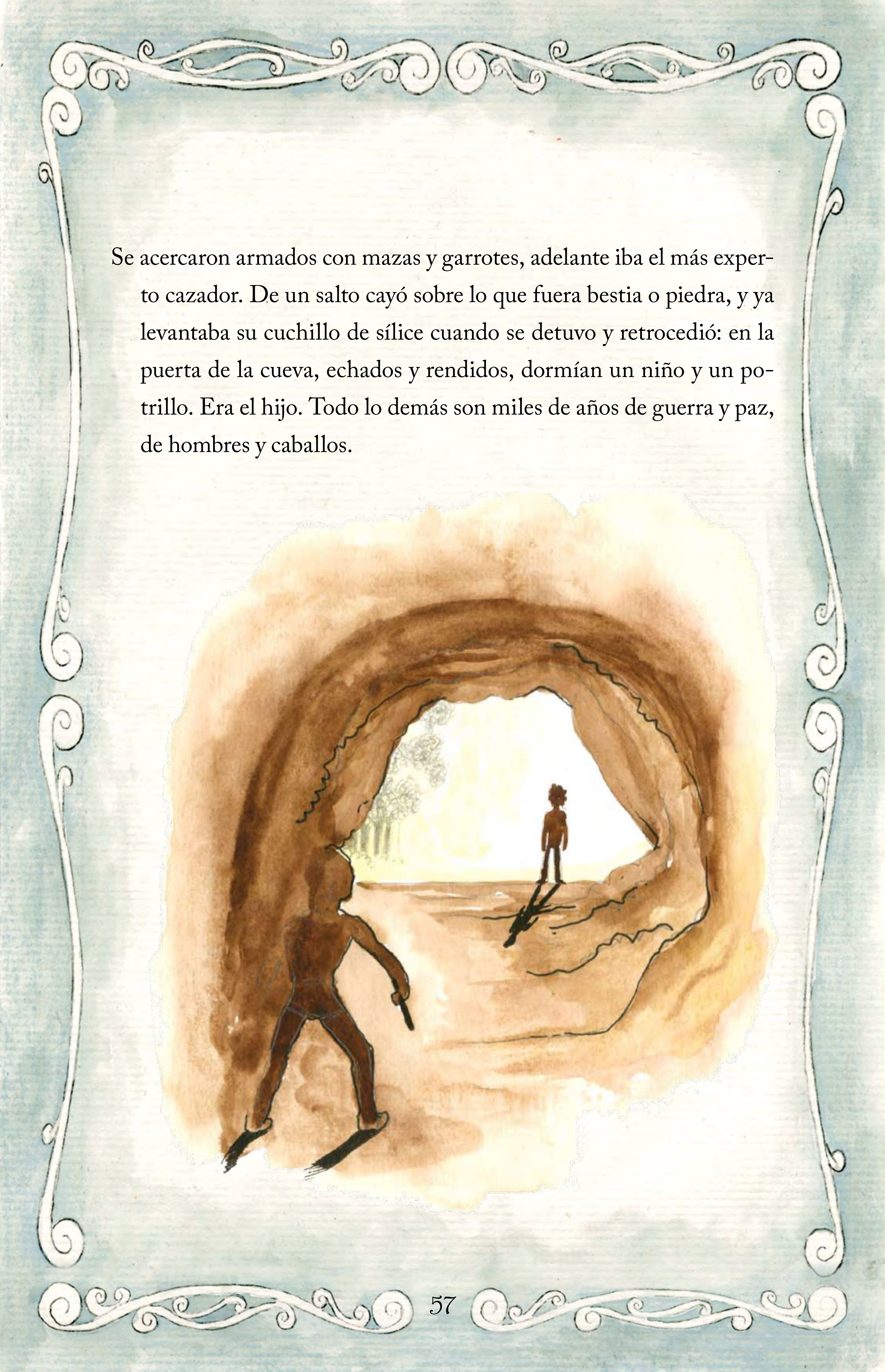
los días y eran los días y las noches los dos caballos de la luz y de la sombra, del frío y del calor, de la vida y de la muerte.

Una noche en una cueva, a la lumbre de un fogón, mientras los niños, las mujeres y los ancianos comían la carne de un caballo salvaje, un cazador contaba un cuento:

"Subí con el sol a buscar un animal para comer, iba conmigo el hijo mío. Otros cazadores salieron también y nos fuimos juntando, caminamos mucho por tierras y por aguas hasta escuchar un trueno que corría, envuelto en polvo, por un desfiladero. Eran caballos, comenzamos a rodearlos y a gritar para asustarlos y corrían y corrían locos de correr. Corrían y todos corrimos y gritábamos y entre las nubes de polvo no se sabía quiénes eran caballos y quiénes eran hombres, hasta que los caballos huyendo llegaron al borde del desfiladero y no miraban, no podían mirar sin detenerse, y saltaban, saltaban en el aire y caían sobre las piedras y caían y rodaban hasta lo profundo, abajo. Abajo fuimos y repartimos, y cada uno tomó la carne que podía cargar, y cada uno con su hijo. Pero el hijo mío no estaba por todo aquello, lo llamé, le grité, no respondió. Entonces cargué lo que podía y viajé poco a poco para que el hijo me alcanzara, si vivía… pero no me alcanzó".

Todos guardaron silencio. Por dentro les sonaba: se murió, se murió, el hijo se murió. Tiraron los huesos al rincón de los huesos para hacer después agujas y cuchillos, se echaron al suelo y durmieron alrededor del fuego.

Cuando despertaron, la vaga claridad del alba alumbraba la puerta de la cueva, pero algo en la puerta interrumpió la luz, un animal, un bulto, una piedra.



Se acercaron armados con mazas y garrotes, adelante iba el más experto cazador. De un salto cayó sobre lo que fuera bestia o piedra, y ya levantaba su cuchillo de sílice cuando se detuvo y retrocedió: en la puerta de la cueva, echados y rendidos, dormían un niño y un potrillo. Era el hijo. Todo lo demás son miles de años de guerra y paz, de hombres y caballos.



La gallina voladora

ANTONIO TRUJILLO

Para Laura Antillano

Esta es una historia que ocurrió en el aire cuando todo era de tierra. Había barro por todas partes y una luz alta, tan alta, que rozaba el pensamiento de los niños y de los hombres, si alguien quería contar algo. Por aquellos días, si una naranja, una flor o un árbol se vestían de fuego por voz y mando de la naturaleza, todo el mundo corría a mirar y agradecer lo que sus ojos veían, mientras ese encanto fuera una lumbre más del tiempo.

Cuando el mundo era así, nació en Caracas, en El Valle, la gallina de esta historia. De niña la criaron en Paracotos, en la casa de un hombre que tenía una bodega "El gallo que más canta", y de muchachita se terminó de criar en Potrero Gordo.

El primer dueño de ella la alimentaba con granos de sol; es un arte muy antiguo, los pollos creen comer, mientras el sol los ilumina, y si logran cruzar la infancia de sus plumas con ese alimento, pueden volar días enteros.

Otros piensan que esos vuelos eran por la costumbre, el gusto que ella tenía de dormir en un árbol donde anida el cristofué, un pájaro que

guerrea en el aire y a quien los indios caribes le atribuían poderes celestes. Y en las ramas de ese árbol la gallina oyendo a semejantes pájaros, aprendió cosas muy altas de la tierra y de los astros.

También hay quien jura que fue por un dueño que tuvo en otro caserío, de nombre Pedro Evaristo, un músico de pueblo, y dicen que si una gallina tiene infancia o vive mucho tiempo en casa de músicos es posible que vuele mientras alguien recuerda una canción.

Lo cierto es que un Viernes Santo la gallinita hizo historia, desde que un gavilán aprovechó un descuido de ella y le quitó un pollo que estaba criando; y cuando fue a ver, el gavilán iba lejos con el pollito, tan pequeño era, que no lo pudo matar. Se lo llevó entre las garras, como si fuera en una jaula, y más bien iba contento, alto, mirando lo que nosotros llamamos paisaje y para ellas, las aves, es un inmenso patio invisible, como decir, el solar infinito del universo.

Entonces fue cuando la gallina echó un volido así por el aire buscando al gavilán sobre unos lugares que nunca había visto.

Esa gallina voló desde Potrerito Abajo hasta más allá del puente de Bejarano, y fue a dar cerca de El Encantado, buscando hacia La Mariposa, y de allí se devuelve persiguiendo al gavilán que la desvía en la sombra de unos árboles y se va por los lados de Maitana, y ya en el lindero de San Diego de los Altos, por el Alto de las Yeguas se enrumba pa'otra fila, ésta que llaman Altos de Pipe, persiguiendo por el aire al bendito gavilán.

Era ya un poco tarde cuando un agricultor, desde un campo de alcachofas, le dijo a su familia, mirando al cielo: "por ahí, bien alta detrás de un gavilán pasó la gallina de mi primo Miguel".

Y el gavilán ya cerca de Coche, miró pa' trás y como nunca le había pasado nada así y que dijo también: "caramba, qué gallinita tan brava" y mientras tanto, la gallina encima, alcanzándolo por los lados de El Valle, cuando El Valle era pura caña de azúcar.

De allí el gavilán decide volar hacia Sabana Grande, por donde vieron a la gallina, ya tarde, unos arrieros que la conocían.

Nunca un gavilán había volado tanto por un pollo, y cuando creyó estar bien lejos llegando a Petare, la gallina ya era una sombra inmensa sobre él, y allí en ese lugar, vencido por la voluntad de una gallina, acuerda no volar más, y abandona el aire, su único reino.

Y toda esa gente de Petare, aplaudiendo a la gallina, hasta la ayudó a montarle a su hijo en un ala; dejó un ala inmóvil, quieta, como una rama de su propio cuerpo y con la otra volaron hasta la altura de Conejo Blanco.

Desde el aire la gallina mira el valle de su infancia, y por la hora casi oscura tuvo que orientarse desde una torre invisible que ellas tienen, y dijo: —caramba mijo, nos cogió la noche en Caracas, mejor nos vamos por Las Mayas y nos quedamos en Puerto Escondido; allá vive un primo de Miguel, y cuando él baje a Caracas a vender las flores en el Mercado de San Jacinto, que nos lleve en la cesta de las aves, en verdad —volvió a decir la gallina— he volado mucho, y tú estás un poco aporreado.

Una semana después de todo eso, Miguel, que era floricultor y amigo de muchas historias, bajó a Caracas y pasó por Puerto Escondido donde vivía su primo Ricardo Antonio, y éste le dijo:

—Miguel, ¿a ti no se te perdió una gallina con un pollo? Por la pluma parece tuya.



Y Miguel le contestó:

—¡Si chico! Una gallinita que desde pollita la criaron con granos de sol y dormía en el árbol donde anidan los cristofué, y de ñapa vivió en casa de músicos, y un gavilán el Viernes Santo le quitó un pollo, y echó un volido así por el aire; de eso hace ya siete días y no sé de ella.

El primo lo invitó a tomar café en el patio de su casa a la sombra de un arbolito que llaman Guayabita del Perú, y allí estaban la gallina y el pollo, picando, dibujando sobre la tierra el mapa, las distancias y los lugares que volaron por culpa de ese gavilán.

La gallina apenas los vio, dijo a volar alrededor de los parientes, y se posó sobre el hombro de Miguel, su verdadero dueño.



Corazón de arepa

MARISSA VANNINI

Había una vez una niña buena, buena, buena, pero tan buena, que no se encontraba ninguna como ella en todo el pueblo ni en cien mil millas alrededor.

¿Saben cómo se llamaba?

¡Adivínenlo!

No es difícil de adivinar…

Se llamaba Corazón de Arepa[10].

Cuando era pequeña y no tenía dientes completos, o más tarde cuando los mudaba, al ver que su mamá sacaba del budare[11] las humeantes arepas de crujiente concha, se le acercaba y le decía:

—Mamá, dame el corazón de la arepa.

10 (Del cumanagoto *erepa*, maíz). Especie de pan de forma circular, hecho con maíz ablandado a fuego lento y luego molido, o con harina de maíz precocida, que se cocina sobre un budare o una plancha. || 2. *Cuba.* Torta fina de harina de trigo, azúcar, vainilla y leche, frita, que se come caliente con sirope o almíbar.

11 Plancha circular y semicóncava de barro cocido o de hierro que se utiliza para cocer o tostar alimentos como la arepa, la cachapa, el cazabe o el café.

La mamá, pacientemente, vaciaba una a una las arepas que luego rellenaba con queso para los hermanos, y le daba a ella toda la pulpa blanca y tierna; el corazón de la arepa.

No se sabe si de tanto comer corazón de arepa o porque ella misma ya era así, esa niña al crecer se volvió buena, buena, buena, pero tan buena, que no se encontraba ninguna como ella en todo el pueblo ni en cien mil millas alrededor.

Sus padres, hermanos, compañeros, amigos, todo el pueblo la querían mucho y por eso, cuando Corazón de Arepa llegó a la edad de casarse, estaban muy preocupados.

¿Dónde encontraría Corazón de Arepa un muchacho bueno, bueno, bueno, tan bueno como ella para poder casarse con él?

Corazón de Arepa no podía casarse con el estudiante, ni con el profesor, ni con el comerciante, ni con el doctor,

porque de lo buena que era
podía sucederle
que se la comieran.

Y tampoco podía casarse con el ganadero, ni con el vendedor, ni con el arriero, ni con el ordeñador, porque de lo buena que era podía sucederle que se la comieran.

¡Pobre Corazón de Arepa! ¿Con quién se casaría ella? ¿Dónde encontrar un muchacho bueno, bueno, bueno, pero tan bueno para que ella se casara con él, sin que

de lo buena que era
pudiera sucederle
que se la comieran…?

¡Qué preocupación!

Un día llegó de lejos, desde tierras de montaña, un jovencito, tan bueno, pero tan bueno, que no había ningún otro como él en todo el pueblo ni en cien mil millas alrededor.

¿Cómo se llamaba?

¡Adivínenlo!

No es difícil de adivinar…

Se llamaba Pedazo de Pan, y por consejo de sus padres y de sus amigos había salido a dar vueltas por el mundo, en busca de una muchacha tan buena como él, para casarse con ella.

Caminaba, caminaba Pedazo de Pan, con sus anteojitos redondos, su corbata de lacito, su ruana[12] tejida, su bastoncito de mimbre y un letrerito que decía:

Busco una buena novia
que con amor sincero
quiera amarme a mí mismo
a mis padres, al pueblo
y al mundo entero.

Pero esa novia no aparecía y Pedazo de Pan seguía caminando, caminando y caminando.

Cuando por fin Pedazo de Pan llegó a ese lejano pueblito oriental y vio y conoció a Corazón de Arepa, ¡se quedó patitieso! Y de inmediato pensó:

¡Esta es la buena novia
que con amor sincero

12. Especie de capote de monte o poncho.

sabrá amarme a mí mismo,
a mis padres, al pueblo
y al mundo entero!

¡Ni dudarlo! Corazón de Arepa y Pedazo de Pan se casaron enseguida, en presencia de los dos pueblos reunidos, el oriental y el andino, entre el regocijo de todos. Se cuenta que por primera vez en aquella gran fiesta las mujeres andinas bailaron joropo, y los jóvenes orientales comieron arepa de trigo, pizca y frutas abrillantadas.

Se cuenta también que desde entonces,
se hicieron amigos
el bachaco[13] y el chivo[14]
y el andino y el oriental
dejaron de pelear.

Y se cuenta que Corazón de Arepa y Pedazo de Pan, una vez casados, tuvieron muchos hijos, afortunadamente tan buenos como ellos, y sus hijos tuvieron otros, y los hijos de sus hijos otros, y fueron tantos que hoy día la tierra está llena de los hijos, y de los hijos de los hijos, y de los hijos de los hijos de los hijos de Corazón de Arepa y Pedazo de Pan.

¿Y saben ustedes cómo se llamaron los hijos, y los hijos de los hijos, y los hijos de los hijos de los hijos de Corazón de Arepa y Pedazo de Pan?

---

13 Adj. coloq. Dicho del cabello: Muy ensortijado y rojizo. || **2.** coloq. *Ven.* Dicho de una persona: Que tiene el cabello con esas características. || **3.** m. *Ven.* Hormiga grande y voraz de los Formícidos, de color rojizo y a veces negro según la especie.

14 Coloq. Hombre de prestigio. //m. Cría macho de la cabra, desde que no mama hasta que llega a la edad de procrear.



¡Adivínenlo!

No es difícil de adivinar…

Los hijos de Corazón de Arepa y Pedazo de Pan se llamaron Buena Gente, y así se llamaron también los hijos, y los hijos de los hijos, y los hijos de los hijos de los hijos de Corazón de Arepa y Pedazo de Pan, pues todos fueron, afortunadamente, tan buenos, buenos, buenos como ellos.

Y como fueron tantos, es muy posible, queridos amigos, que ustedes también sean y conozcan a alguien más que sea Buena Gente. Y yo que soy Buena Gente, es decir, hija de los hijos de los hijos de los hijos de Corazón de Arepa y Pedazo de Pan, así lo espero, porque me gusta que en todo nuestro país haya mucha Buena Gente, y que todos los que somos Buena Gente seamos amigos.



Coctel de frutas

ROSARIO ANZOLA

A la orilla de la playa
A pleno sol tropical
El mercado se alborota
Con sabor de carnaval.

De pronto se prende un baile
Todo el mundo está contento
Y van llegando las frutas
Con todo su cargamento.

La primera es doña Piña
Que pasa con su corona
Vende collares de cuentas
Que ofrece muy retozona.

Le compra uno de colores
Su amiga doña Patilla
Quien con sombrero morado



Lo luce de maravilla.
En un tarantín de lujo
Asoma doña Lechosa
Vende pinturas de boca
A las niñas buenamozas.

Se le acerca el señor Coco
De brazo con la Parchita
Y le compran un espejo
Y una colonia exquisita.

Bajo un techito de palma
Se acomoda don Melón
Que vende lo que se anuncia
Por radio y televisión.

Registrando lo que encuentran
Han llegado los Mamones
Y como quieren lo mismo
Se pelean con los Limones.

Al lado monta su tienda
La fina doña Guanábana,
Que exhibe con sus maletas
Sillas, mesitas y sábanas.



Las Naranjas piden precios
A Toronjas coloradas
Y después de regatear
Se van y no compran nada.

La señora Mandarina
Que vende ropa y zapatos
Le dice a los Mangos verdes
Que ella los vende barato.

Le muestra lo que les gusta
A la señora Banana
Y su esposo don Cambur
Le paga sin muchas ganas.

A la orilla de la playa
A pleno sol tropical
El mercado se alborota
Con sabor de carnaval.

De pronto se prende un baile
De sabrosa algarabía
Porque a las tres de la tarde
Se acabó la mercancía.



¿Cómo besar a un sapo?

MIREYA TABUAS

Esta mañana apareció en mi jardín. Arturo, que es mi hermano y tiene dos años más que yo, quería atraparlo y no pudo. El bicho se fue, saltando y brincando, muy seguro de su velocidad.

Arturo está bravo porque no lo agarró. Me dijo que lo hubiera abierto con su navaja para sacarle todas las tripas y ver si es verdad que los sapos tienen corazón.

A mí me da asco. Ese animalito verde y pegostoso me causa dolor de barriga. Mi hermano Arturo se ríe y me dice:

—Quién sabe si ese sapo no está encantado por una bruja y si lo besas se convierte en príncipe.

Ahora yo no hago más que pensar en eso. Porque lo que me dijo mi hermano ha pasado de verdad. Lo he leído en mis libros de cuentos: muchas princesas han convertido sapos en príncipes con sólo besarlos.

Yo no soy princesa, pero tengo un montón de besos en reserva.

Volví a ver al bicho en el jardín. La verdad es que este sapo sí que es arriesgado. Sabe que Arturo lo busca, pero él permanece tranquilo en la grama, sin miedo, sin moverse, como si fuera un soldado con rifle y todo. No es un sapo común y corriente, estoy segura. Aunque

no me he acercado mucho, puedo notar su aire de gallardía y majestad, sus buenos modales. Y no es tan verde, ni tan feo, ni tan sapo.

Hace días que el sapo me mira. Sé lo que está esperando de mí. Me ha elegido. No sé, pero creo que no debe haber nada tan sucio como besar a un sapo (espero que no me escuche el pobre). Me he acercado un poquito a él. Me parece que tiene los ojos amarillos. Seguramente debe ser un príncipe muy buenmozo, de traje azul, rubio, igualito a un artista de la televisión. Ya me veo vestida de blanco, con una corona de diamantes y toda maquillada para casarme con él. Y Patricia muerta de los celos, como es la más bonita del colegio y todos los varones están enamorados de ella, se cree que se va a casar con alguien de sangre azul (pero yo no pienso presentarle a mi príncipe, digo, a mi sapo).

Pero este príncipe mío va a tener que esperarse como diez años, porque todavía estoy muy chiquita. Además, antes de casarme tengo que terminar la primaria, luego el bachillerato y después ir a la universidad para ser periodista. Mientras tanto, él debería seguir siendo sapo, porque si lo convierto en príncipe a lo mejor no quiere esperarme tanto y se casa con otra (con Patricia, por ejemplo). Y yo más rápido no puedo crecer. ¡Y no pienso tomar avena para apurar mi crecimiento!

El problema es que si mi sapo sigue mucho más tiempo convertido en sapo corre el riesgo de caer en las manos (garras) de mi hermano Arturo. Entonces yo me quedaría viuda sin haberme casado.

No sé qué hacer. Creo que lo voy a besar. Nunca pensé que mi primer beso se lo daría a un sapo. Espero que no abra la boca.

Camino hacia él. Está de lo más quietecito. Me da como ganas de vomitar, confieso. Para las princesas que salen en los cuentos es tan fácil. Besan y ¡zas! aparece el príncipe. Yo creo que las personas que escriben esos cuentos deberían explicar bien cómo es el proceso para besar a un sapo. Si hay que cepillarse antes los dientes, bañar al bicho con manguera o acariciarle la barbilla. Sería bien importante que una estuviera preparada y lista en el momento en que se presente una ocasión como ésta y se tope boca a boca con un sapo. ¿No dicen que los libros son los mejores maestros?

Cierro los ojos. Y me tapo la nariz. Si mamá observa lo que voy a hacer me va a pegar. Le dirá a mi padrastro que estoy loca o que soy una cochina. Y tal vez lo soy, pero esos son los sacrificios que tiene que hacer toda heroína que se precie de serlo.

Bueno, no me distraigo más. Cuento hasta diez y juro que beso al sapo y listo. Y si después se arrepiente y no le gusto para novia, pues él se lo pierde.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nue…

Justo cuando lo iba a besar el sapo huyó de mí, saltando hacia el otro extremo del jardín. El muy ingrato vió allí una rana que lo miraba mucho y sin pensarlo dos veces se fue con ella.

No puedo dormir ni aunque tome un litro de manzanilla. Me miro al espejo. Tengo pecas, es cierto, y mis dientes son disparejos, y mi nariz respingona, y mis cejas muy oscuras. Pero todos dicen que mis ojos son expresivos. ¿Qué tiene esa rana que no tenga yo?

Mi hermano Arturo también está bravo. El sapo se fue para siempre de nuestro jardín y no pudo investigarlo. Hoy atrapó una lagartija

y con su navaja le abrió la barriga. La revisó bien por dentro, le sacó las tripas, pero no le encontró corazón por ningún lado.

—El sapo tampoco tiene corazón, te lo puedo asegurar —le dije a mi hermano. Arturo me miró extrañado, seguro pensó que maté al sapo y lo abrí con un bisturí. Lo que no puede imaginar mi hermano es que no me hizo falta abrirle el cuerpo para descubrir que ese sapo no tenía ni pizca de corazón.

Salgo de mi casa porque estoy triste. Si mi padrastro me ve así dirá que soy una llorona boba. Bueno, a lo mejor es verdad que soy una llorona boba porque no hago más que pensar en mi sapo-príncipe.

Los príncipes azules son más difíciles de conseguir de lo que imaginaba. Son tan solicitados que si una se descuida ¡zas! viene cualquier rana y te lo arrebata.

Voy al parque donde pasean los enamorados tomados de la mano. Patricia, la bonita de mi colegio, camina al lado de un muchacho alto, de esos que tienen anchas espaldas y sacan malas notas. No me saluda para hacérsela de importante. No me interesa su saludo. Estuve a punto de casarme con un auténtico príncipe azul y el que está a su lado es un simple campeón de baloncesto.

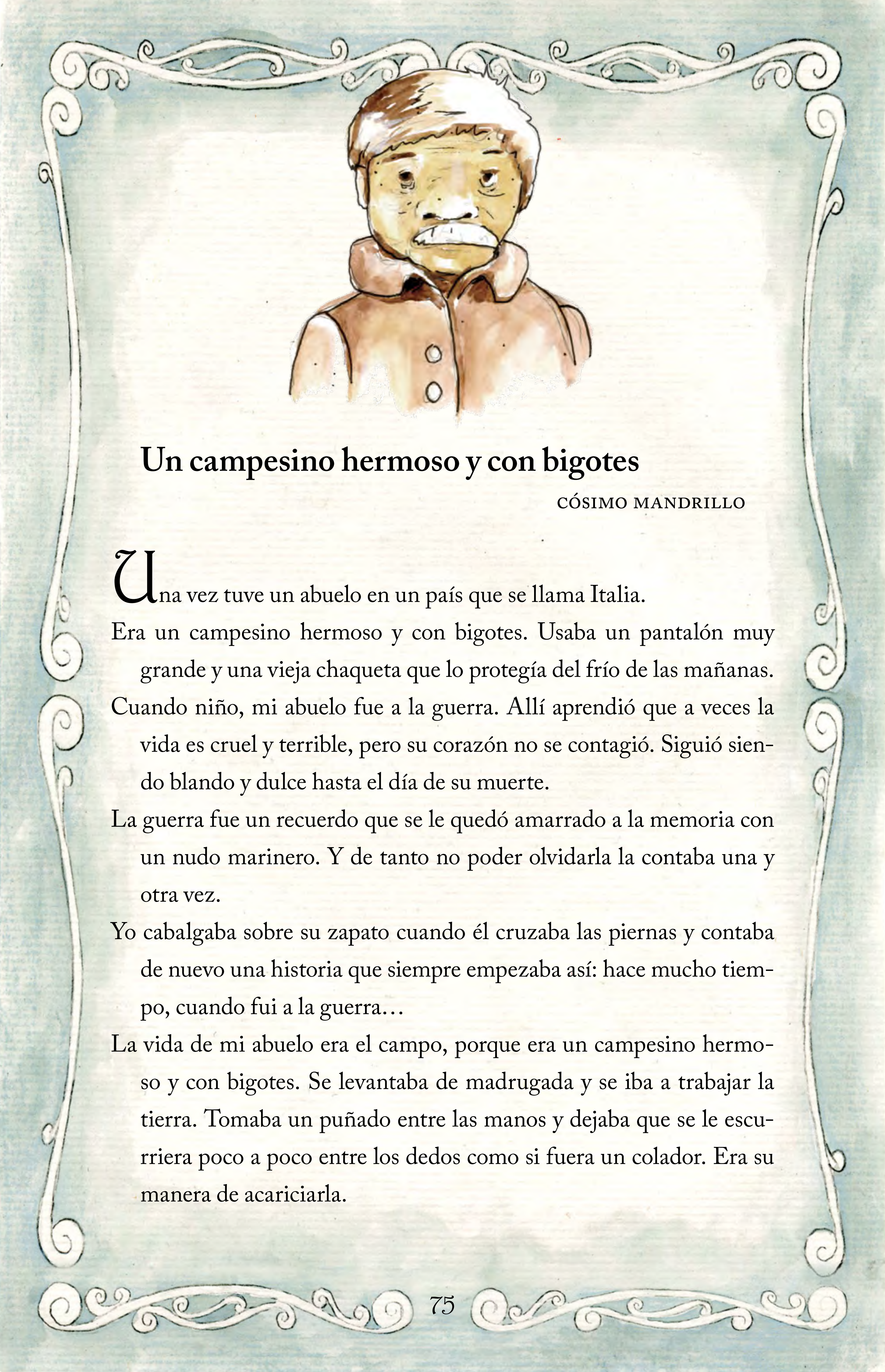
Me detengo. No puedo creer lo que está frente a mí. Allí, en un charco del parque, se encuentra nada más y nada menos que mi príncipe en persona (mejor dicho, en sapo) con su esposa rana y un montón de renacuajos. Son más de mil y saltan alrededor de sus papás de lo más contentos.

Respiro aliviada. Ya entiendo todo. Sé por qué me dejó plantada y prefirió casarse con la rana y seguir siendo sapo. Los príncipes no pueden revolcarse en los charcos ni tener tantos hijitos. El mundo se



llenaría de principitos, y no hay tantos castillos disponibles ni tantas princesas a la orden.

Eso sí, gracias a él, habrá suficientes sapos para que todas las niñas del mundo puedan besar uno, si se atreven. Tal vez una de ellas (yo, por ejemplo) logre convertir su sapo en príncipe azul.



Un campesino hermoso y con bigotes

CÓSIMO MANDRILLO

Una vez tuve un abuelo en un país que se llama Italia.

Era un campesino hermoso y con bigotes. Usaba un pantalón muy grande y una vieja chaqueta que lo protegía del frío de las mañanas.

Cuando niño, mi abuelo fue a la guerra. Allí aprendió que a veces la vida es cruel y terrible, pero su corazón no se contagió. Siguió siendo blando y dulce hasta el día de su muerte.

La guerra fue un recuerdo que se le quedó amarrado a la memoria con un nudo marinero. Y de tanto no poder olvidarla la contaba una y otra vez.

Yo cabalgaba sobre su zapato cuando él cruzaba las piernas y contaba de nuevo una historia que siempre empezaba así: hace mucho tiempo, cuando fui a la guerra…

La vida de mi abuelo era el campo, porque era un campesino hermoso y con bigotes. Se levantaba de madrugada y se iba a trabajar la tierra. Tomaba un puñado entre las manos y dejaba que se le escurriera poco a poco entre los dedos como si fuera un colador. Era su manera de acariciarla.

También la limpiaba de piedras, porque las piedras —pensaba él— son como un tumor en la tierra que se va a sembrar.

Con los años, fue quedándose encorvado como si llevara siempre en las manos una de aquellas piedras redondas y pesadas.

Claro que mi abuelo nunca se quejaba. Era un hombre lleno de silencio. Únicamente por dentro se alegraba cuando la tierra le daba frutos y vegetales.

En lo más fuerte del verano llenaba cestas y cestas de racimos y entonces la casa olía al perfume ácido de las uvas maduras.

Después era la fiesta, porque no hay mejor fiesta que la de hacer vino.

En un tonel inmenso, nos metíamos descalzos a saltar sobre la uva que explotaba en cada pisotón y nos torpedeaba con el mosto perfumado que en algunos meses sería vino.

A la hora de comer, mi abuelo se sentaba a la cabecera de la mesa. A su lado, apoyada en el piso, ponía una botella de aquel vino que habíamos hecho saltando en la barrica. De tanto en tanto la levantaba, tomaba un sorbo largo, y su bigote cenizo se mojaba con el morado fuerte del vino.

Nunca bebía de otro vino que no viniese de sus manos, "porque el vino —repetía— es la misma tierra que nos pasa entre los dedos y con el viento se hace polvo".

Mi abuelo caminaba con los brazos cruzados a la espalda. Yo caminaba a su lado cuando íbamos a la plaza a comprar tabaco.

Con las manos a la espalda y cada día más encorvado, respondía con gestos de cabeza a los vecinos que le saludaban: *Buon giorno signor Pasquale*.



Al llegar a casa liaba con calma un cigarrillo: metía el tabaco en el papel, lo enrollaba y lo pegaba con saliva. Después fumaba despacio y mirando lejos quién sabe qué cosa.

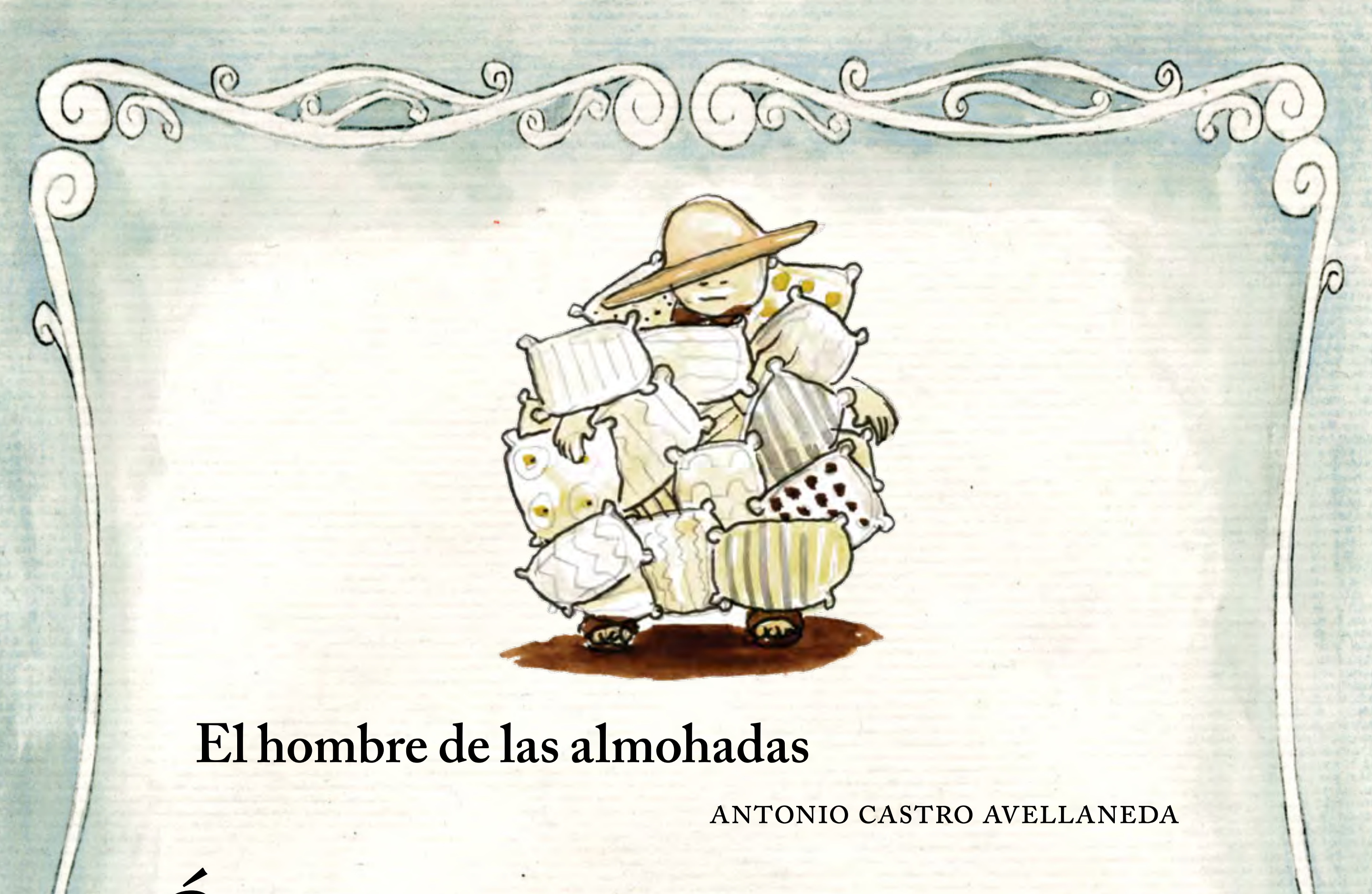
Yo me quedaba viéndolo a él y a su silencio.

Un día, desde un barco grande y gordo le dije adiós a su figura encorvada y a su mostacho de pelo suave como el aliento.

Nunca más lo vi.

Ahora soy un hombre casi viejo y he olvidado muchas cosas: el nombre de la calle donde vivíamos y el nombre de los vecinos. Tampoco recuerdo el tamaño de la casa; ni la distancia a la plaza; ni en cuál esquina estaba la fuente a la que íbamos por agua.

Pero siempre recuerdo, eso sí, que una vez tuve un abuelo en un país que se llama Italia.



El hombre de las almohadas

ANTONIO CASTRO AVELLANEDA

Érase una vez un hombre que vendía almohadas. Ese era su trabajo. Así se ganaba honradamente la vida.

Cuando salía a la calle sólo se le veían los pies, las manos y la cabeza. El resto de su cuerpo desaparecía debajo y tras las almohadas. Las forraba con telas de hermosos dibujos y colores. Cuando caminaba así, entre tanta coloración, las personas creían ver pasar un jardín a paso lento. Los que más disfrutaban su presencia eran los niños y más de uno llegó a pensar que cuando fuera grande se ganaría la vida de la misma forma bonita y honrada.

El hombre de las almohadas tenía una manera muy peculiar de llamar la atención y de anunciar su mercancía. Con una voz delgada y fuerte, como una cuerda nueva de guitarra decía:

—¡Señor, señora, señorita!, lleve la mejor almohada para su tipo de sueño, en buena hora. Señor, señora.

Luego de una pausa, corta en las mañanas y larga por las tardes, reanudaba su oferta al público. Así avanzaba por el día. Era un vendedor de almohadas muy particular. Las ofrecía de siete tipos diferentes, elaboradas por él mismo:

De plumas de ave. De viento del norte con aromas del mar. De lluvia reciente. De flores silvestres recogidas en la montaña cercana. De neblina tomada al amanecer con las manos recién lavadas. De luna llena. Y de tiempo prestado a un reloj de oro, muy antiguo, que había heredado de su padre y éste de su abuelo, quienes le habían enseñado el oficio de hacedor de almohadas. Ese reloj era el objeto de más valor que poseía. Lo amaba y cuidaba como parte de su cuerpo.

—Las almohadas de plumas son para las personas de sueño ligero. Las de viento, para quien le gusta viajar durante el sueño. Las de lluvia son especiales para personas de sueño nervioso. Si usted es una persona de sueño tranquilo, le recomiendo una de flores silvestres. El sueño profundo se logra mejor y se prolonga con una almohada de neblina. Las de luna llena son para quien vive solo y le teme a la soledad. La luz de la luna es muy buena compañía; si lo sabré yo. En cuanto a las de tiempo son ideales para personas de sueño completo, es decir que nunca tienen prisa al despertarse y cuando lo hacen están contentas y con ganas de hacer el bien a alguien.

Todos los días repetía la misma explicación, lo cual no era fastidioso para él sino todo lo contrario. Y los clientes quedaban encantados. Ninguno se iba con las manos vacías. Cada quien se llevaba la almohada de su tipo de sueño, o al menos la satisfacción de haber sido bien atendido.

Como era un hombre bajito y delgado que siempre andaba arropado de almohadas, sólo sus vecinos lo conocían de cuerpo entero, aunque apenas lo podían ver así los domingos cuando salía de su

casa a pasear o a comprar en el mercado, pues trabajaba de lunes a viernes y llegaba siempre de noche.

Cada día caminaba muchos kilómetros ofreciendo su mercancía, de manera que cuando llegaba a su casa, en una barriada pobre, en lo alto de una colina, muy lejos del centro de la ciudad, los pies apenas podían tenerlo en pie. ¿Y los sábados? ¡Ah!, el sábado era un día muy especial para el vendedor de almohadas.

Ése era el día de ir a la montaña muy temprano a recoger neblina, flores silvestres, plumas de ave y mucho viento del norte, el cual tomaba subiendo a la cima de la montaña desde donde se podía ver y hasta tocar el mar.

Vivía solo. Al llegar a su casa, por las noches, se bañaba. Preparaba la cena. Escuchaba un poco de música suave. Luego de cenar iba a la cama donde tenía tres hermosas almohadas: una de neblina, otra llena de luna llena y la más grande de tiempo de su reloj de oro. Tomaba un libro muy grueso de la mesa de noche y comenzaba a leer alguno de los maravillosos cuentos, poemas y fábulas que contenía. Lo había comprado a un vendedor, de libros usados, el cual le contó una extraña historia alrededor del mismo, pero hacía de eso tanto tiempo que la había olvidado casi toda. En realidad el vendedor de almohadas era un mal lector, pues todavía no lograba pasar de las primeras páginas del libro, ya que cuando comenzaba a leer le entraba un profundo sueño. El libro terminaba dormido sobre el pecho tranquilo del vendedor de almohadas.

Cada mañana salía muy temprano de su casa para poder llegar a tiempo a los lugares donde ocurría la mayor concentración de personas que iban o estaban llegando a su trabajo. El hombre sabía que todos

se habían levantado muy temprano, apenas los gallos, los relojes y los radios anunciaban la cercanía del amanecer, y que todos llevaban los ojos llenos de sueño.

Al ver las almohadas tan bonitas y tan bien anunciadas, algunas personas caían en la tentación de comprar una para apoyar la cabeza y "echar un sueñito", mientras subían en los ascensores hasta las oficinas en los altos edificios que tapaban el sol y prolongaban las brumas del amanecer. Otros, mientras, esperaban que el dueño del negocio llegara con el manojo de llaves para abrirlo. Pero los mejores clientes eran los que tenían que atravesar la ciudad para llegar a tiempo a su trabajo. Ésos aprovechaban las suaves almohadas y el ronroneo de los autobuses para completar la noche.

El vendedor de almohadas había descubierto que las mejores horas del día para vender su mercancía eran tres: muy temprano (por lo ya contado), de 2:00 a 3:00 p.m. por aquello de "la hora del burro", y a partir de las 6 de la tarde cuando todos regresaban cansados a sus lugares de habitación.

La presencia de una hermosa y cómoda almohada achica los ojos de la cara y agranda los del sueño y el cansancio. Él lo sabía, de manera que aprovechaba esas horas.

Así transcurría la vida del vendedor de almohadas.

Hasta que un mal día, el país donde vivía entró en guerra con otro país más grande y poderoso y toda la gente perdió el sueño. La guerra se prolongó por mucho tiempo de manera que muchos oficios, negocios y sueños quebraron:

—Los redactores de tratados de paz.

—Los poetas partidarios de hacer el amor y no la guerra.

—Los constructores de parques y de casas.
—Los músicos que componían hermosas canciones llenas de alegría.
—Los titiriteros, los saltimbanquis y lectores de la buena suerte.
—Los vendedores de almohadas.

Mientras que, lógicamente, prosperaron otros:
—Los redactores de declaraciones de odio y guerra.
—Los escritores partidarios de la violencia y la xenofobia.
—Los constructores y diseñadores de armas e instrumentos de tortura.
—Los mentirosos y atizadores del fuego y la discordia.
—Los fabricantes de pastillas para los nervios.
—Los vendedores de urnas, coronas y demás objetos funerarios.

El vendedor de almohadas, que no sabía hacer otra cosa, quedó en la ruina. Un día, cuando más desesperado estaba y estaba pensando en lo peor, un vecino suyo que lo apreciaba mucho y quería ayudarlo, le dio un consejo. Le dijo:

—Amigo, he pensado que tu profesión podría ser muy útil para poner fin a esta guerra que está devorando a nuestro país y también al de nuestros enemigos. ¿Por qué no inventas una almohada que ponga en el corazón del que coloque su cabeza sobre ella, el amor y el sentido de la paz? ¿Crees que podrás hacerla?

Al vendedor de almohadas se le iluminó el rostro como si el sol del amanecer hubiera salido de adentro de sus ojos. Le dio las gracias y un fuerte abrazo a su amigo y le prometió que lo intentaría.

Al día siguiente salió muy temprano hacia la montaña vecina donde reunió toda la cantidad que pudo de neblina, flores silvestres, viento del norte y de los demás puntos cardinales, alas de mariposas muertas, restos de colibríes, hojas de muchas especies de árboles,

nidos abandonados, pequeños caracoles sin madre, telarañas solas, rayos de sol filtrados por entre las ramas y silencio, mucho silencio del milenario bosque.

Regresó a su casa y comenzó a preparar la mezcla de cosas que había recogido en la montaña, a la cual agregó todo el tiempo de su antiguo reloj de oro. Por último, sacó un pequeño cofre que guardaba celosamente en su mesa de noche, y de él tomó cierta cantidad de un delicado polvo-azul-brillante que agregó a la mezcla ya preparada.

Cuando tuvo cientos de almohadas listas, cargó sobre su cuerpo todas las que pudo, y con la ayuda de su amigo partieron hacia el frente de batalla, que por cierto ya estaba bastante cerca de la ciudad. Encontraron a los dos ejércitos separados por un río de cadáveres.

Todos los oficiales y soldados se veían demasiado cansados y tristes de hacer aquella guerra inútil que sólo servía para desangrar a los dos países.

El vendedor de almohadas pidió hablar con el gran general que comandaba la guerra del lado de acá. Cuando fue recibido, aprovechando un alto al fuego entre los dos bandos por escasez de pertrechos, le explicó el objetivo de su visita. El gran general creyó que aquel hombrecito estaba loco y decidió seguirle el juego, pues le divertía verlo y oírlo después de tanto tiempo de oír y hacer cosas tan serias como dirigir una guerra.

Al terminar de hablar, el vendedor de almohadas le regaló una especial al gran general, sugiriéndole que la usara aprovechando el alto al fuego y, además, para que al descansar y despertar pudiera ver mejor las órdenes futuras que daría y le darían la victoria.

Igualmente le dio una a cada uno de los oficiales que acompañaban al gran general, diciéndoles lo mismo. Luego pidió permiso para retirarse y se marchó con su amigo.

Aprovechando el alto al fuego que se prolongaba, lograron ir al campamento del ejército contrario y pidió hablar con el gran general que comandaba la guerra del lado de allá.

Ocurrió lo mismo que en el campamento del lado de acá. Repartió todas las almohadas que les quedaban.

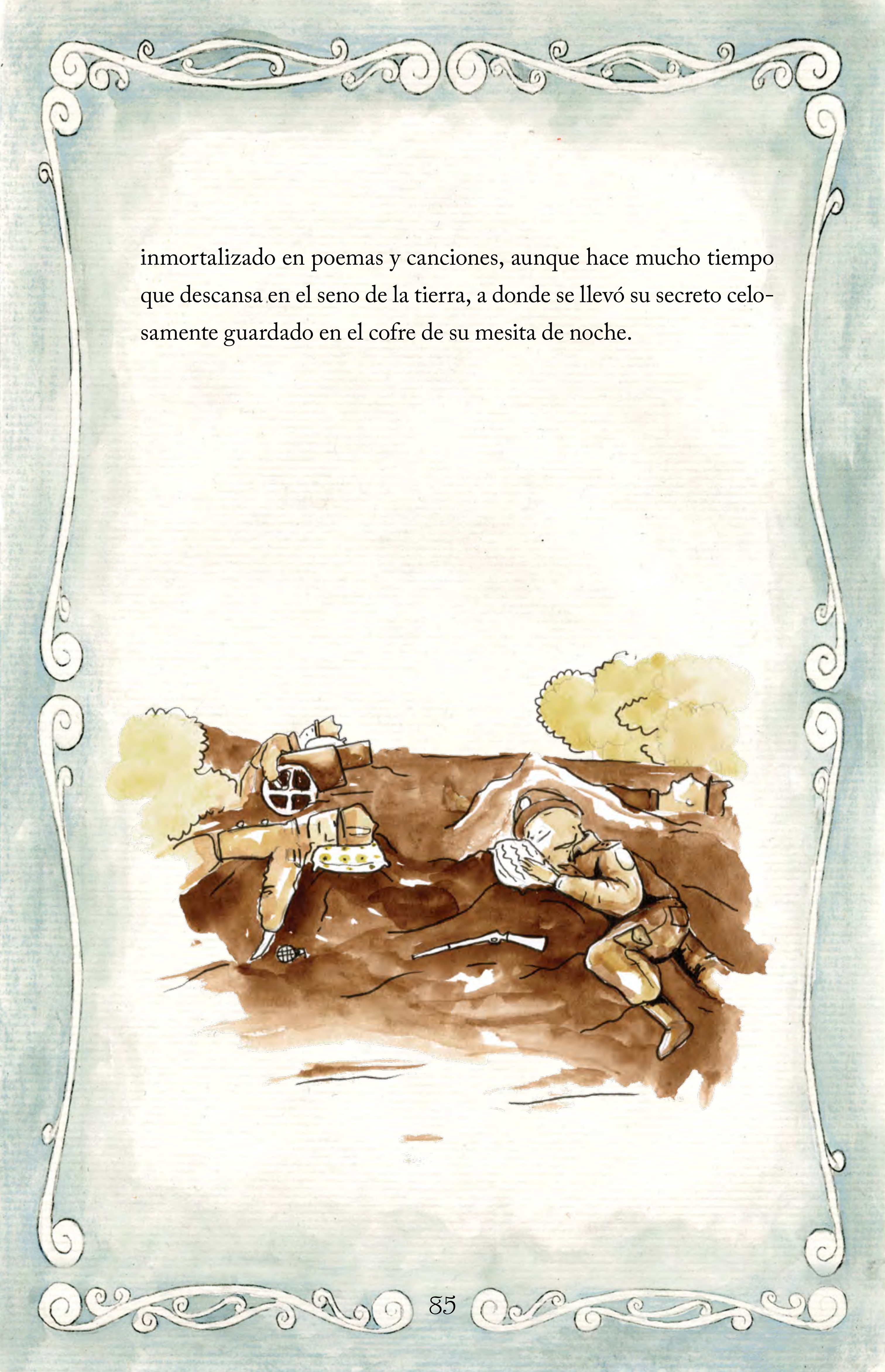
Durante el resto de ese día estuvieron repartiendo almohadas hasta que no quedaron sino las que él usaba en su casa y una bonita, de flores silvestres, que le regaló a su amigo.

Esa noche durmió con un gesto de felicidad en su cara, sólo comparable al que lucen las personas cuando aman y son amadas.

Al día siguiente en todos los diarios y noticieros de los dos países se difundió la noticia que alegró a los dos pueblos. En los grandes titulares podía leerse la gran noticia:

SE ACABÓ LA GUERRA. LOS DOS EJÉRCITOS ESTÁN DORMIDOS. LOS GRANDES OFICIALES Y LOS SOLDADOS TIENEN TAL EXPRESIÓN DE PAZ Y TRANQUILIDAD EN SUS ROSTROS QUE NADIE, A DECIR VERDAD, SE ATREVERÍA A DESPERTARLOS ANTE EL PELIGRO DE SU POSIBLE REACCIÓN.

Y cuentan las crónicas del largo período de paz que aún disfrutan los dos países, que los ejércitos siguen dormidos con la misma expresión en el rostro de los grandes oficiales y hasta en el más bisoño de los soldados. Y que el vendedor de almohadas es un héroe



inmortalizado en poemas y canciones, aunque hace mucho tiempo que descansa en el seno de la tierra, a donde se llevó su secreto celosamente guardado en el cofre de su mesita de noche.



Pequeña sirenita nocturna

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

El mismo día que cumplí once años, el tío Ramón Enrique salió bien temprano para el Parque Morrocoy y cerca de una de las islas pescó una sirena. Por la tarde, cuando regresó a Barquisimeto, la metió en una jarra transparente y me la regaló.

La sirena hacía un ruido con la garganta que sonaba como "olaadí" y así la llamamos. Era del tamaño de una anchoa, tenía el cabello rubio y largo, tan largo que le cubría toda la espalda. Su mitad de mujer era tibia y muy suave y la de pez bastante áspera. Lo que más me gustaba de ella eran sus ojos enormes y sus pechos, chiquiticos como un par de frijoles.

Al principio nadaba asustada en círculos dentro de la jarra, a la que puse en mi mesa de noche. Luego se quedó tranquila, cuando miró en lo profundo de mis ojos y supo que yo era incapaz de hacerle daño.

Durante los primeros días la tía Petra, mamá y mi abuela se escandalizaron de su desnudez y no recuerdo cuál de ellas le cosió unos sujetadores que ella se negó a usar. Después la aceptaron como estaba y hasta le tomaron cariño, sobre todo desde la tarde en que comenzó a cantar.

Esa tarde, con su voz delgadita, como el hilo del que cuelgan las gotas de lluvia, entonó una canción que resquebrajó la jarra y estuvo a punto de causar una desgracia.

A partir de ese momento, cada vez que cantaba la metíamos en una olla de peltre, en cuya superficie sobrenadaba un tapón de corcho, que ella usaba como asiento flotante.

En año y medio que estuvo con nosotros aprendió a hablar como los indios de la televisión y repetía con acento extranjero todas las groserías que mis primos, mi hermano y yo le enseñábamos.

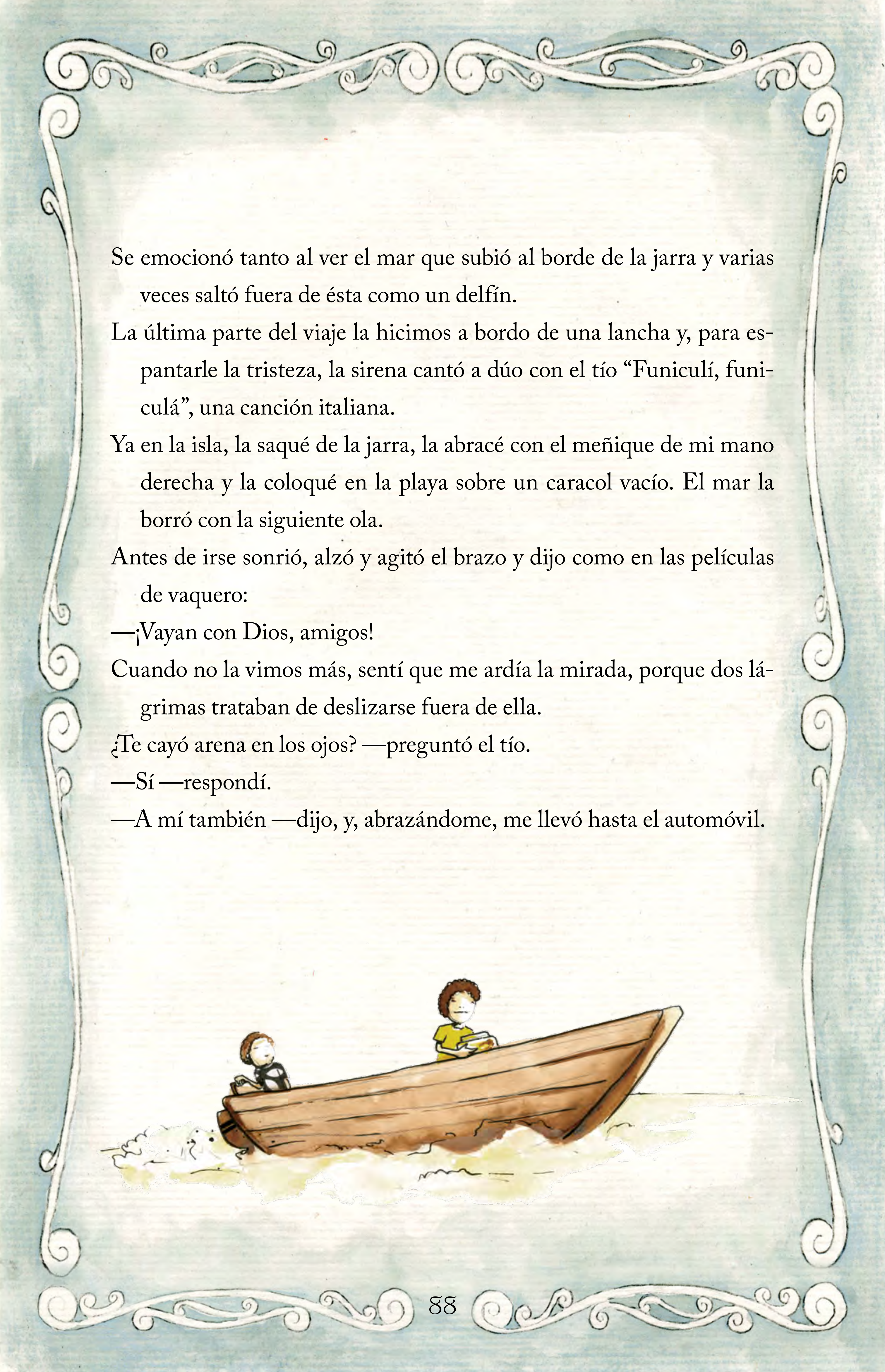
Como antes de dormirse en el fondo de la jarra le encantaba escuchar la música de Mozart, a partir de no sé qué momento y hasta que la devolvimos al mar, la llamamos "Pequeña sirenita nocturna". Después el nombre nos pareció muy largo y solamente la llamábamos "Pequeña", únicamente la tía Petra siguió llamándola Olaadí.

Un amanecer me despertó su llanto. Gemía con ese silbido cristalino que hacen las copas llenas de agua, cuando hace frío y se les acaricia los bordes.

Demoró bastante en serenarse. Cuando lo hizo me habló con franqueza. Me dijo que desde hacía varias noches esperaba que yo me durmiera para ponerse a llorar. No quería que me sintiera culpable de su tristeza.

Me molestó saber que quería volver al mar, pero al rato comprendí que ella vivía en la jarra como una prisionera y no como una amiga.

Esa misma mañana el tío Ramón Enrique nos llevó hasta la isla en donde la había capturado. Tardamos casi tres horas en llegar y, durante el viaje, a la sirena se le alegraron los ojos como si repentinamente se hubiera enamorado.



Se emocionó tanto al ver el mar que subió al borde de la jarra y varias veces saltó fuera de ésta como un delfín.

La última parte del viaje la hicimos a bordo de una lancha y, para espantarle la tristeza, la sirena cantó a dúo con el tío “Funiculí, funiculá”, una canción italiana.

Ya en la isla, la saqué de la jarra, la abracé con el meñique de mi mano derecha y la coloqué en la playa sobre un caracol vacío. El mar la borró con la siguiente ola.

Antes de irse sonrió, alzó y agitó el brazo y dijo como en las películas de vaquero:

—¡Vayan con Dios, amigos!

Cuando no la vimos más, sentí que me ardía la mirada, porque dos lágrimas trataban de deslizarse fuera de ella.

¿Te cayó arena en los ojos? —preguntó el tío.

—Sí —respondí.

—A mí también —dijo, y, abrazándome, me llevó hasta el automóvil.



Había una vez una mamá

María Luisa Lázaro

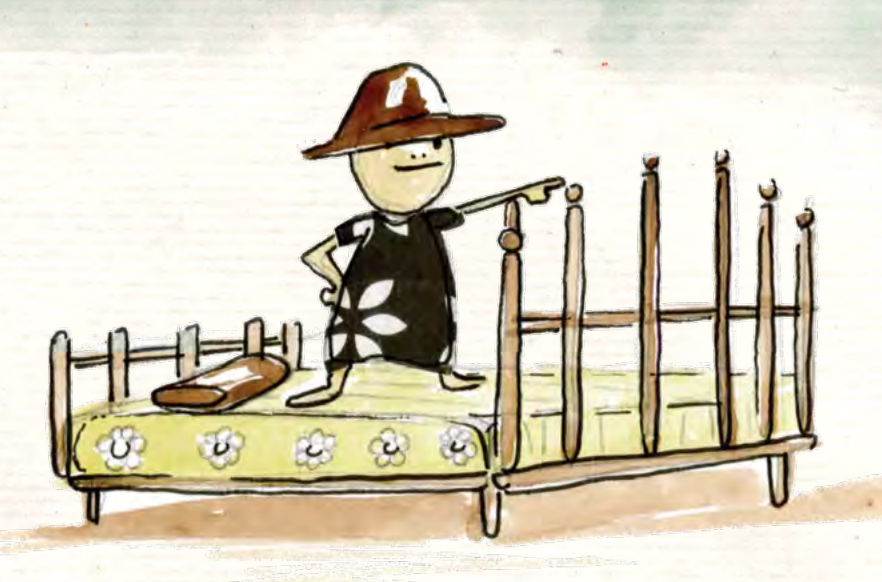
Había una vez una mamá tan, pero tan regañona, que vivía todo el día diciéndoles a los niños:

—¡Niños!, no hagan eso, ni aquello. ¡Cuidado se caen! No suban por ahí. ¡Por ahí no se metan! No toquen eso. ¿Por qué hicieron eso? ¡No dañen eso! ¡quédense quietos! ¡Aquiétense! ¿Por qué no vienen corriendo, no ven que los estoy llamando? ¡Dejen eso! ¡Cuidado! ¡Silencio! ¡Hagan silencio! ¡No jueguen con tierra! ¡Lávense las manos y la cara! ¡Cepíllense los dientes! ¿Me oyeron o no? ¡Vengan inmediatamente! ¡Esténse quietos que me marean! ¡Vayan a ver televisión!

Una noche, mientras dormía, se convirtió en una niña muy, pero muy tremenda. No se estaba quieta ni un minuto. Todo lo tocaba. Todo lo rompía. Le encantaba soltarse de la mano de su mamá y echar a correr y se escondía encaramándose en cualquier árbol que encontrara, mientras la mamá le llamaba desesperada. Y se escapaba de la casa y se montaba arriba de un muro bien alto y se quedaba soñando. Y cuando iba para la escuela, se distraía en todas las bodegas. Nunca escuchaba cuando le hablaban, siempre andaba en la "luna", pensando en quién sabe qué.



Entonces su mamá la persiguió con la paleta de la cocina y ella echó a correr como siempre que le iban a pegar. Y corriendo, corriendo, fue a parar a su cuarto, donde despertó asustada y convertida en una mamá muy grande, con una paleta de cocina entre sus manos.



El barco pirata

JESÚS URDANETA

—Amarra bien esa vela y baja nuestra bandera que estas aguas no son seguras —le grité a Miguel. Navegábamos con buen tiempo, pensé.

—José, cambia el curso a estribor… ¡Te dije a estribor! Estribor queda a la derecha del barco.

En voz alta reflexioné:

—Eso me pasa por trabajar con marinos novatos.

—El viento sopla a nuestro favor —le dije a la tripulación— si las condiciones no varían, pronto cruzaremos el ecuador.

—Entonces tenemos que aprender a hablar ecuatoriano para que nos entiendan.

—Pedro, por favor, no nos dirigimos al país que se llama Ecuador, sino que vamos a cruzar la línea del ecuador. Además en Ecuador hablan nuestro mismo idioma.

—Pero yo no conozco ese ecuador —insistió Pedro. Le expliqué que era una línea imaginaria que divide al planeta en dos partes, el hemisferio sur y el norte.

—Y no preguntes más —dije en tono imperativo.

De pronto el barco se sacude fuerte. Casi pierdo el equilibrio. Sorprendido me percato de que el mar está quieto ¿Qué es esto? Me preguntaba porque nunca había sentido esto en mi vida de marinero. ¿Qué pasa?… Era Marinito saltando al lado de la vela mayor. Con gran disgusto lo tomé del brazo y lo senté.

—Te dije que te quedaras sentado sobre esos sacos. No te das cuenta de que puedes dañar las velas.

Con cara de lágrimas me respondió que se fastidiaba sin hacer nada. No le hice caso; le ratifiqué el rumbo a Pedro; le ordené a Miguel verificar el estado del velamen y tomé mi catalejo para ver el horizonte.

—¡Qué veo! —el susto paralizó mis botas de capitán.

No lo quería creer. Sus ojos se hicieron más grandes que nunca. Al emerger se detuvo por un instante pero de inmediato se enrumbó hacia nuestra embarcación gritando:

—¿Qué han hecho con el colchón de mi cama? ¡Las sábanas limpias, la escoba, las… el…! ¡Qué desastre, Dios mío! —gritó— ¡Se encierran en su cuarto!

Camino al cuarto José le dijo a Pedro:

—Un barco es porque ya lo vemos como un barco, no como un colchón.

Mientras, Marianito llorando le decía a mi mamá que yo lo había obligado a jugar a los piratas.



La gallina fantasma

MERCEDES FRANCO

ASPECTO: una gallina gorda y hermosa.
LUGAR DE APARICIÓN: en los caminos solitarios cercanos a Clarines.
ORIGEN: siglo XIX.

En Clarines, población del estado Anzoátegui, los campesinos no comen sino gallinas que ellos mismos crían en sus casas. Así que si ven alguna suelta por el monte, ni se les ocurra atraparla, porque podría ser La Gallina Fantasma.

Cuenta la leyenda que hace casi un siglo, un campesino iba por el camino de Clarines, cuando vio una hermosa gallina, gorda y llena de salud. Pensando en un delicioso sancocho, el viajero trató de atraparla sin conseguirlo.

Siguió al animal hasta un monte espeso y reseco, donde encontró una tumba solitaria, con su cruz. La gallina se echó tranquilamente sobre aquella tumba, y unos segundos después dejó allí un huevo y desapareció misteriosamente entre la maleza.

El hombre recogió el huevo, pensando que al menos algo le había quedado de aquella persecución, pero cuando lo tuvo en su mano se

transformó en una piedra grande y redonda, de esas que en Oriente llaman «guaratara».

Espantado, el campesino arrojó inmediatamente la guaratara que fue a caer sobre la tumba. Y después de una larga carrera llegó al fin a Clarines, donde contó lo que le había pasado.

Allí un anciano le relató la historia de un hombre que vivió en aquel pueblo y que después de cometer muchos crímenes, fue asesinado por uno de sus enemigos. Ese hombre fue sepultado en aquella tumba olvidada en el monte.

Desde entonces, su alma atormentada vaga en forma de una gallina y pone huevos que se transforman en piedras, porque de esa manera logra que la gente arroje piedras sobre su tumba. Y por cada piedra que recibe, se le perdona uno de sus pecados.



Magnolia

SILVIA DIOVERTI

Uuuuuhhh, uuuhh, uuuuuhhh suena la sirena. Clang, clang, clang, repica la campana, y después aparece el camión rojo haciendo girar sus luces que dicen: "cuidado, apártate, vamos de prisa, apártate". Y en el pescante del camión van los bomberos con sus chaquetas rojas y sus cascos negros.

Y sobre la barriga llena de agua del camión, Magnolia, también con chaqueta roja, pero sin casco, va haciendo sonar su propia sirena: "¡Guau, guau, guau, el bosque se quema, abran paso, el bosque se quema!"

Magnolia nació en la Estación de bomberos Nro. 10 y durante el primer año de su vida recibió el entrenamiento que reciben todos los perros bomberos. Aprendió a ir erguida sobre el camión, firme sobre sus cuatro patas, a detectar el olor del fuego y a no acercarse a las llamas. Ahora ya está preparada.

Este año el verano es tan fuerte que en la Brigada de Incendios se trabaja todos los días, y casi todas las noches. Apenas apagan un fuego, aparece otro y luego otro y otro. Cuando regresan a la Estación todos están negros por el humo y con los ojos enrojecidos.

Pero antes de descansar hay que bañar a Magnolia, que ya no es blanca con manchitas negras, sino al contrario, porque el hollín penetra por debajo de la chaqueta y hasta en los huecos de las orejas y de la nariz.

Magnolia brinca de alegría cuando siente el agua fresca sobre su pelo corto y pega el hocico contra la manguera. Bebe tanto que su barriga se redondea como la del camión. Por eso algunos la llaman cariñosamente "Magnolia Cisterna" y dicen que, en caso de que se acabe el agua, siempre podrán contar con la reserva de la panza de Magnolia.

Luego del baño se echa a los pies del bombero de guardia y duerme. Durante el sueño gruñe, para las orejas o gime. Es el Monstruo del Fuego, con sus largos brazos y sus mil lenguas quien la atormenta.

Pero cuando la sirena vuelve a sonar es la primera en brincar sobre el camión cisterna.

Desde su puesto de vigilancia olfatea el aire y ladra. Los bomberos saben que ha detectado un animal en peligro o un nuevo foco de fuego que resurge bajo la tierra negra.

A veces es tanta su desesperación, tan fuertes y lastimeros sus aullidos, que los bomberos la bajan: "¡Anda, Magnolia, anda, pero mira bien dónde pisas!" Y Magnolia sale, perdiéndose en los matorrales que el fuego aún no ha alcanzado.

Siempre vuelve con algo en la boca, moviendo orgullosa su cola. A veces es un pequeño conejo, otras, un pájaro desorientado por el humo o una ardilla. Y no son pocas las veces que vuelve con una botella o un gran pedazo de vidrio en la boca. Porque Magnolia sabe que esa es la causa de la mayoría de los incendios. El vidrio,

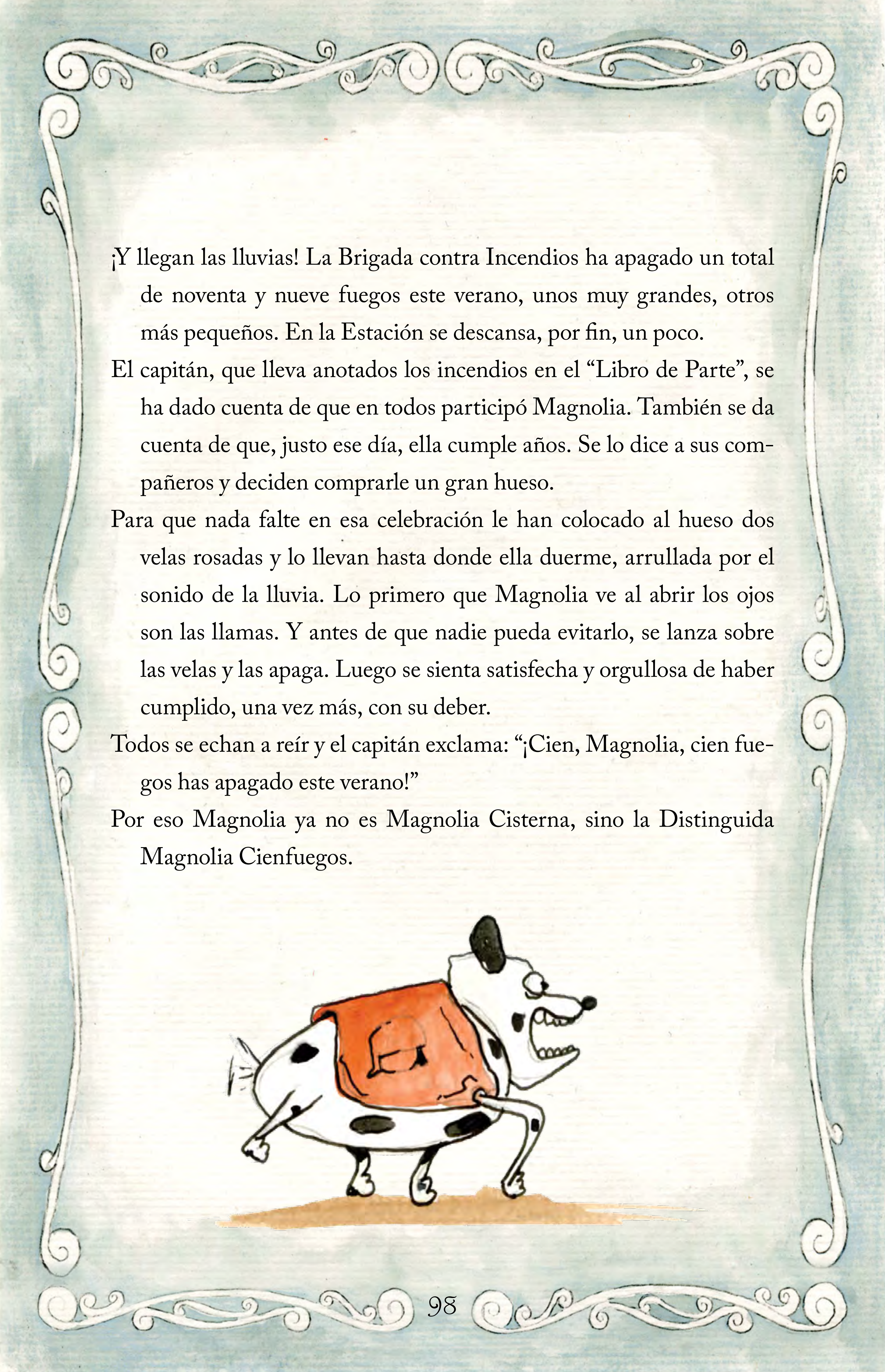
bajo el sol, es como una lupa con la que el fuego busca los matorrales secos y los prende. “El vidrio es un peligro”, piensa Magnolia, y lo hace desaparecer. Por eso los bomberos, cansados de que los vasos desaparezcan (la semana pasada encontraron varios escondidos debajo de un mueble) decidieron comprar vasos de aluminio.

Mientras pasan los días, la Estación Nro. 10 se va llenando de animales convalecientes. Algunos con las plumas chamuscadas, otros con las patas ampolladas o casi ciegos por el calor del fuego. Todos reciben cuidados y, cuando se mejoran, son llevados a los bosques cercanos al Embalse de La Mariposa, donde estarán más protegidos de los incendios. En esos momentos, y desde arriba del camión, Magnolia hace ondear su rabo como una bandera para despedir a sus amigos.

Y así pasa el lento y rojo verano con su cola de fuego, como si el mismo Sol hubiera bajado a la Tierra y arrastrara su larga cabellera sobre los bosques.

Después del baño Magnolia cae cada vez más cansada. Las almohadillas de sus patas se van poniendo resecas y se agrietan. Se ha puesto flaca y ya no juega con el chorro de agua de la manguera. Se deja bañar sin intentar morderla, sin correr de un lado a otro para salpicar a sus amigos. Quietecita se deja bañar y lame las manos del bombero en agradecimiento. Luego se echa, suspira y, en sueños, vuelve a luchar contra el Monstruo del Fuego.

Y otra vez suena la sirena, vuelven las corridas, y le ponen su chaqueta con el forro de amianto para protegerla de las llamas. Y así pasa un día tras otro, hasta que el cielo comience a cubrirse de gordos y negros nubarrones.



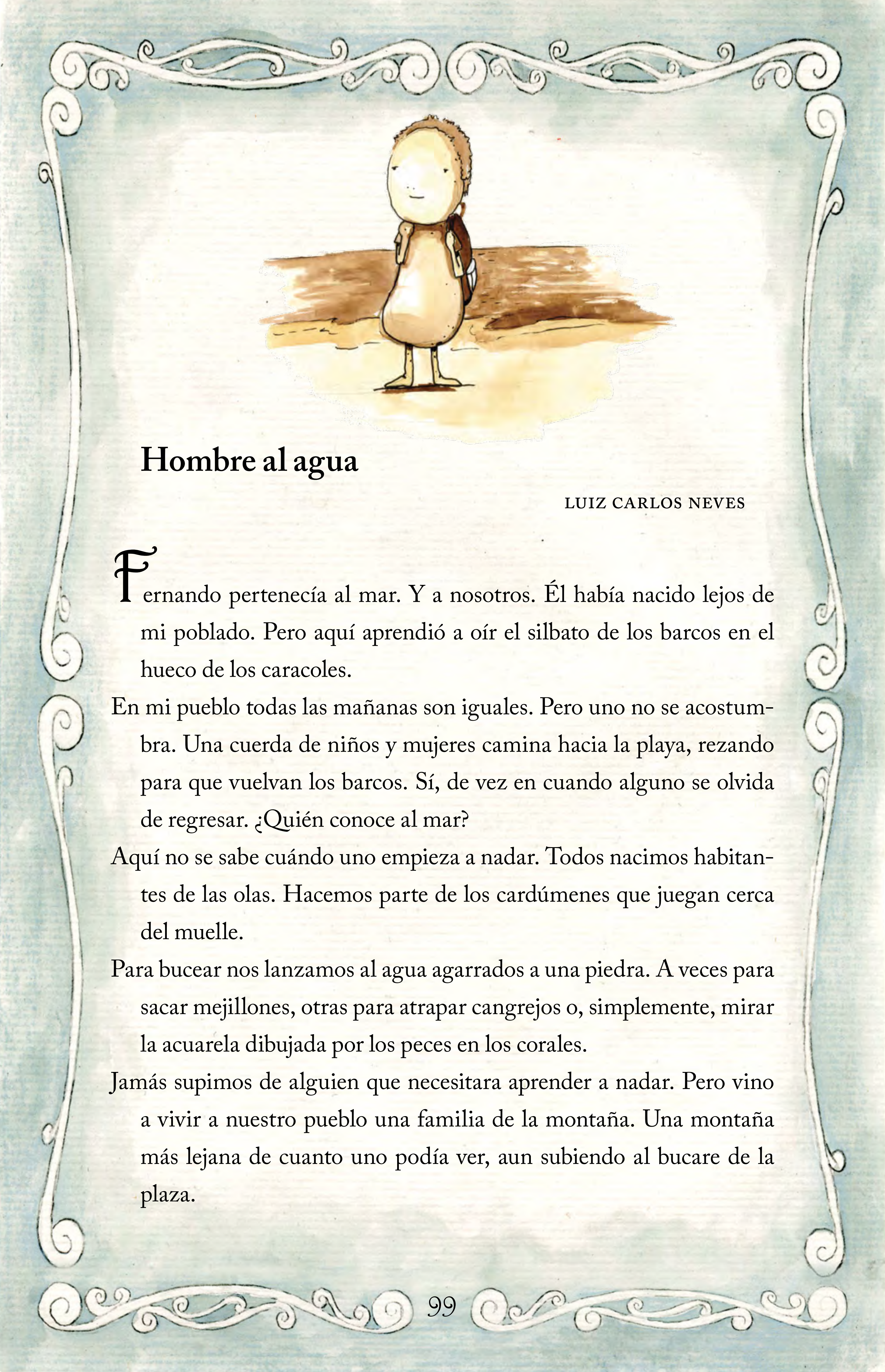
¡Y llegan las lluvias! La Brigada contra Incendios ha apagado un total de noventa y nueve fuegos este verano, unos muy grandes, otros más pequeños. En la Estación se descansa, por fin, un poco.

El capitán, que lleva anotados los incendios en el "Libro de Parte", se ha dado cuenta de que en todos participó Magnolia. También se da cuenta de que, justo ese día, ella cumple años. Se lo dice a sus compañeros y deciden comprarle un gran hueso.

Para que nada falte en esa celebración le han colocado al hueso dos velas rosadas y lo llevan hasta donde ella duerme, arrullada por el sonido de la lluvia. Lo primero que Magnolia ve al abrir los ojos son las llamas. Y antes de que nadie pueda evitarlo, se lanza sobre las velas y las apaga. Luego se sienta satisfecha y orgullosa de haber cumplido, una vez más, con su deber.

Todos se echan a reír y el capitán exclama: "¡Cien, Magnolia, cien fuegos has apagado este verano!"

Por eso Magnolia ya no es Magnolia Cisterna, sino la Distinguida Magnolia Cienfuegos.



Hombre al agua

LUIZ CARLOS NEVES

Fernando pertenecía al mar. Y a nosotros. Él había nacido lejos de mi poblado. Pero aquí aprendió a oír el silbato de los barcos en el hueco de los caracoles.

En mi pueblo todas las mañanas son iguales. Pero uno no se acostumbra. Una cuerda de niños y mujeres camina hacia la playa, rezando para que vuelvan los barcos. Sí, de vez en cuando alguno se olvida de regresar. ¿Quién conoce al mar?

Aquí no se sabe cuándo uno empieza a nadar. Todos nacimos habitantes de las olas. Hacemos parte de los cardúmenes que juegan cerca del muelle.

Para bucear nos lanzamos al agua agarrados a una piedra. A veces para sacar mejillones, otras para atrapar cangrejos o, simplemente, mirar la acuarela dibujada por los peces en los corales.

Jamás supimos de alguien que necesitara aprender a nadar. Pero vino a vivir a nuestro pueblo una familia de la montaña. Una montaña más lejana de cuanto uno podía ver, aun subiendo al bucare de la plaza.

Fernando no sabía nadar. De eso nos dimos cuenta cuando llegó a la playa. No lo conocíamos, pero alguien habló con él. Caminaba por el embarcadero como un equilibrista que hubiera perdido la cuerda. Nos reíamos por dentro.

Yo no sé si fue Simón o José quien lo invitó a entrar al agua. Él no quiso: que hacía frío, que la brisa. Pero me acuerdo muy bien de Jesús, fue quien lo empujó al mar.

Lo dejaron tragar agua por unas tres veces. O mejor, lo dejamos, porque yo también estaba allá. Lo saqué al ver que era muy pesado para él. Salió tosiendo y llorando. Se fue a su casa sin mirar atrás.

Fernando intentó apartarse de nosotros. Pero nuestro caserío es un panal cuajado de niños. ¿Esconderse? ¿Dónde? Yo, pues siempre he vivido aquí, podría contestar a esa pregunta.

Me acerqué a él. Temblaba. No yo, él. Pero al rato se fue acostumbrando. ¿Quién puede resistirse a una amistad?

Lo llevé a una pequeña playa, un refugio para cuando deseo estar lejos del bullicio. Ahí le hablo a los peces y ellos, a su manera, me responden.

¿Si uno puede enseñar a nadar? Yo había nacido sabiéndolo. Me era difícil explicárselo a alguien. Era como caminar, comer; en fin, cosas de todos los días.

Fernando peleaba con el agua. Se ahogaba en aire. Terminaba cansado, aburrido de la vida. Creo que empecé por ahí: uno debía ser amigo del agua. Se escapaba algunas veces: una gripe, las tareas de la escuela. Puro embuste.

Pero el mar es un juguete muy grande. Y de mucha paciencia. Yo también tenía todo el tiempo para esperar a ver bajar la marea del miedo.



Fernando podría aprender a nadar. Lo supe el día en que tragó mucha agua, salió tosiendo y sonrió. No para mí. Sonreía para sí mismo: había encontrado la alegría del agua.

Mis amigos se habían medio olvidado de Fernando. Tampoco tenían prisa. Un día él volvería al muelle. Y lo estarían esperando.

Una mañana después de haber ayudado a mi papá a sacar a la playa el "Rosa de los Vientos", nuestro bote, fui a jugar con mis amigos en el muelle. Vi a Fernando poco después, caminando hacia nosotros con su paso de gaviota tímida.

No hubo tiempo para saludos… lo echaron al mar. Fernando se atragantó de aguas inexistentes, sorbió aires innecesarios: se ahogaba de mentiras.

Cuando lo fueron a rescatar regresó al embarcadero sin ayuda, el cuerpo chorreando aguas heroicas, la cabeza bien puesta sobre los hombros, como debe ser. Me guiñó un ojo y se arrojó al agua. Fernando pertenecía al mar. Y a nosotros.



El capitán

JAVIER SARABIA

Mi abuelo cuenta historias maravillosas, en casi todas se cuela como protagonista. Dice que fue capitán de un barco de contrabando.

Mis ojos se desorbitan cuando escucho sus hazañas.

Son cuentos de muy atrás, cuando se acababa el siglo diecinueve.

Mi abuelo nació en Carúpano, hombre de mar se hace llamar.

Las olas son inmensas y bravías en las historias que cuenta mi abuelo.

Con su gorra de capitán marino mi abuelo es tan inmenso como las olas de sus cuentos.

Mi abuelo es un capitán pícaro, en sus historias no hay heridos, ni mucho menos muertos.

Pero el viejo capitán siempre logra pasar el contrabando.

El castigo de los guardias es hacer el ridículo.

Cuando yo crecí supe que los barcos donde navegaba mi abuelo, no eran tales, sino pequeños peñeros, cuando más un ágil "trespuños".

Pero las olas siguen siendo inmensas y bravías.

Ahora creo que mi abuelo era más grande que cuando decía los cuentos que inventaba.



Lo del contrabando sí era cierto, mis ojos ser desorbitaban y mi admiración era cariño.

El viejo capitán lo sabía, me contrabandeaba cariño.



El tapiz

FANNY UZCÁTEGUI

Una tarde, Madre Naturaleza estaba sentada en la mecedora, a la puerta de su casa. Sobre sus rodillas descansaba el cesto tejido donde se apretaban los ovillos de colores.

Hacía mucho tiempo la Tierra le había pedido que le hiciera un tapiz para adornar su paisaje. Para complacerla, Madre Naturaleza comenzó a bordar un lugar tropical lleno de verdes azules y de amarillos, y de todos los colores del arcoiris.

Primero hizo un mar azul y lo salpicó de espuma, de pájaros y de islas. Luego bordó bosques y sabanas con todos los tonos del verde: oscuro para las selvas, tierno para las praderas, casi amarillo para los pastizales del llano, y azul lejano para las distantes montañas.

Con los hilos azules que le habían sobrado, sembró el verde tapiz, de ríos ondulantes como culebras perezosas. Con su aguja bordó también un lago grande para que se reflejara la luz del sol como un espejo; y para que no estuviese solo en la vasta geografía, creó una hermana más pequeña, tan bella como él. A la laguna, como a una muchacha coqueta, le cosió en su superficie veintidós islitas que parecían veintidós

moñitos en su cabeza de cristal. Más tarde el lago recibió el nombre de Maracaibo y la laguna, el de Valencia.

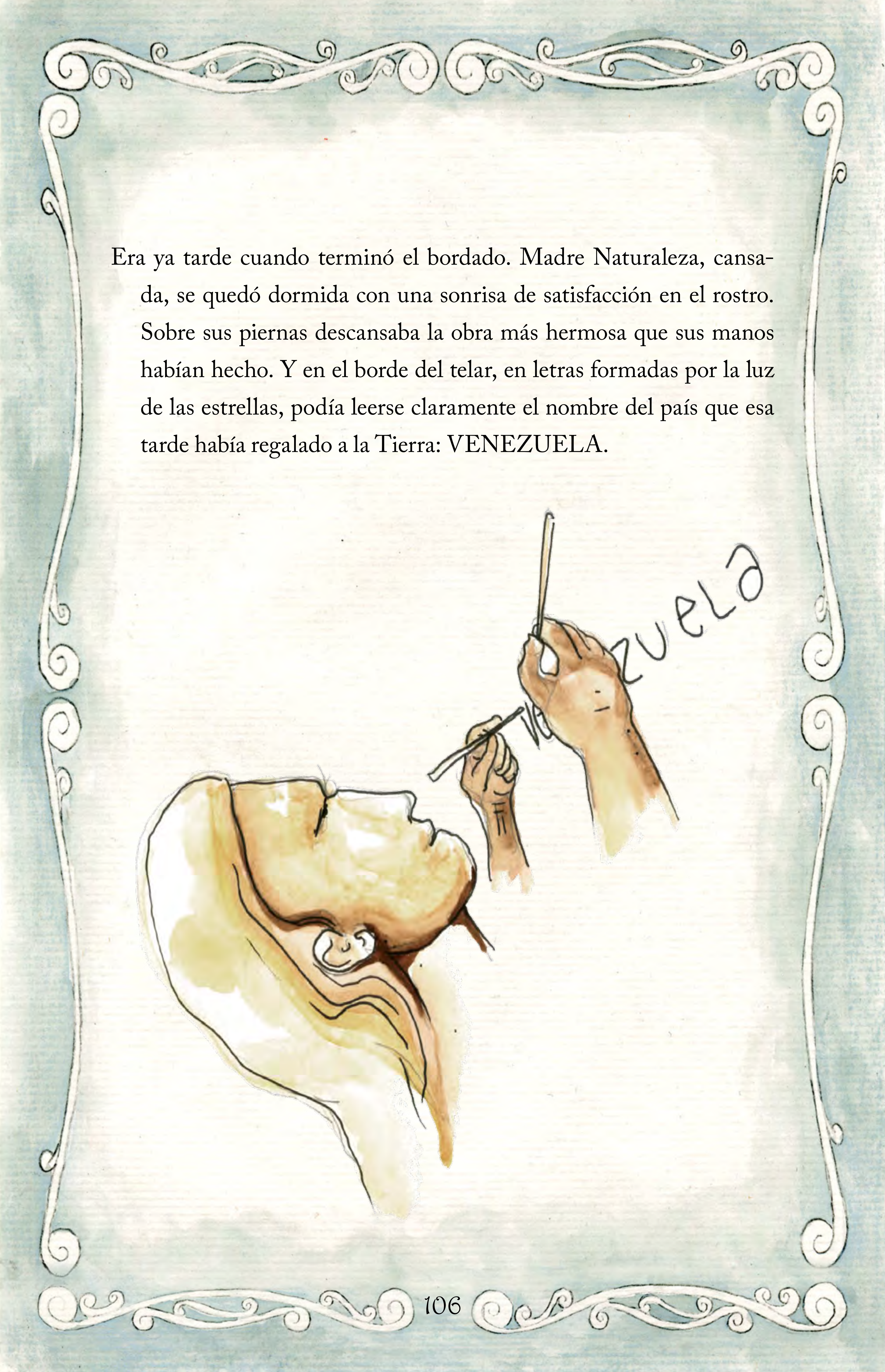
Como todavía quedaban algunas hebras en la mano, tejió con ellas un río tan ancho y grande que casi no cabía en el tapiz. Lo colocó en torno a la Tierra como un hermoso y resplandeciente cinturón. Hoy es el padre de los ríos y se llama Orinoco.

Hecho todo esto colgó el último trozo de lana azul desde un elevado cerro y lo dejó caer hasta el corazón mismo de la selva. Y nació el Churún-Merú o Salto Ángel, la caída de agua más alta del mundo.

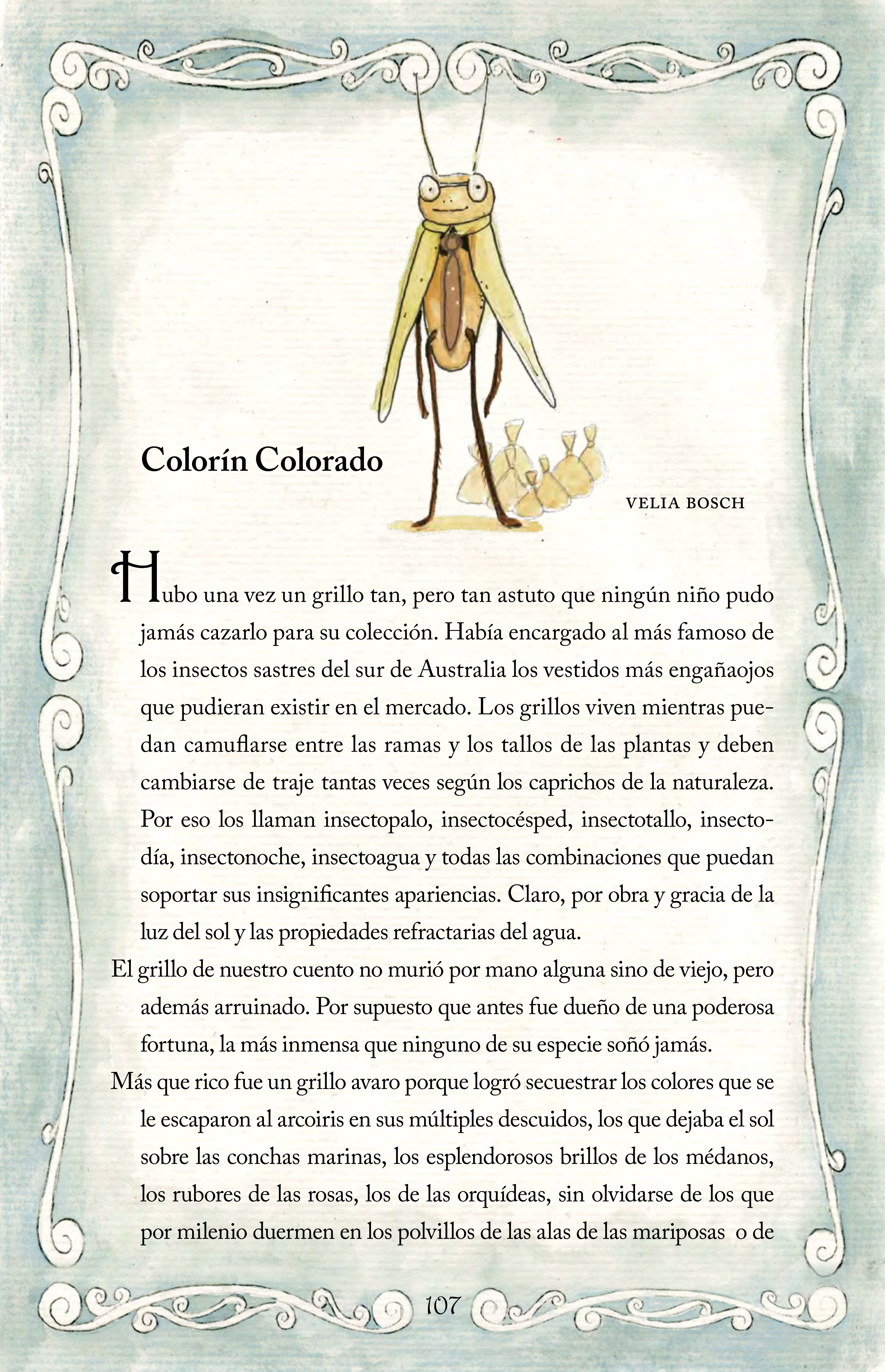
El tapiz estaba quedando hermoso pero un poco plano. Le hacía falta relieve. Con los colores ocres, grises, negro y blanco Madre Naturaleza construyó una imponente cordillera que colocó al oeste del bordado. A otra cordillera más pequeña la ubicó frente al mar. La grande es la Cordillera de Los Andes y la chiquita la de La Costa. Para que el sol no perdiera su rumbo hacia el tapiz, bordó un gorrito blanco para la cumbre más alta de la Cordillera de Los Andes, así el Pico Bolívar luce siempre un sombrero de nieve, que al lanzar destellos plateados guía al astro rey por el camino correcto.

Para hacer la obra más colorida, su mano sabia lanzó al viento todos los pedazos de lana que quedaban en el cesto, y el tapiz se cubrió de flores, de sabrosos frutos, de multitud de animales que habitaron las aguas, los árboles, la tierra, y que surcaban el aire pintándolo de luz y armonía.

Antes de finalizar, como último y generoso regalo, escondió en el subsuelo abundantes riquezas minerales: petróleo, oro, hierro, diamantes… para que los futuros habitantes los usaran cuando tuviesen necesidad de ellos.



Era ya tarde cuando terminó el bordado. Madre Naturaleza, cansada, se quedó dormida con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Sobre sus piernas descansaba la obra más hermosa que sus manos habían hecho. Y en el borde del telar, en letras formadas por la luz de las estrellas, podía leerse claramente el nombre del país que esa tarde había regalado a la Tierra: VENEZUELA.



Colorín Colorado

VELIA BOSCH

Hubo una vez un grillo tan, pero tan astuto que ningún niño pudo jamás cazarlo para su colección. Había encargado al más famoso de los insectos sastres del sur de Australia los vestidos más engañaojos que pudieran existir en el mercado. Los grillos viven mientras puedan camuflarse entre las ramas y los tallos de las plantas y deben cambiarse de traje tantas veces según los caprichos de la naturaleza. Por eso los llaman insectopalo, insectocésped, insectotallo, insectodía, insectonoche, insectoagua y todas las combinaciones que puedan soportar sus insignificantes apariencias. Claro, por obra y gracia de la luz del sol y las propiedades refractarias del agua.

El grillo de nuestro cuento no murió por mano alguna sino de viejo, pero además arruinado. Por supuesto que antes fue dueño de una poderosa fortuna, la más inmensa que ninguno de su especie soñó jamás.

Más que rico fue un grillo avaro porque logró secuestrar los colores que se le escaparon al arcoiris en sus múltiples descuidos, los que dejaba el sol sobre las conchas marinas, los esplendorosos brillos de los médanos, los rubores de las rosas, los de las orquídeas, sin olvidarse de los que por milenio duermen en los polvillos de las alas de las mariposas o de

los dedos de los corales, las pompas de jabón y aquellos que los comerciantes habían logrado almacenar por tantos años en las acuarelas y paletas de los pintores.

Y como todo avaro consigue sus aduladores, al grillo del cuento le compusieron hasta una canción que decía más o menos así…

Colorín de luz
color del sol
verde azulado
color calor

Azul y verde
color del jardín
colorín amarillo
colorado colorín

Ciertos entendidos comentaron que en la canción se escondían importantes secretos, pero el grillo no quiso o no pudo encontrarlos sino que trató por todos los medios de combinación inventarse un lema para su banco. Sí, para su banco, porque tan millonario fue en pigmentos y combinaciones de luces que se le ocurrió convertir en dividendos toda aquella abundancia, por supuesto, debido a la demanda de la Gran Bolsa.

Metido en su rincón, noche tras noche trasnochándose cambiaba los versos de lugar. Dicen que ésta fue una de las tantas versiones:

Verde azulado
color calor
colorín de luz
color de sol

Colorín amarillo
verde azulado
color del jardín
colorín Colorado.

Lástima que no aprovechó su talento en una empresa tan hermosa como la poesía. Así quedó el lema, después de haber echado al charco todas las combinaciones:

COLORÍN COLORADO EL QUE NO INVIERTA QUEDA ARRUINADO

Esto, por supuesto, lo convirtió en el grillo más solicitado de los alrededores. Todos se peleaban por sus servicios y pagaban intereses cada vez más altos con tal de no aparecer desteñidos o fuera de moda. Hasta dicen que abrió tarjetahorros y que mientras más grillahorros había más bajaban los intereses para los desprevenidos y más subía el capital para el grillo de nuestro cuento.

Fue así como aquellos pobres animalitos reventaron sin llegar a decir "esta garganta es nuestra"; muchos no vieron la estación de las lluvias ni el día de la recolección de las cosechas ya que no pudieron cambiar de trajes.

Ocurrió entonces que el sol arrugó su frente dorada y redonda por tamaña injusticia y mandó a fabricar un gigantesco sombrero rojo, del más puro rojo que ha podido existir y se lo puso sobre la cabeza, nada menos que al cielo, que por esos días estrenaba unos azules esplendorosos. Ya pueden imaginarse lo que sucedió.

Al instante se borraron los colores. Únicamente la luna prestaba su penumbra pero ésta no bastaba y hasta se escribió en ciertos tratados de historia que los terrícolas tropezaban por todas partes y perdían los caminos. Esto lo investigó PIRILUMPO:

Que no se distinguían los pájaros de los murciélagos, las palomas de las cigüeñas, etc., etc. Ese día se registró un fenómeno que quién sabe si volverá a ocurrir dentro de miles de trillones de trillones de milenios.

Los grillos lo recuerdan como el día de la quiebra del grillo avaro y corrupto, mientras que algunos poetas continúan cantando al eclipse del cielo de los grillos.

Desde entonces por los campos se teme la vuelta de aquel que llaman Colorín Colorado.



Los tropitrolls

MARISSA ARROYAL

La alegría andaba por la casa y hacía brillar todos los rincones. Un olor a azúcar y canela salía de la cocina. La mamá tarareaba y el papá tenía una ternura nueva en los ojos. Los niños, impacientes, esperaban la hora de partir hacia el aeropuerto para recibir a la hermana mayor, que regresaba de Noruega después de un año de intercambio estudiantil.

Al fin salieron todos; el papá, la mamá, los dos hermanos y la perrita, en el viejo auto de la familia.

Romi, la hermana mayor, se había hecho grande, llevaba el cabello corto y rojo, como la franela que usaba.

En la casa, luego de abrazos, besos, risas y cómicos señalamientos sobre los cambios ocurridos en los tres hermanos —el papá seguía igual de alto y flaco y la mamá pequeña y regordeta—, Romi abrió la maleta repleta de bufandas y regalos: una pipa para el papá, un chal para la mamá, la réplica de un barco antiguo para Alex, un casco vikingo (como el de Olafo) para Xavi, y un animalito de juguete para la perra Joli.

Mientras comían, Romi les habló sobre el país hiperbóreo, llamado así, según explicó, porque una gran parte de su territorio se encuentra

al norte del Círculo Polar, de ahí que la palabra Noruega signifique "el camino hacia el norte".

—Noruega es un país de montañas —dijo Romi—, si viajas en tren, la vista se interrumpe a menudo porque continuamente se pasa por túneles, y sólo se sale a la luz del día para tomar aliento. Si viajas en autobús, los caminos de montaña son tan estrechos que parece como si estuvieras a punto de caerte. Por eso los noruegos son tan aficionados a esquiar en invierno… ¡es más fácil viajar en esquí!

—Leí en internet que descienden de los vikingos, que llevaban la barba larga y eran grandes navegantes y guerreros —intervino Alex—. El animal más popular es el alce, y tienen unos duendes comiquísimos llamados trolls…

¡Por cierto! —recordó Romi— ¡Mi regalo especial!

Y corrió a buscar su morral. Cuando regresó le pidió a los niños que cerraran los ojos, y depositó en sus manos extendidas, un pequeño envoltorio de papel celofán.

—Ya pueden abrir los ojos —ordenó con alegría.

Los niños dieron gritos de sorpresa. Dentro de cada envoltorio había una figura de chocolate.

—Son trolls —dijo la hermana mayor—, los duendes de Noruega. Los encontré en una chocolatería de la antigua ciudad de Trondh. Me separé un momento del grupo con el que viajaba y me metí por un callejón. En la planta baja de una casa de madera, medio escondida entre dos postigos, apareció una vitrina repleta de trolls de chocolate. Sobre la puerta de la tienda había un letrero con extraños signos que no pude descifrar. Al entrar me atendió un viejo antipático, pero como sé que mis hermanos tienen debilidad por el chocolate,

compré estos dos duendes que estaban acomodados el uno al lado del otro. También, escogí algunos animalitos para mis amigos. Les gustaron tanto que regresamos a buscar otros. Lo curioso es que no pudimos encontrar la tienda.

En verdad, las figuras eran raras pero perfectas. A pesar de ser de chocolate, todos los detalles estaban cuidadosamente reproducidos.

La figura que le correspondió a Alex representaba a un sonriente hombrecito con la cabellera erizada como por un fuerte viento, grandes orejas y una abultada nariz. Estaba sentado sobre un baúl decorado con dibujos de flores y frutas. La de Xavi, aunque también tenía el cabello erizado, grandes orejas y ojitos risueños, era una figura femenina —vestía falda y chaleco—, y llevaba en la mano una canasta con bayas.

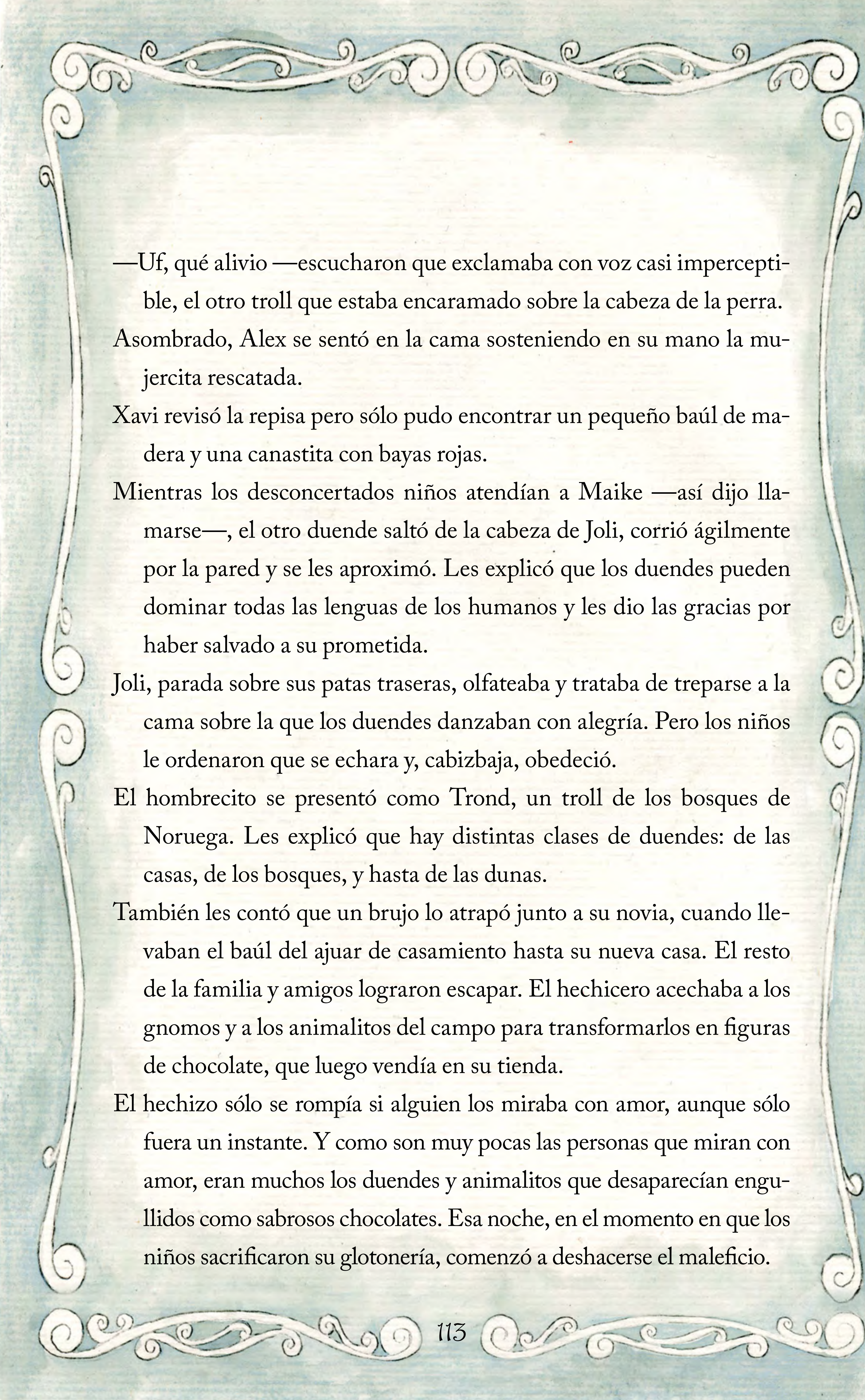
Tarde a la noche, los niños se despidieron con un beso y se fueron a dormir. Ya en su cuarto, antes de acostarse, de mutuo acuerdo, decidieron conservar los simpáticos trolls y los pusieron en la estantería junto a los libros de estudio y los álbumes de barajitas.

Durante un rato se escucharon risas y voces que provenían de la sala, luego la casa quedó en silencio. Todos dormían profundamente cuando, de repente, se oyó tal alboroto que los niños se despertaron, encendieron la luz y saltaron de la cama.

La perrita Joli perseguía lo que parecía ser un ratón, y ¡logró atraparlo! Alex, rápidamente, se aproximó y la obligó a soltar la presa que sujetaba en el hocico.

—Xavi ¡mira! ¡mira! —exclamó sin poder creer lo que veía.

Lo que ahora tenía en la mano no era un ratón sino ¡un troll de carne y hueso!



—Uf, qué alivio —escucharon que exclamaba con voz casi imperceptible, el otro troll que estaba encaramado sobre la cabeza de la perra.

Asombrado, Alex se sentó en la cama sosteniendo en su mano la mujercita rescatada.

Xavi revisó la repisa pero sólo pudo encontrar un pequeño baúl de madera y una canastita con bayas rojas.

Mientras los desconcertados niños atendían a Maike —así dijo llamarse—, el otro duende saltó de la cabeza de Joli, corrió ágilmente por la pared y se les aproximó. Les explicó que los duendes pueden dominar todas las lenguas de los humanos y les dio las gracias por haber salvado a su prometida.

Joli, parada sobre sus patas traseras, olfateaba y trataba de treparse a la cama sobre la que los duendes danzaban con alegría. Pero los niños le ordenaron que se echara y, cabizbaja, obedeció.

El hombrecito se presentó como Trond, un troll de los bosques de Noruega. Les explicó que hay distintas clases de duendes: de las casas, de los bosques, y hasta de las dunas.

También les contó que un brujo lo atrapó junto a su novia, cuando llevaban el baúl del ajuar de casamiento hasta su nueva casa. El resto de la familia y amigos lograron escapar. El hechicero acechaba a los gnomos y a los animalitos del campo para transformarlos en figuras de chocolate, que luego vendía en su tienda.

El hechizo sólo se rompía si alguien los miraba con amor, aunque sólo fuera un instante. Y como son muy pocas las personas que miran con amor, eran muchos los duendes y animalitos que desaparecían engullidos como sabrosos chocolates. Esa noche, en el momento en que los niños sacrificaron su glotonería, comenzó a deshacerse el maleficio.

Así fue como Trond y Nike se quedaron a vivir en el apartamento de la familia. Los hermanos ahora compartían un gran secreto.

A los trolls les costó acostumbrarse a su nuevo ambiente. El aire de la ciudad les producía picor en la nariz. Estornudaban continuamente. Cosa que no les hacía gracia porque los duendes utilizan la nariz para conocer el mundo que los rodea. Para recuperarse pedían té de flores frescas de saúco o leche de cabra con miel, y se desilusionaban cuando no conseguían lo que querían.

En las noches —los trolls duermen durante el día y se despiertan al atardecer— correteaban por la casa haciendo mil travesuras. Buscaban setas en el musgo de la orquídea, y nidos de pájaros en el arbolito de naranjas chinas de la mamá. Todo lo movían o cambiaban de lugar: la espuma de afeitar de papá aparecía con los condimentos de cocina; el perfume de Romi entre los patines, la pelota de fútbol de Xavi en el canasto de la ropa sucia, y los juegos de video de Alex en el gabinete de las papas.

Los niños se cansaban de acomodar lo que los trolls desacomodaban, pero los querían porque eran amigables y divertidos y hasta podían predecir el clima: “mañana lloverá” —anunciaban— y así sucedía invariablemente.

Cuando se producía algún altercado o disputa en la casa, como suele suceder en casi todas las casas, los trolls abrían su baúl: un tintineo de campanitas se esparcía y, como por arte de magia, todos se amigaban y la paz volvía al hogar.

Pero una noche los niños encontraron a Maike llorando:

—Nunca tendremos nuestra casa en la raíz de un árbol. Ni un ratoncito campestre de mascota. Ni un grillo guardián. No compartiremos

nuestras provisiones con las ardillas. No atenderemos a los animales heridos. Ni sembraremos un árbol cuando nos nazca un hijo.

Los dos hermanos se miraron sin hablarse, a veces no necesitaban hacerlo para entenderse bien.

Un día, a la hora en que la luz del trópico parece reverberar, tomaron el teleférico que asciende hasta la cima de la montaña junto a la ciudad.

Trond, con el diminuto baúl, iba acomodado debajo de la cachucha de Alex. Maike, con su canastita, debajo de la Xavi.

La cabina, desierta a esa temprana hora de la tarde, subía lentamente mientras dejaban atrás la ciudad. Abajo y alrededor se extendía un espeso bosque, lagos de niebla, bambúes y grandes helechos. De vez en cuando escuchaban el sonido de una cascada cayendo en la penumbra del bosque. Los trolls, que tienen un oído muy agudo, se asomaban con silbidos de admiración.

Al llegar al terminal, los niños tomaron un camino que trepaba aún más por la montaña.

Ya el azul del cielo comenzaba a esfumarse entre gris y blanco, algunos grillos madrugadores cantaban y un hondo aroma se elevaba de la tierra, cuando los niños se sentaron en una piedra a un lado del camino. Se quitaron las gorras, depositaron el baúl y la canastita sobre un tronco caído y esperaron a que sus amigos, con la velocidad que los caracterizaba, inspeccionaran el lugar.

Trond regresó diciendo que una ardilla conocía el tronco hueco de un árbol donde podrían pasar la noche. Además, la tierra era muy buena para un horno de alfarero. A Maike, una tortolita le avisó de

un nido deshabitado, y en un matorral cercano descubrió un lugar donde podía columpiarse.

El atardecer no demoraba. La luna, como un gajo de naranja, se elevaba en el horizonte. Los niños tenían que regresar y, aunque llevaban linternas en la mochila, no querían preocupar a sus padres.

Nuevamente escucharon el tintineo de campanitas: una caja de música suena cuando el baúl se abre. Los trolls guardan en el arcón todas sus pertenencias: herramientas de trabajo, poemas y dibujos, el Libro de Familia, donde registran los acontecimientos relevantes del mes, y el Libro Secreto que leen todos los días antes de irse a dormir.

Trond y Maiken buscaron y rebuscaron en el cofre, que a pesar de su reducido tamaño contiene infinidad de cosas, hasta que sacaron una diminuta hoja de papel enrollada y atada con una cinta. Solemnemente se la entregaron a los niños y les pidieron que no la leyeran hasta llegar a la casa.

Luego, cargaron el baúl entre los dos y se adentraron en el bosque.

Esa noche, en su cuarto, Alex y Xavi, desenrollaron el papel y con la ayuda de una lupa leyeron la extraña escritura. De manera misteriosa, supieron que la inscripción decía:

Todo está en la naturaleza
y la naturaleza está en todo.
Cuídala y ella te cuidará.

Así fue como desde entonces los trolls habitan en la montaña compañera de la ciudad. Bien recibidos por los duendes criollos, participan de sus celebraciones nocturnas. Felizmente adaptados a su

nuevo entorno, construyen sus casas en los frescos cañaverales de bambú, y comen mangos y otras delicias silvestres.

Dieron inicio al linaje de Los Tropitrolls. Los felices trolls del trópico.





Por qué Estelita no se bañó en vacaciones

FEDOSY SANTAELLA

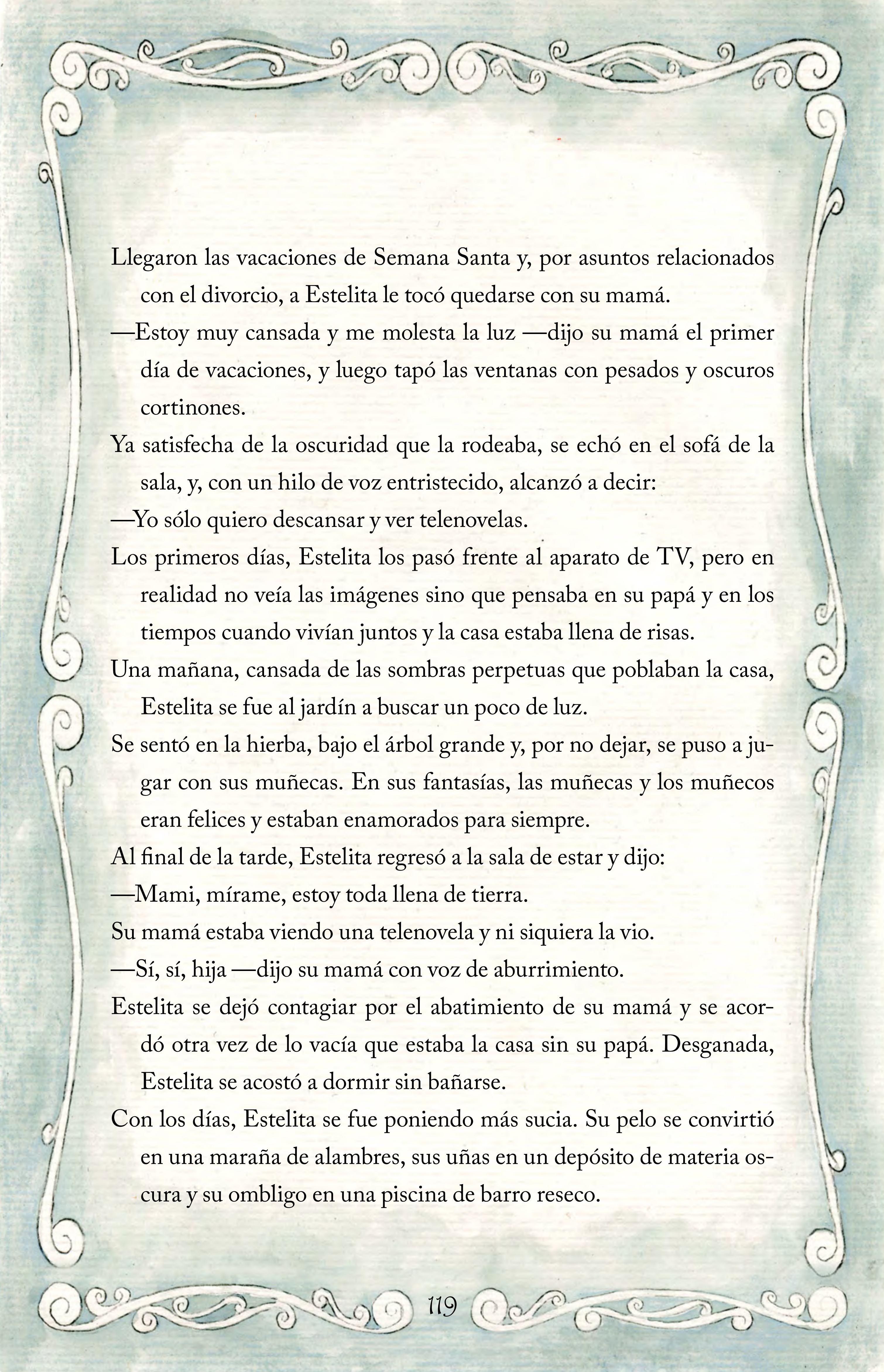
Hubo una época en que la vida de Estelita fue tan gris como un domingo lluvioso. De esos que lo ponen a uno triste y callado a mirar por la ventana como si estuviera encerrado en una cárcel. No era para menos: su papá se había ido de casa.

Una palabra había llegado a los oídos de Estelita por aquellos tiempos. La palabra era "divorcio". No sabía decir cuándo fue la primera vez que la escuchó, ni quién la había nombrado. Pero la palabra estaba allí, poderosa y terrible, como un enorme y peligroso dinosaurio.

Una vez su mamá le dijo que se estaba separando de papá porque era lo mejor para todos, porque así no pelearían más y ya nadie tendría que sufrir y llorar.

Su papá también le dijo que, aunque él se iba a vivir a otra parte, la seguiría queriendo igual.

Así que el divorcio era una separación para siempre donde había muchos papeles, firmas y abogados. No se hablaba sino de eso. De llamar a los abogados, de sacar los papeles, de firmarlos para acabar con "esta locura" (así decían ellos) de una vez por todas.



Llegaron las vacaciones de Semana Santa y, por asuntos relacionados con el divorcio, a Estelita le tocó quedarse con su mamá.

—Estoy muy cansada y me molesta la luz —dijo su mamá el primer día de vacaciones, y luego tapó las ventanas con pesados y oscuros cortinones.

Ya satisfecha de la oscuridad que la rodeaba, se echó en el sofá de la sala, y, con un hilo de voz entristecido, alcanzó a decir:

—Yo sólo quiero descansar y ver telenovelas.

Los primeros días, Estelita los pasó frente al aparato de TV, pero en realidad no veía las imágenes sino que pensaba en su papá y en los tiempos cuando vivían juntos y la casa estaba llena de risas.

Una mañana, cansada de las sombras perpetuas que poblaban la casa, Estelita se fue al jardín a buscar un poco de luz.

Se sentó en la hierba, bajo el árbol grande y, por no dejar, se puso a jugar con sus muñecas. En sus fantasías, las muñecas y los muñecos eran felices y estaban enamorados para siempre.

Al final de la tarde, Estelita regresó a la sala de estar y dijo:

—Mami, mírame, estoy toda llena de tierra.

Su mamá estaba viendo una telenovela y ni siquiera la vio.

—Sí, sí, hija —dijo su mamá con voz de aburrimiento.

Estelita se dejó contagiar por el abatimiento de su mamá y se acordó otra vez de lo vacía que estaba la casa sin su papá. Desganada, Estelita se acostó a dormir sin bañarse.

Con los días, Estelita se fue poniendo más sucia. Su pelo se convirtió en una maraña de alambres, sus uñas en un depósito de materia oscura y su ombligo en una piscina de barro reseco.

Entonces se terminaron las vacaciones y Estelita le recordó a su mamá que ambas tenían que salir al mundo, a trabajar su mamá, a estudiar ella.

—Ah, sí… el trabajo… las clases… —dijo su mamá, como pensando en otra cosa— Bueno, anda, vístete.

Ya en la sala, vestidas de mala manera, pasaron junto al sofá camino a la puerta. La mamá de Estelita se quedó viendo el mullido mueble, se acercó como quien no quiere la cosa y se dejó caer, agotada.

—No tengo ganas de hacer nada, hija, ni siquiera de ir al trabajo.

Estelita quiso decir algo, pero ya se hacía tarde para el colegio. Así que, sin beso, sin bendición ni nada, salió corriendo a ver clases.

El colegio Don Quijote quedaba a tres cuadras de la casa y Estelita llegó rápido. Apenas entró al patio, todos los niños se taparon la nariz y dijeron:

—¡Fo, fo, Estelita, huele muy mal! ¡Ay, ay, qué mal huele Estelita!

Entonces la maestra preguntó:

—¿Estelita, niña, por qué hueles así?

—¡Ay, maestra, en todas las vacaciones no me metí a la ducha ni un día!

—¡Lo siento, Estelita, regresa a tu casa y báñate! —ordenó la maestra.

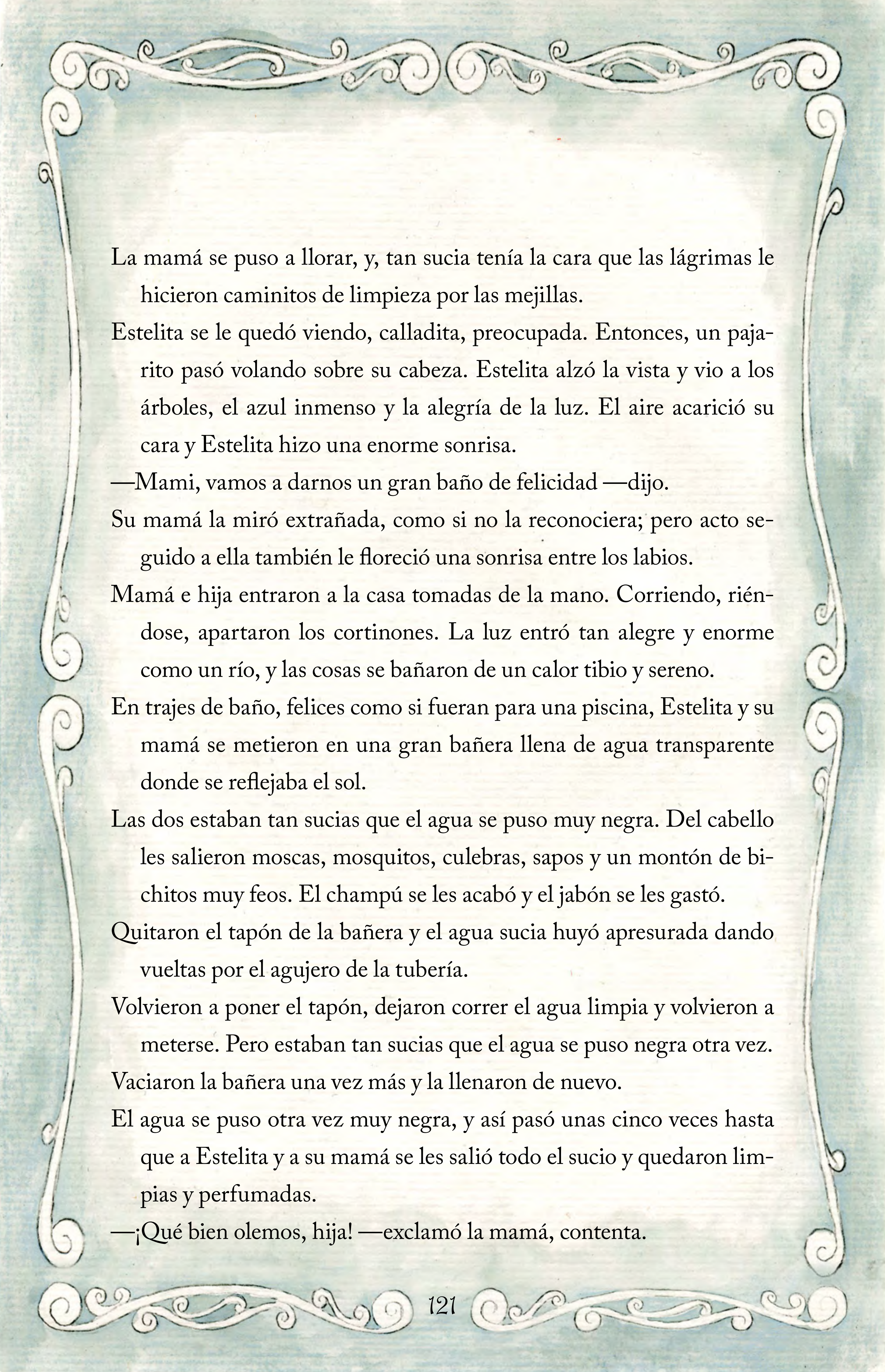
Estelita se fue caminando muy triste.

—Si papá estuviera con nosotras —se dijo—, esto no habría pasado.

Cuando llegó, se encontró a su mamá en la puerta de la casa.

—Mami, en el colegio me dijeron que me regresara porque no me había bañado.

—¡Ay, hija, a mí también me dijeron en el trabajo que me fuera porque olía muy mal!



La mamá se puso a llorar, y, tan sucia tenía la cara que las lágrimas le hicieron caminitos de limpieza por las mejillas.

Estelita se le quedó viendo, calladita, preocupada. Entonces, un pajarito pasó volando sobre su cabeza. Estelita alzó la vista y vio a los árboles, el azul inmenso y la alegría de la luz. El aire acarició su cara y Estelita hizo una enorme sonrisa.

—Mami, vamos a darnos un gran baño de felicidad —dijo.

Su mamá la miró extrañada, como si no la reconociera; pero acto seguido a ella también le floreció una sonrisa entre los labios.

Mamá e hija entraron a la casa tomadas de la mano. Corriendo, riéndose, apartaron los cortinones. La luz entró tan alegre y enorme como un río, y las cosas se bañaron de un calor tibio y sereno.

En trajes de baño, felices como si fueran para una piscina, Estelita y su mamá se metieron en una gran bañera llena de agua transparente donde se reflejaba el sol.

Las dos estaban tan sucias que el agua se puso muy negra. Del cabello les salieron moscas, mosquitos, culebras, sapos y un montón de bichitos muy feos. El champú se les acabó y el jabón se les gastó.

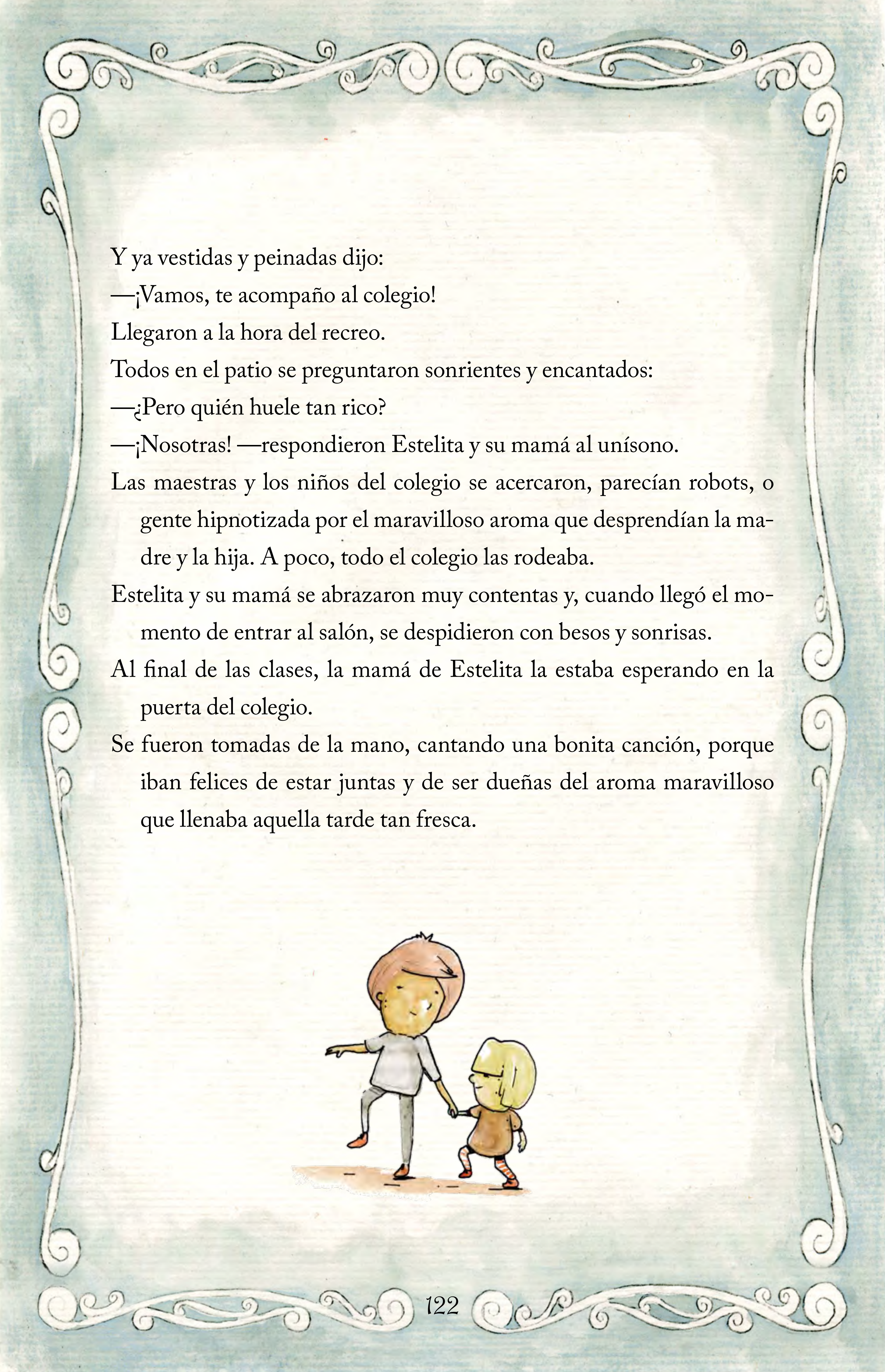
Quitaron el tapón de la bañera y el agua sucia huyó apresurada dando vueltas por el agujero de la tubería.

Volvieron a poner el tapón, dejaron correr el agua limpia y volvieron a meterse. Pero estaban tan sucias que el agua se puso negra otra vez.

Vaciaron la bañera una vez más y la llenaron de nuevo.

El agua se puso otra vez muy negra, y así pasó unas cinco veces hasta que a Estelita y a su mamá se les salió todo el sucio y quedaron limpias y perfumadas.

—¡Qué bien olemos, hija! —exclamó la mamá, contenta.



Y ya vestidas y peinadas dijo:

—¡Vamos, te acompaño al colegio!

Llegaron a la hora del recreo.

Todos en el patio se preguntaron sonrientes y encantados:

—¿Pero quién huele tan rico?

—¡Nosotras! —respondieron Estelita y su mamá al unísono.

Las maestras y los niños del colegio se acercaron, parecían robots, o gente hipnotizada por el maravilloso aroma que desprendían la madre y la hija. A poco, todo el colegio las rodeaba.

Estelita y su mamá se abrazaron muy contentas y, cuando llegó el momento de entrar al salón, se despidieron con besos y sonrisas.

Al final de las clases, la mamá de Estelita la estaba esperando en la puerta del colegio.

Se fueron tomadas de la mano, cantando una bonita canción, porque iban felices de estar juntas y de ser dueñas del aroma maravilloso que llenaba aquella tarde tan fresca.



El aquelarre de la señora Muelas y la señora Morcilla

LAURA ANTILLANO

La señora Muelas está peleando con mi mamá.

Ella se levanta tempranito en la mañana, toma su escoba y ¡plas! ¡plas! ¡plas! se dedica a barrer toda la basura del frente de su casa y a pasarla al frente de nuestra casa, después toma una manguera y le da por mojarlo todo y a todos. Después cierra y comienza su bla-bla-blá.

Mi mamá dice que por qué la señora Muelas no puede meter la basura en bolsas para que se las lleve el camión del aseo urbano. Pero no, a la señora Muelas le gusta ponerla en la puerta de las otras casas, y después cruza la calle para visitar a la señora Morcilla, en el portón se instalan las dos a conversar, de manera que se oye como un zumbido parecido al que hacen las avispas:

—Shiiiiiiiiii y shuuuuuuu, o zuuuuuuun, zonnnnnn.

Mi mamá dice que ellas dos forman un a-que-la-rre, las llama El Aquelarre de la Calle Jazmín.

Mi hermano Aníbal me explicó lo que era eso de aquelarre enseñándome un libro muy divertido sobre Brujas.

(Por cierto que allí viene un "hechizo" para atraer visitas que yo he probado y resulta, dice así "Clava en una manzana doce alfileres

y llama a grito pelao a quien tú quieras", les digo que es efectivo, enseguida viene Almendra a casa, que es mi amiguita más querida y vive en la calle de atrás).

Les decía, pues, que la señora Morcilla y la señora Muelas despiertan a toda la cuadra con sus escobas, mojan todo, no recogen la basura y después pasan largos ratos cuchicheando. Creo que no les da tiempo de hacer nada más en el día.

Pero, hoy cuando mamá regaba con la manguera las tres enredaderas de flores: la de Jazmín, la de Treyolí y la de Palonegro, la señora Muelas entró a casa, como flecha, aprovechando que el portón estaba abierto y fue directo a donde estaba mamá, sin dejar antes de dar una mirada a través de las ventanas para saber qué teníamos dentro, pienso yo (y Aníbal también).

Mi mamá se quedó sorprendida y le preguntó:

—¿Qué desea, señora Muelas? —como ella siempre pregunta.

Y la señora Muelas enseguida se lanzó con un montón de palabras, de que a ella y la señora Morcilla no les gusta como mamá decoró el frente de nuestra casa, porque no se parece a los otros, con esas matas de palma que sembramos y los poemas que mi mamá escribe en el muro, en lugar de tener una reja reforzada como las de ellas y poner piso de cerámica. Ella habla y habla, e insiste en que las casas de la calle sean todas iguales, porque ellas eliminaron los árboles de la acera para destacar sus fachadas y mamá, en cambio, se empeñó en dejar el nuestro (uno de acacia, así se llama, que da flores anaranjadas).

Mamá la mira como si no la mirara y se detiene a quitar las hojitas secas de las enredaderas, apenas mueve la cabeza, frente al bla- bla de la señora Muelas.

Mamá revisa la mata de helechos en su cesta, y la mata de bellaalasonce, y el orégano orejón, y la señora Muelas atrás con su bla-bla-bla y su tucututú. Mamá sólo dice: "Ajá" y lleva la manguera regando la tierra y las raíces de cada planta.

Por fin se va la señora Muelas, da vuelta a su cabeza y con el mismo ritmo con el que entró a casa sale, diciendo algo bajito que ni siquiera entendemos, enseguida cruza la calle y se acerca a la reja de la señora Morcilla quien ya la esperaba, y allí se quedan las dos en su concierto de siseos de siempre.

Voy hasta donde está mi mamá y le pregunto: —¿Qué pasó?

—Nada, mi amor, nada, alguna gente a quien no le gusta la vida de las plantas, ni de los niños, ni de los pájaros, y quieren que todos seamos parecidos a ellos.

Yo me agarro de una pierna de mi mamá y desde allí veo el cielo, con un Sol grande para todos, y las nubes que parecen un dibujo a su alrededor. Y me acuerdo de que hoy merendaremos pan con mantequilla y miel, porque mamá me ha prometido hacer tostadas en el sartén.

Y veo la flores de la acacia, que es árbol con nombre de mujer, y siento que me gusta como nunca.

Entonces digo:—¿Es la hora de la merienda, mamá?

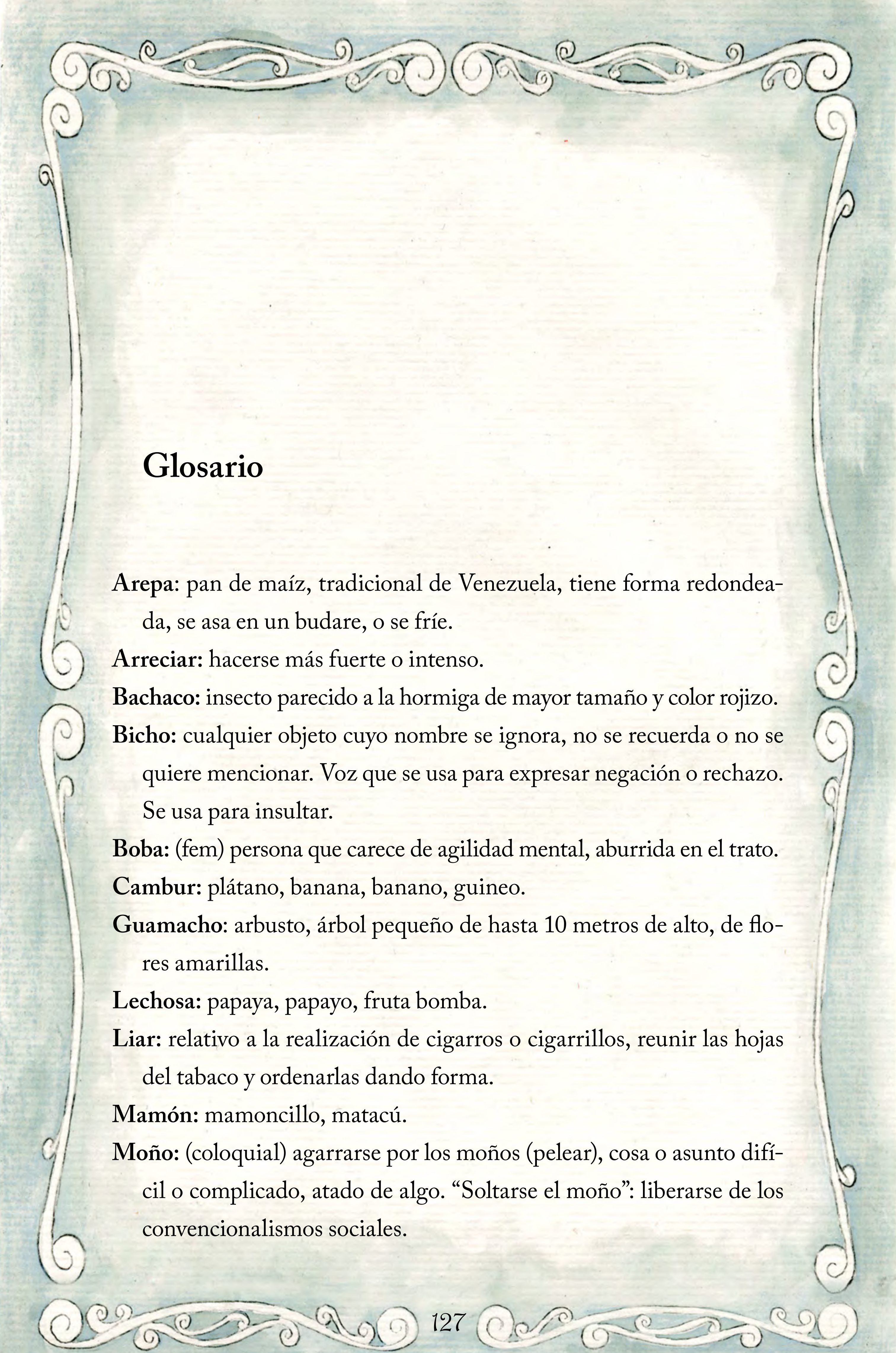
—Si, mi niña, nos vamos a merendar.

Mamá cierra la llave del agua, recoge la manguera y en un momentito estamos en la cocina para la merienda.

¿Y la señora Muelas?

—Ya se fue, con su bla-bla a otra parte. ¿Tú también quieres merendar?


bla bla bla



Glosario

Arepa: pan de maíz, tradicional de Venezuela, tiene forma redondeada, se asa en un budare, o se fríe.

Arreciar: hacerse más fuerte o intenso.

Bachaco: insecto parecido a la hormiga de mayor tamaño y color rojizo.

Bicho: cualquier objeto cuyo nombre se ignora, no se recuerda o no se quiere mencionar. Voz que se usa para expresar negación o rechazo. Se usa para insultar.

Boba: (fem) persona que carece de agilidad mental, aburrida en el trato.

Cambur: plátano, banana, banano, guineo.

Guamacho: arbusto, árbol pequeño de hasta 10 metros de alto, de flores amarillas.

Lechosa: papaya, papayo, fruta bomba.

Liar: relativo a la realización de cigarros o cigarrillos, reunir las hojas del tabaco y ordenarlas dando forma.

Mamón: mamoncillo, matacú.

Moño: (coloquial) agarrarse por los moños (pelear), cosa o asunto difícil o complicado, atado de algo. “Soltarse el moño”: liberarse de los convencionalismos sociales.

Moriche: varias especies de palmeras. Chinchorro elaborado con fibra de moriche (hamaca).

Patilla: sandía.

Parchita: maracuyá.

Pegostoso: impregnado de una sustancia que se adhiere.

Peñero: embarcación pequeña y rústica.

Platanazo: caída de una persona chocando todo el cuerpo contra el suelo.

Refunfuñar: emitir voces confusas o palabras mal articuladas entre dientes en señal de enojo.

Sabaneo: de sabanear, revisar o buscar el ganado que pasta en una sabana, se usa metafóricamente.

Toronja: grapefruit.

Trespuños: embarcación con cubierta corrida y enteriza. Generalmente tiene tres velas montadas en un solo palo.

Troja: andamio de madera y cañas cubierto con ramas, que se utiliza para proteger el maíz del agua y del sol, y evitar que lo coman los pájaros.

Volido: modo coloquial del verbo volar. Echó un volido: salió volando.



Notas sobre los autores

MARÍA DEL PILAR QUINTERO (1940)

Psicóloga, filósofa, docente universitaria, ha publicado: *Los cuidadores de sueños* (Mérida, 1993); *Uribí, la madrina de las palabras* (Caracas, 1988); *Arcalía, la gran tejedora* (Caracas, 1987). La Biblioteca Internacional de la Juventud, de Munich, incorporó *Arcalía* y *Uribí* al catálogo de libros recomendados. Fue editora del periódico para niños *Perro Nevado*.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA (Valencia, 1889 – Montreal, 1955)

Luchador político, periodista, escritor polémico y fecundo, ensayista e historiador. Fue profesor de Literatura en la Universidad de Montreal. Tras la muerte de Gómez se incorpora a la política y ocupa diversos cargos: embajador de Venezuela en Londres, Brasil, Estados Unidos y la URSS. Panchito Mandefuá, personaje de uno de sus *Cuentos Grotescos*, se convierte en símbolo del niño de la calle. Al mismo tiempo, sus *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927) constituyen una crónica trágica y alucinante de los sucesos de la vida venezolana, comprendidos entre 1900 y 1920. Otros títulos: *Política feminista*, reeditado como *El doctor*

bebé (novela, 1913); *Tierra del sol amada* (novela, 1918) y *La casa de los Ábila* (novela, 1946).

ADA PÉREZ GUEVARA (Anzoátegui, 1906 – Caracas, 2002)
Periodista, escritora. Su novela *Tierra talada* (1937) resultó un verdadero paradigma en la literatura escrita por las mujeres en Venezuela. Fue luchadora social y activista fehaciente de las gestiones por los derechos de la mujer. Fundó con sus compañeras de generación la Asociación Venezolana de Mujeres y el Correo Cívico Femenino.

JULIO GARMENDIA (Lara, 1898 – 1977)
Cuentista y diplomático. En 1909 publica un pequeño ensayo en el diario *El Eco Industrial*. En 1914 cursa estudios en el Instituto de Comercio de Caracas, los cuales abandona poco tiempo después para trabajar como redactor en el diario *El Universal*. Se relaciona con integrantes de la llamada Generación del 28. Como diplomático, trabajó en la Legación de Venezuela en París, luego fue cónsul general en Génova, en Copenhague y Noruega, desde 1923 hasta 1940. Para 1951 se publica *La Tuna de Oro*, obra por la cual recibe en el mismo año el Premio Municipal de Prosa y en 1974 el Premio Nacional de Literatura. Escribió cuentos reunidos en *La Tienda de Muñecos* (1952) y *La hoja que no había caído en su otoño* (1981).

TERESA DE LA PARRA (París, 1895 – Madrid, 1936)
La vida de Ana Teresa de la Parra Manojo transcurrió entre Europa y Venezuela. En 1915 había escrito algunos cuentos con el seudónimo «Fru–Fru». Dictó conferencias acerca de la mujer y su importancia

durante la Colonia e Independencia, también sobre el feminismo. Su novela *Ifigenia* (1924) ganó el primer premio en un concurso de escritores americanos en 1924. Publicó, entre otros: *Diario de una señorita que se fastidia* (1922), *La mamá X* (1922), *Memorias de Mamá Blanca* (novela, 1929), *Cartas* (1951), *Tres conferencias inéditas* (1953), e *Historia de la Señorita Grano de Polvo, bailarina del Sol.*

AQUILES NAZOA (Venezuela, 1920 - 1976)

Poeta, periodista, dramaturgo, humorista, ensayista, cuentista. Una de las personalidades más polifacéticas y originales de las letras venezolanas. Se ha dicho que estaba hecho para el diálogo y lo ejerció en contacto directo con su pueblo. Director de la publicación humorística *Fantoches* y uno de los animadores del célebre semanario *El Morrocoy azul*, considerado como la auténtica edad de oro del humor criollo. Entre sus libros: *Humor y amor de Aquiles Nazoa*, *Los humoristas de Caracas*, *Vida privada de las muñecas de trapo, La generación del cinco y el seis*, *El Nazoa de los niños*. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo y el Premio Municipal de Prosa.

CARMEN DELIA BENCOMO (Tovar, 1923 - La Guaira, 2002)

Poetisa, escritora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes. Colaboradora de numerosas publicaciones periódicas culturales. Premio del Banco del Libro, con su libro *La cigarra niña* (1965) y con *Payasos* (1967) ganó el Premio de Literatura Infantil de la Universidad Central de Venezuela. Fue merecedora del 2do Premio de Poesía del Banco del Libro con su obra *Cartilla del aire* (1970). Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura y coordinadora de Cultura del estado Mérida.

ORLANDO ARAUJO (Calderas, 1928 – Caracas, 1987)

Ensayista, cuentista y periodista. Cursó estudios de Letras y Economía en la Columbia University de Nueva York. Ejerció la docencia en las facultades de Economía y Humanidades de la Universidad Central de Venezuela y fue director de la Escuela de Letras de la misma casa de estudios. Obtuvo diversos premios por su obra: primer premio en el Concurso de Cuentos de *El Nacional* (1968) y Premio Nacional de Literatura (1975). Entre sus libros destacan: *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos* (ensayo, 1955), *Compañero de viaje* (relatos, 1970), *Contrapunteo de la vida y muerte*, *Ensayo sobre la poesía de Alberto Arvelo Torrealba* (1974), *Los viajes de Miguel Vicente Pata Caliente* (relatos infantiles, 1977), *7 cuentos* (1977), *Glosas al pie de monte* (relatos, 1980), *Cartas a Sebastián para que no me olvide* (relatos, 1988), *La yunta borracha* (cuento) y *En busca del reino perdido* (ensayo).

ANTONIO TRUJILLO (Miranda, 1951)

Director de la revista literaria *Trapos y helechos*. Ha publicado en poesía: *De cuando vivían los pájaros* (1984), *De cuando vivían los pájaros y otros poemas* (1989), *Vientre de árboles* (1996), *Taller de cedro* (1998), *Alto de las yeguas* (antología personal) (2002). Es premio municipal de literatura mención poesía de la Alcaldía Libertador (2003), con su obra *Blanco de orilla* (2003). Es el cronista de San Antonio de los Altos (estado Miranda) y miembro del Consejo Directivo de la Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

MARISA VANNINI (Italia, 1929)

Reside desde hace años en Venezuela, donde ha ejercido como titular de la Cátedra de Italiano del Departamento de Idiomas Modernos de la Universidad Central de Venezuela. Tuvo a su cargo la Cátedra de Literatura y Bibliotecas Infantiles. Ha publicado numerosos libros por los que ha recibido diversos premios, *La fogata* (editorial Juventud, 1979), premio europeo de literatura juvenil en la provincia de Trento, para libros inéditos. Su interés por conjugar historia y novela se revela en la trama de *El oculto*, (Editorial Juventud, 1990).

ROSARIO ANZOLA (Lara, 1950)

Escritora, profesora de Literatura, especialista en Literatura Infantil y cantautora de música para niños y niñas. Ha publicado una veintena de libros de narrativa, poesía e investigación de tradiciones y ha editado tres discos con sus canciones infantiles. Ha ejercido la docencia en todos los niveles de educación y en talleres de autoconocimiento y creatividad para niños, padres y maestros.

MIREYA TABUAS (Caracas, 1964)

Periodista, dramaturga, narradora y guionista. Ganó el Premio Aquiles Nazoa en dramaturgia infantil por *El mercado de la imaginación* (1985), premio de literatura infantil mención narrativa de la I Bienal de Literatura Mariano Picón Salas en 1991 con *Gato encerrado*. El cuento *¿Cómo besar a un sapo?* forma parte de un volumen con el cual se hizo acreedora del premio Canta Pirulero otorgado por el Ateneo de Valencia.

CÓSIMO MANDRILLO (Zulia, 1951)

Licenciado y Magíster en Literatura Venezolana por la Universidad del Zulia. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Iowa (EEUU). Ha publicado entre otros títulos y artículos: *Víbora y Barro*: *Acercamientos a la obra de Gustavo Díaz Solís*; *Literatura zuliana siglo XIX*; *De los inicios a Ildefonso Vázquez; Antología poética de María Calcaño; Migra; Poemas de lengua brava; Parte de guerra; El Árbol de jugar; El mundo es una piedra* y *La ciudad de Udón*.

ANTONIO CASTRO AVELLANEDA (Colombia, 1940)

Cantautor y narrador de cuentos. A los diez años llegó a Venezuela. Ha publicado numerosas obras para niños, entre las que podemos nombrar: *De adentro de la voz*, premio de poesía en Colombia (Sincelejo, 1983); *El arcoiris de plumas* (1993), Premio Concurso Internacional de Cuentos Susaeta; de nuevo gana este premio de Susaeta en 1996 con *El hombre de las almohadas*; premio de cuento Rafael Rivero Oramas (1998) con *El hombre azul*; premio Canta Pirulero (1998) del Ateneo de Valencia con *La jirafa de colores*.

ARMANDO JOSÉ SEQUERA (Caracas, 1953)

Escritor y periodista venezolano, autor de una treintena de libros, la mayoría de narrativa. Realizó estudios en la Universidad Central de Venezuela, donde optó por el título de Licenciado en Comunicación Social. Ha obtenido quince premios literarios, entre ellos el Casa de las Américas (1979), con *Evitarle malos pasos a la gente*. Diploma de honor de IBBY (Basilea-Suiza, 1996). Por *Píldoras de Dinosaurio* recibió el premio de literatura para niños y jóvenes "Rafael Rivero Oramas" (mención Libro

Informativo) del Ministerio de Educación (Caracas 1997). Premio único de la Bienal Latinoamericana "Canta Pirulero" Ateneo de Valencia.

MARÍA LUISA LÁZARO (Caracas, 1950)

Egresada de la Universidad de Los Andes, profesora de la misma universidad en la Escuela de Letras, es bionalista, magíster en Literatura Iberoamericana. Ha publicado novelas, cuentos, poesía y literatura para niños. Premio de Poesía Alfonsina Storni 1978 (Argentina, 2000), Publica: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (1984), *Mariuendi y la jaula dorada* (1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (1990), *Parece un cuento de Navidad, Darlinda* (1994), *El loro de la infancia y otros relatos* (2005).

JESÚS URDANETA (Valencia, 1950)

Escritor, actor y director de teatro. Licenciado en Educación con Maestría en Lectura y Escritura. Productor del programa radial *El Globo Azul*, dirigido al público infantil. Ganador del certamen Carta de un Abuelo a su Nieto 2001 (Alcaldía de Naguanagua-Fundación la Letra Voladora), premio concurso de literatura infantil Caminos del Sur con el libro *Familias y familiares*. Premio de teatro infantil Lily Álvarez Sierra 2007, con la obra *El Artefacto*.

MERCEDES FRANCO (Monagas, 1948)

Licenciada en Letras, egresada de la Universidad Central de Venezuela, docente, productora de programas de radio. Colabora en las páginas de opinión de *El Nacional*. La Academia Nacional de la Historia reunió sus crónicas en el libro *Cantos de Sirena* (1988) y su novela *La Capa Roja*

(1992) mereció el segundo premio del concurso de novela Miguel Otero Silva de la Editorial Planeta (1991). Otros libros publicados son: *Los cuentos del taller*, *Vuelven los fantasmas* y *La piedra del duende* (Alfaguara, 2000). Con *Fantasmas clásicos de la llanura* recibió el Premio Universidad de los Llanos (Cojedes, 2000).

SILVIA DIOVERTI (Buenos Aires, 1951)

Reside en Venezuela desde 1979. Profesora de Castellano y Literatura en Media Diversificada, ha obtenido varios premios literarios en el ámbito nacional e internacional. En literatura para niños ha publicado: *Gato embotado y enamorado* (Monte Ávila, 1994), *Dragón de bolsillo* (Playco Editores, 2002), *El Tontopérez* antología colectiva, Ediciones Matanzas, Cuba, 2006), entre otros. Es miembro del comité editorial de la revista *La Piñata*, premio a la mejor revista infantil del año 2006, otorgado por el Cenal.

LUIZ CARLOS NEVES (Brasil, 1945)

Reside en Venezuela desde 1983. Cuentista, dramaturgo, poeta, cuentacuentos y abogado especializado en Derecho Ambiental. Escribe para niños en los géneros: poesía, cuento, teatro y novela. Para adultos tiene cuatro libros de ensayo sobre literatura infantil y juvenil. Es profesor de Literatura Dramática en el Instituto Universitario de Teatro. Ha publicado 31 libros, varios con premios. Entre sus obras se encuentran: *Marita y el globo*, *La gotica testaruda y otras fábulas*, *Hazañas del sapo Cururu*, *Amigo es para eso*. Obtuvo el premio de literatura infantil Luis Bouquet en 1989.

javier sarabia (Caracas, 1953)

Director de la Cinemateca Nacional, guionista, productor y director de videos, ex director del Centro Audiovisual de la Universidad Nacional Abierta, ha recibido numerosas distinciones y reconocimientos por su trabajo. Con *El capitán y otros cuentos* ganó el premio de Monte Ávila Editores, para autores inéditos en literatura infantil.

fanny uzcátegui (Trujillo, 1932)

Poeta, promotora cultural, coordinadora cultural del Museo del Trapiche de los Clavos (estado Trujillo). Ha publicado: *Poemas para niños*, *Florecitas navideñas*, *Decálogo conservacionista*, *Cocuy, farolero y otros poemas*, *Estanque y la ronda*. Fue galardonada con el Premio Nacional del Libro (Cenal, 2007), por su obra *Piapoco*.

velia bosch (1930)

Docente de Castellano y Literatura, doctorada en Letras, investigadora y escritora, publicó: *Mariposas y arrendajos* (Caracas,1987), *Jaula de bambú* (1984), *Los acertijos de la noche y el día* (1972), *Arrunango* (1968), *Dadme una rosa pura* (1959) y numerosos ensayos sobre diversos temas literarios.

marissa arroyal ordeix (Uruguay)

Escritora y ecologista venezolana, nacida en San José de Mayo, Uruguay. Ha publicado los poemarios *Vertiente norte*, (mención de honor, V Bienal Mariano Picón Salas), *Guaraira Repano* (premio Cada Día un Libro), *Sueño en el templo,* (XXI Premio di Poesia Nosside, Italia), *La montaña que vino del mar* (premio único Bienal Latinoamericana Canta

Pirulero) y, junto con Juan Ramón Pérez, *Bambú y Sombrero* (premio especial Bienal de Literatura Infantil Cofae). Fue seleccionada para una residencia en México a través del Concurso PIRA 2005.

FEDOSY SANTAELLA KURK (Puerto Cabello, 1970)

Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Productor creativo, escritor, autor de los libros de cuentos *Cuentos de cabecera* (Comala.com, 2001) y *El Elefante* (Conac, 2005). Resultó ganador del premio de narrativa Bienal José Rafael Pocaterra en el año 2006 por "Postales sub sole". Hoy día se desempeña, además, como editor de la blogrevista www.hermanoschang.blogspot.com; de igual manera mantiene un blog literario: www.fedosysantaella.blogspot.com.

LAURA ANTILLANO (Caracas, 1950)

Narradora, poetisa, guionista de cine y televisión. Profesora universitaria, promotora cultural. Premio de Cuento Julio Garmendia (Universidad Central de Venezuela), Premio Guión de Largometraje dirigido a la Infancia y la Juventud (Foncine, 1988), Premio Mejor Guión por el film *Pequeña Revancha*, IV Festival de Cine (Mérida, 1986). Destacan entre sus libros para niños: *Diana en la tierra Wayúu*, *¿Cenan los tigres la noche de Navidad?*, *Narcisa ha desaparecido*, *Emilio en busca del Enmascarado de Plata*.

Bibliografía

Antillano, Laura y Pérez Díaz, Enrique (2005). *Espigas blancas en el corazón del tiempo, cuentos venezolanos y cubanos para niños.* Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Caracas.

Antillano, Laura (compiladora) (2005). *De la escuela salen los caminos, Puerto Cabello y Juan José Mora*, Fundación La Letra Voladora, Cenamec, Ministerio de Educación y Deportes, Caracas.

Anzola, Rosario (2006). *De qué se ocupa la literatura infantil en Venezuela. Encuentro con la Literatura Infantil en Venezuela*, Memorias 2006. Casa nacional de las Letras Andrés Bello, Caracas.

Arroyal, Marissa y Juan Ramón Pérez (2006). *Bambú y el sombrerero.* Contraloría General de la República Bolivariana de Venezuela, Caracas.

Arroyal, Marissa (2007). *Los Tropitrolls.* Fondo Editorial del Caribe, Caracas.

Franco, Mercedes (2006). *Aprender la belleza. Encuentro con la Literatura Infantil en Venezuela* (Memorias), Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, Caracas.

Franco, Mercedes (1996). *Vuelven los fantasmas.* Monte Ávila Editores Latinoamericana Caracas.

Fundalea (2006). *Magia Literaria I.* Fondo Editorial la Escarcha Azul, Mérida, Venezuela.



Fundalea (2006). *Magia Literaria II.* Fondo Editorial La Escarcha Azul. Mérida.

García C., Beatriz (1995). *Literatura Infantil Venezolana.* Guía de autores, ilustradores y editores. Banco del Libro, Fundación Vollmer, Caracas.

Garmendia, Julio (1995). *Manzanita*, Editorial Monte Ávila, Caracas.

Garmendia, Julio (2004). *Manzanita*, Alcaldía de Valencia, Valencia, Venezuela.

Lázaro, María Luisa (1984). *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo.* Editorial Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

Maggi, María Elena (1989). *La calidad literaria de los libros para niños en Venezuela*. XV Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana (Memorias), Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela.

Mandrillo, Cósimo (2006). *El árbol de jugar*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.

Mendoza Sagarzazu, Beatriz (1983). *La infancia en la poesía venezolana.* Ediciones de la Presidencia de la República para la Fundación del Niño. Caracas.

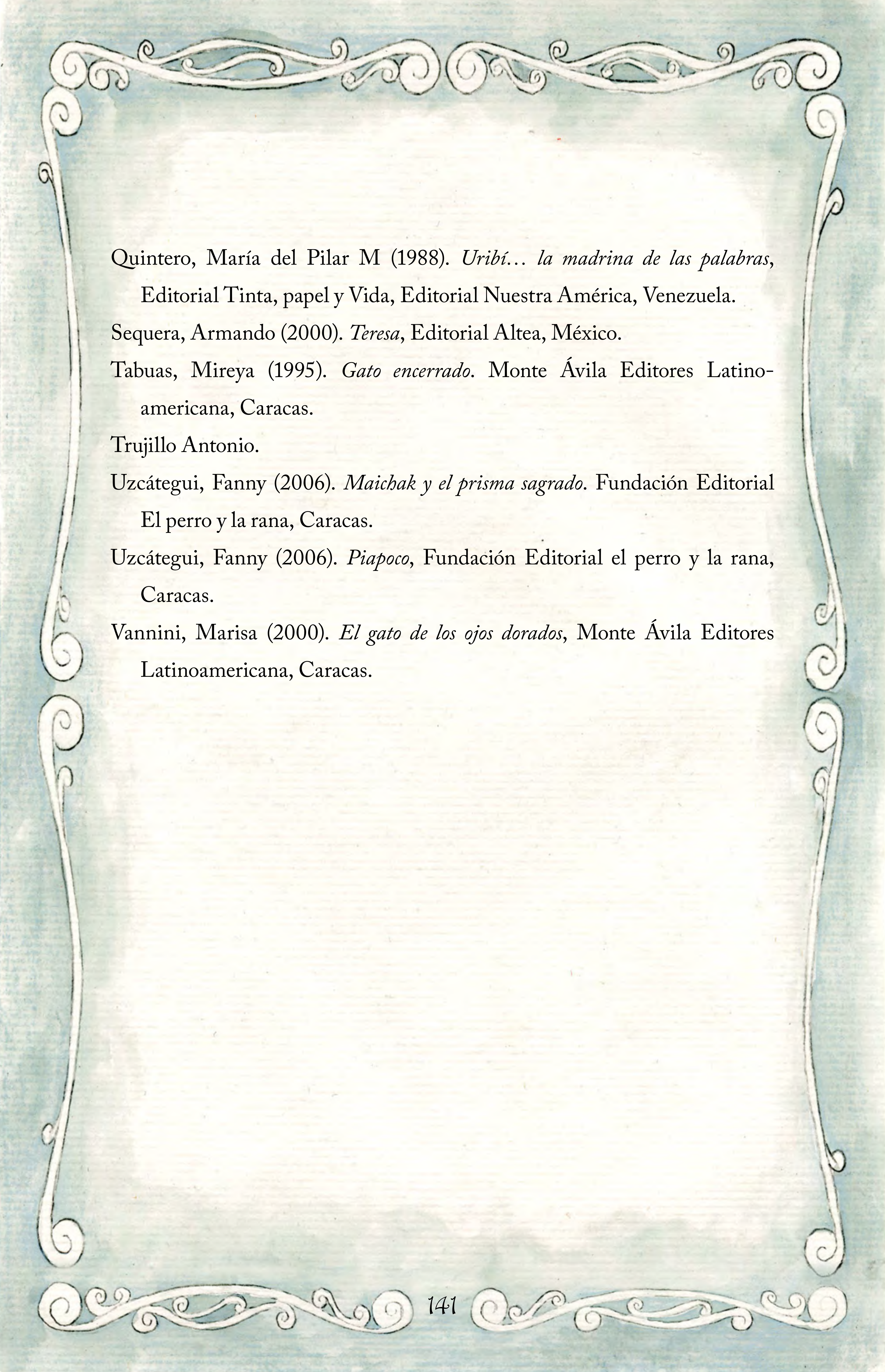
Nazoa, Aquiles (1977). *Vida Privada de las Muñecas de Trapo.* Editorial La Huella. Caracas.

Neves, Luiz Carlos (1991). *Amigo es para eso.* Editora Isabel De los Ríos, Caracas.

Pérez Díaz, Enrique (2005). *En el corazón del tiempo* (antología de cuentos de autores venezolanos para niños) Editorial Gente Nueva, La Habana.

Pérez Díaz, Enrique (2006). *El bolsillo mágico.* Leyendas, cuentos y fábulas venezolanas para niños. Ediciones Matanzas, Cuba.

Quintero, María del Pilar M (1990). *Arcalía la gran tejedora*, Editorial Tinta, Papel y Vida, Editorial Nuestra América, Venezuela.



Quintero, María del Pilar M (1988). *Uribí... la madrina de las palabras*, Editorial Tinta, papel y Vida, Editorial Nuestra América, Venezuela.

Sequera, Armando (2000). *Teresa*, Editorial Altea, México.

Tabuas, Mireya (1995). *Gato encerrado*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.

Trujillo Antonio.

Uzcátegui, Fanny (2006). *Maichak y el prisma sagrado*. Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas.

Uzcátegui, Fanny (2006). *Piapoco*, Fundación Editorial el perro y la rana, Caracas.

Vannini, Marisa (2000). *El gato de los ojos dorados*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.



Índice

Edición digital
agosto 2017
Caracas - Venezuela



Laura Antillano nació en Caracas, Venezuela, en 1950.
Es profesora universitaria, ha publicado novelas, cuentos, ensayos y libros para niños. Se ha destacado también en la producción radiofónica y los guiones para cine y televisión. Entre sus títulos publicados se encuentran: *Perfume de gardenia* (1984), *La luna no es de pan de horno y otras historias* (1987), *Solitaria solidaria* (1990) y *Tuna de mar* (1991). Recibió el Premio Julio Garmendia de la UCV en 1983, entre otros. Actualmente vive en la ciudad de Valencia, en Venezuela y preside la Fundación La Letra Voladora.

Dijo una vez el gran poeta cubano Eliseo Diego, refiriéndose a su calle, que no era más que su propia infancia: "Calzada, reino, sueño mío, de veras tú me comprendes cuando la demasiada luz forma nuevas paredes con el polvo y mi costumbre me abruma y en ti ciego me descanso". Es allí precisamente, en la nave surcadora de la infancia, donde somos inventario vibrante, es allí precisamente donde se construirá el adulto que seremos.
Esta antología de algunos de los mejores narradores venezolanos, compilada por nuestra notable narradora Laura Antillano, será bitácora infinita para que los niños descubran en sus hermosos cuentos un dulce torrente de personajes y tornasoles. Será un maravilloso espacio al que siempre podrán volver a visitar gallinas fantasmas, grillos banqueros, tropitrolls y hasta a una niñita que besaba sapos.

Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura

1817 · 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR